

EN BRAZOS DEL GRIEGO

JULIA JAMES



EN BRAZOS DEL GRIEGO

JULIA JAMES



Ella corrió el peligro de perder su libertad una vez más.

Mel Cooper pretendía viajar por el mundo y, así, dejar atrás los sinsabores de su pasado. Hasta que el carismático millonario griego Nikos Parakis le ofreció probar un bocado de su mundo, lleno de riquezas y deliciosas exquisiteces...

Aunque una dependienta sencilla como Mel no era la clase de mujer que salía con un hombre como Nikos, ella no pudo resistirse a su proposición: un romance sin ataduras. Sin embargo, Mel descubrió pronto el precio de sus maravillosas noches... ¡Estaba embarazada!

Indice

Capítulo Uno

Nikos Parakis se miró el reloj que llevaba en la muñeca y frunció el ceño. Si quería llegar a tiempo a la reunión, iba a tener que saltarse la comida. No podía permitirse ninguna distracción, pues había salido un poco tarde de su casa de Holland Park, su base de operaciones en el Reino Unido, porque lo había entretenido una larga videoconferencia con clientes rusos. Además, para hacer algo de ejercicio y respirar aire fresco en aquella mañana de verano, había decidido no ir en coche y tomar un taxi al otro lado del parque, en Kensington High Street.

Cuando llegó al ancho pavimento bordeado de árboles, estaba muerto de hambre. Definitivamente, necesitaba recargar baterías.

Dejándose llevar por un impulso, cruzó la calle y se dirigió a un establecimiento de comida para llevar. No era remilgado para comer, a pesar de que tenía toda la riqueza de la familia Parakis a su disposición. Un bocadillo era un bocadillo, no importaba cuál fuera su procedencia.

Sin embargo, en cuanto entró, estuvo a punto de cambiar de idea. Era un local a la vieja usanza, de los que hacían los bocadillos a mano en el momento del pedido con un montón de ingredientes guardados en tarros de plástico detrás del mostrador.

Maldición, se dijo Nikos, irritado. No tenía tiempo para eso.

Pero estaba allí e iba a tener que conformarse con esperar.

–¿Tienen algo que ya esté preparado? –preguntó él a la persona que había detrás del mostrador. No pretendía ser brusco, pero tenía hambre y tenía prisa.

La camarera, que le estaba dando la espalda, continuó untando un pan con mantequilla. Nikos se sintió cada vez más irritado.

–Ponte a la cola, tío –dijo alguien a su lado–. Debes esperar tu turno.

Nikos se volvió hacia un hombre mayor y desarreglado que estaba sentado en un taburete a la barra.

–Enseguida estoy contigo –dijo la camarera, seguramente refiriéndose a Nikos, mientras apilaba jamón sobre el pan con mantequilla. Lo envolvió después en una servilleta y se lo tendió al hombre que estaba sentado en el taburete, junto con una taza de té.

El viejo se acercó un poco más a Nikos. Sin duda, hacía bastante tiempo que ese tipo no se había dado una ducha. Además, apestaba a alcohol.

–¿No tendrás algo suelto? –preguntó el viejo, esperanzado.

–No –contestó Nikos, y volvió su atención a la camarera, que estaba pasando un trapo por la mesa.

El otro hombre se dirigió a la puerta.

–Mantente alejado del vino, Joe. ¡Te está matando!

–Algún día lo dejaré, de verdad –repuso el hombre, y salió con el bocadillo en la mano.

Seguramente, la camarera no le había cobrado, pensó Nikos, que no había presenciado ninguna transacción. Aunque eso no era de su incumbencia. Así que repitió su pregunta sobre si había bocadillos preparados, con visible impaciencia.

–No –repuso la camarera, girándose para recoger algo de la mesa.

Por su tono de voz, parecía molesta, advirtió Nikos.

–Entonces, deme lo que sea más rápido.

Nikos se miró el reloj y frunció el ceño de nuevo. Era ridículo. ¡Menuda forma de perder el tiempo!

–¿Qué te gustaría?

A Nikos le pareció una pregunta tonta y frunció más el ceño.

–He dicho que lo más rápido.

–Eso sería pan con mantequilla –contestó ella. El antagonismo de su tono de voz era inconfundible.

Nikos dejó de mirarse el reloj.

–Con jamón –repuso él, sin ocultar tampoco su irritación.

–¿Pan blanco o integral? ¿De molde o de baguette?

–Lo más rápido –repitió él. ¿Cuántas veces tenía que decirlo?

–Pues de molde, blanco.

–Pan de molde blanco, entonces.

–¿Solo jamón?

–Sí.

Si pedía algo más complicado, iba a tener que pasarse allí todo el día, pensó Nikos.

Ella se dio la vuelta y se concentró en la preparación, mientras él tamborileaba con los dedos sobre el mostrador. De pronto, se dio cuenta de que estaba seco, así que agarró una botella de agua mineral del refrigerador que había junto a la barra.

Cuando puso la botella sobre la mesa, la camarera se volvió hacia él con el bocadillo preparado y envuelto en una servilleta. Miró la botella, calculando mentalmente el total.

–Tres libras con cuarenta y cinco, por favor.

Nikos ya había sacado su cartera y extrajo un billete.

–Es de cincuenta –dijo ella, como si nunca hubiera visto un billete de cincuenta libras antes.

Sin decir nada, Nikos siguió sosteniendo el dinero.

–¿No tienes nada suelto?

–No.

Dando un respingo, la mujer casi le arrancó el billete de la mano y abrió la caja registradora. Tras rebuscar un rato, puso el cambio sobre el mostrador. Consistía en los céntimos necesarios para llegar a cinco, un billete de veinte libras y veinticinco monedas de una libra.

Entonces, clavó los ojos en Nikos.

Y, por primera vez, Nikos la miró a la cara.

Al verla, se quedó paralizado. Sabía que debía dejar de observarla embobado, tenía que recoger su cambio y salir de allí cuanto antes. Debía tomar un taxi, ir a su reunión y olvidarse de que el hambre le había obligado a entrar en un local de mala muerte frecuentado por alcohólicos.

Sin embargo, no se movió.

El cerebro se le quedó por completo anulado ante la respuesta masculina más visceral que había experimentado en su vida.

Era bellísima.

Su rostro parecía esculpido por un artista griego. Tenía los pómulos altos, una mandíbula delicada, nariz recta y perfecta, ojos de un azul increíble y una boca... Su boca jugosa invitaba a ser saboreada como el más delicioso postre de miel.

¿Por qué diablos no se había fijado en ella desde el principio?

Aunque era una pregunta irrelevante. En ese momento, todo carecía de importancia, a excepción del deseo que lo invadía. Apenas podía asimilar el impacto que le causaba su sensual belleza.

Nikos siempre había disfrutado de la compañía de mujeres hermosas. Como heredero de una dinastía de banqueros, estaba acostumbrado a que las jóvenes más bonitas hicieran cola para engatusarlo. Él sabía que no era solo su fortuna lo que las atraía. La naturaleza le había dotado bien, dándole una altura considerable y una buena figura, que mantenía en forma gracias al ejercicio y la buena alimentación. Sin ser vanidoso, tenía que admitir que tenía mucho éxito con el sexo opuesto. Mucho.

Gracias a esa combinación de buen aspecto y dinero, a sus treinta años, había estado en compañía de una larga lista de damas que habían estado encantadas de compartir su cama. Por su parte, él había aprovechado para elegir solo a las más hermosas y selectas.

Y esa mujer que tenía delante, sin lugar a dudas, estaba dentro de esa categoría.

Mientras la contemplaba, se dio cuenta de algo más. No llevaba ni un ápice de maquillaje y tenía el pelo rubio tapado bajo una gorra. En cuanto a su figura, era alta, aunque llevaba una poco favorecedora

camiseta, demasiado grande y con el logotipo del local.

Diablos, si estaba tan guapa con esas ropas, ¿qué aspecto tendría con un traje de los grandes diseñadores?

Durante un instante, Nikos tuvo la urgencia de comprobarlo.

Al momento siguiente, su fantasía se desvaneció.

–¡Si buscas un pedazo de carne, ve a la carnicería! –le espetó ella.

Molesto y confundido, Nikos frunció el ceño.

–¿Qué?

Su obvio enfado la hacía todavía más hermosa, pensó él. Le brillaban los ojos como zafiros.

–¡No te hagas el tonto! –exclamó ella–. Recoge tu cambio y tu bocadillo y lárgate.

Entonces, fue Nikos quien se enfureció.

–Es inaceptable que trates a un cliente de una forma tan grosera –dijo él con tono helador–. Si fueras empleada mía, te echaría de inmediato por esa actitud con los clientes que pagan tu salario.

Como respuesta, ella puso las manos sobre el mostrador. Nikos no pudo evitar fijarse en lo bonitas que eran.

–¡Y, si yo trabajara para ti, te denunciaría por acoso sexual! –le espetó ella, lanzándole dagas con la mirada.

La expresión de Nikos se volvió un poco más fría.

–¿Desde cuándo es ilegal admirar la belleza de una mujer?

Para demostrar lo que decía, él la recorrió con la mirada una vez más. Una mezcla de deseo e irritación lo invadía. No sabía cuál de las dos emociones era más fuerte, pero estaba seguro de que lo que quería era provocarla...

–Si quieres ir por ahí mirando a las mujeres como si fueran trozos de carne, deberías usar gafas de sol para evitarnos el mal trago –repuso ella.

De pronto, en ese momento, Nikos empezó a disfrutar del reto que tenía delante.

–¿Mal trago? –preguntó él, arqueando una ceja. Al instante, suavizó la mirada, convirtiéndola en una caricia. Quería hacerle saber que las mujeres que gozaban de su atención no lo consideraban, en absoluto, un mal trago.

Para satisfacción de su observador, ella se sonrojó y bajó la mirada.

–Fuera de aquí –dijo ella con la voz constreñida–. ¡Vete!

Nikos le dedicó una suave risa. Su jugada había surtido romper sus defensas. Sin demasiado esfuerzo, había conseguido atravesar su barrera de rabia y había dado justo en el blanco.

Con un lento movimiento, él tomó las monedas del mostrador y se

las metió en el bolsillo, junto al solitario billete de veinte libras. Luego, agarró su bocadillo y la botella de agua.

–Que tengas un buen día –se despidió él con arrogancia, y salió.

Nikos ya no se sentía irritado en absoluto.

Al salir, vio a Joe apoyado en una farola cercana, devorando el bocadillo que le habían regalado. Dejándose llevar por un impulso, se metió la mano en el bolsillo y sacó las monedas que la mujer le había dado.

–Me pediste algo suelto –dijo Nikos, tendiéndole el cambio.

–Gracias –repuso el hombre, agarrando el dinero con ansiedad y los ojos inyectados en sangre.

Al fijarse en sus manos temblorosas, Nikos no pudo evitar sentir un poco de lástima.

–Ella tiene razón –señaló Nikos, sin pensarlo–. El alcohol te está matando.

El viejo levantó una mirada llena de desolación.

–Lo sé, amigo...

Al instante siguiente, el viejo comenzó a alejarse calle abajo, sujetándose el dinero dentro del bolsillo, con los hombros hundidos en señal de derrota. Durante un momento, Nikos se quedó contemplándolo. Luego, cuando vio acercarse un taxi libre, le hizo una seña y se subió, mientras devoraba su bocadillo.

Entonces, recordó las palabras que le había dicho al viejo. «Ella tiene razón».

Apretando la mandíbula, Nikos reconoció que así era. Y la bella camarera no solo había tenido razón acerca del pobre alcohólico.

Después de terminarse el bocadillo, se sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta y marcó el número de su asistente personal en Londres. Cuando la secretaria respondió de inmediato, le dio instrucciones.

–Janine, necesito que envíes unas flores...

Mel se quedó inmóvil con las manos sobre el mostrador y la mirada clavada en el alto hombre que salía del local.

Estaba furiosa. Mucho. No recordaba la última vez que había estado tan enfadada.

¡Maldito arrogante!

Todavía podía sentir cómo había apretado la mandíbula desde el primer momento. La forma en que el desconocido se había dirigido a ella, sin esperar su turno siquiera, había sido irritante. La había hablado como si hubiera sido una especie de esclava.

Ella se había esforzado en atenerse a su habitual buena educación

mientras había terminado el bocadillo de Joe. Pero, cuando había visto cómo el extraño había mirado a Joe, como si fuera un saco de basura, había comenzado a hervirle la sangre. Sí, era cierto que el pobre viejo olía mal… pero no se trataba de eso. Se trataba de que estaba enfermo y cualquiera con un mínimo de corazón podía apiadarse de él. Sobre todo, un hombre al que la vida, obviamente, no le había tratado tan mal como al desgraciado Joe.

Eso la había puesto de uñas. Y, a partir de ahí, la cosa no había hecho más que empeorar.

Recordó todo el intercambio de monosílabos sobre el tipo de bocadillo que el engreído tipo quería, seguido por la forma en que había pagado con un billete de cincuenta libras. Entonces, Mel había apretado los labios con satisfacción. Había sido un placer entregarle toda esa calderilla de cambio.

De inmediato, había notado cómo a él le había molestado. El problema era que… algo en su tono rabioso había cambiado cuando la había mirado.

Al pensar en ello, Mel se sonrojó de nuevo y le volvió a subir la temperatura. En ese momento, para colmo, su cuerpo había reaccionado por voluntad propia, disfrutando de la atención del desconocido. Hasta los pezones se le habían endurecido…

Maldición.

Ella no había podido controlarlo. Igual que, al revivir la manera en que él la había mirado, su cuerpo comenzaba a reaccionar otra vez.

La había mirado como si hubiera sido un pedazo de carne, se recordó a sí misma. Tal y como le había dicho a él.

Intentó concentrarse en ese pensamiento. Sin embargo, le resultó prácticamente imposible. No podía evitar revivir la maravillosa oleada de calor que la había invadido bajo el escrutinio del extraño. Se esforzó en olvidarlo y recordó cómo le había pedido que se fuera.

Cerró los ojos, suspirando con impotencia. No le quedaba más remedio que admitirlo. Por muy grosero y engreído que fuera ese hombre, también era imponente.

Mel se había fijado en él de inmediato. Había sido imposible no fijarse en su atractivo, desde el momento en que se había girado para ver quién la había hablado de una forma tan brusca y exigente. Aun así, se había concentrado en hacer el bocadillo y el té de Joe, esforzándose en no levantar la vista.

Aun así, se había quedado aturdida por la primera impresión que le había causado aquel tipo con aires de Míster Universo. Sus ojos habían ansiado volver a mirarlo cuanto antes.

Había admirado su altura, su cuerpo fuerte y bien formado,

embutido en un traje que le sentaba como un guante y resaltaba sus anchos hombros y su amplio pecho bajo una impecable camisa blanca.

Pero no había sido su caro traje, ni siquiera su atractivo físico, lo que más la había impactado.

No podía sacarse de la cabeza sus ojos. Eran unos ojos oscuros como la noche y fríos como el acero, en una cara impregnada de virilidad. Mandíbula fuerte, nariz recta, mejillas de aspecto duro… y esos ojos con larguísimas pestañas eran armas letales para ella.

Eso era lo que Mel había tenido en la cabeza todo el rato durante su antipático intercambio verbal.

Entonces, como por arte de magia, él había cambiado de tema…

Al recordar cómo la había mirado, su cuerpo se volvió a inundar de calor. La reacción masculina que había tenido ante ella la había atravesado como un rayo láser.

La había recorrido con los ojos bañándola con la mirada como miel caliente, como una sedosa caricia sobre la piel. Casi había podido sentir cómo la tocaba con las manos, con los labios, excitándola…

En ese momento, Mel se había quedado indefensa. No había podido hacer otra cosa más que rogarle que se fuera. ¿Y qué había hecho él? ¡Se había reído! Se había reído de ella. Había advertido perfectamente que había roto sus defensas. Luego, se había burlado de ella.

Como respuesta, ella se había sonrojado al instante, más furiosa que nunca consigo misma por el traicionero color de sus mejillas.

¡Maldito hombre!

Echando humo de rabia, se quedó con la vista clavada en la puerta un rato más. Acto seguido, se ordenó a sí misma dejar de pensar en él y concentrarse en su trabajo.

Nunca había fregado los platos con tanta furia.

Capítulo Dos

–¿Has enviado esas flores?

Fue la primera pregunta que Nikos hizo cuando llegó a su despacho de Londres, después de la reunión. No dudaba que su secretaria hubiera hecho lo que le había ordenado, pues era muy eficiente y estaba acostumbrada a enviar flores a numerosas mujeres que habían desfilado por su vida durante su estancia en el Reino Unido.

Aunque no solían ser damas que trabajaran en un puesto de bocadillos…

Ni mujeres antipáticas que le mostraran enemistad…

Con un aspecto tan impresionante que no podía dejar de pensar en ella...

Meneando la cabeza, intentó olvidar su imagen mientras se sentaba a su mesa. No tenía sentido seguir pensando en esa rubia. Ni especular con cómo le quedaría un atuendo adecuado a su extraordinaria belleza.

¿Podía estar todavía más hermosa?

La pregunta resonó en su mente, acompañada de una poderosa corriente de deseo.

Con el pelo suelto, un vestido envolviendo su esbelta figura, sus ojos de color zafiro, luminosos y con largas pestañas...

Nikos bloqueó esa imagen. Había sido un encuentro fugaz y nada más.

No, se dijo a sí mismo, encendiendo el ordenador. Le había enviado flores para disculparse por su grosería, a pesar de que ella lo había provocado. Nada más. Tenía mujeres de sobra entre las que elegir. No necesitaba más.

Abrió su agenda para comprobar qué tenía que hacer durante el resto de su estancia en Londres. Su padre, presidente del banco de inversiones propiedad de la familia, con base en Atenas, no era amigo de salir de su Grecia natal. Por eso, Nikos era quien se encargaba de todos los negocios que debían gestionarse en el extranjero.

Con el ceño fruncido, caviló que, al menos, allí en su despacho de Londres estaba a salvo de las continuas quejas que su padre le hacía sobre su madre. En cuanto regresara a Atenas, sin embargo, sabía que le esperaba una retahíla de protestas. Así era como su padre se desahogaba. Luego, cuando viera a su madre, lo más probable era que ella también lo usara como paño de lágrimas.

Suspirando con exasperación, trató de no pensar en sus padres, siempre en disputa. Sus peleas no terminaban nunca. Así había sido desde que Nikos tenía uso de razón. Y ya estaba harto.

Tras echar un vistazo a su agenda de nuevo, frunció el ceño todavía más, por una razón muy diferente.

Maldición.

¿Cómo se había dejado convencer para eso? El siguiente viernes por la noche, se había comprometido a asistir a una fiesta benéfica en el hotel Saint James.

El problema era que la velada incluía a Fiona Pellingham. En ese momento, no tenía ningunas ganas de encontrarse con dicha mujer.

Fiona era experta en fusiones y adquisiciones de grandes empresas. Por razones obvias, se había fijado en Nikos durante una reunión de negocios en su última visita en Londres y le había dejado claro que quería que él fuera su próxima adquisición.

Sin embargo, a pesar de que era una morena espectacular, Nikos había comprendido que se trataba de una mujer posesiva, ansiosa por tener mucho más de él que una simple aventura pasajera. Por eso, lo último que quería era ponerse a tiro.

Frunciendo el ceño, se dijo que, aunque no asistiera a esa fiesta benéfica, Fiona encontraría la manera de verlo. Lo acosaría con más invitaciones y excusas para reunirse con él. Lo que debía hacer era quitársela de encima por completo, caviló. Tenía que convencerla de que no estaba disponible en el mercado.

Para eso, necesitaba a una acompañante apropiada para el evento del viernes. Eso mantendría a Fiona alejada. Pero ¿quién podía desempeñar ese papel? Por un instante, se quedó en blanco. Luego, en un momento de inspiración, supo exactamente a quién quería llevar. Recostándose en el asiento, comenzó a darle forma a una idea.

Después de todo, sería una buena manera de comprobar lo hermosa que estaba con un vestido de fiesta, se dijo a sí mismo.

¿Por qué no?

Sus labios se curvaron en una lenta sonrisa.

Mel estaba mirando una mesa llena de sobras. No veía las sobras, sino solo el ramo de flores que había en un jarrón. Los enormes capullos eran tan grandes como sus puños apretados. Era un ramo tan exuberante que resultaba ridículo.

¿Quién diablos se creía él que era?

Aunque ella conocía la respuesta, porque su nombre aparecía al final del mensaje que incluía una tarjeta pegada al papel de celofán

que envolvía el ramo.

Espero que estas flores sirvan como disculpa y te quiten el mal humor.

Estaba firmado por Nikos Parakis.

Así que era griego, pensó Mel. Su acento había sido perfecto, a juego con su porte aristocrático, pero su aspecto tenía un toque mediterráneo inconfundible y su pelo era negro como el ala de un cuervo.

Al pensarlo, Mel no pudo evitar recordar sus profundos ojos oscuros y cómo la habían recorrido con sensual admiración.

«¡Como si yo fuera digna de sus atenciones!».

Furiosa, lanzó dardos con la mirada al pobre ramo de flores. Su embriagador aroma llenaba el pequeño local, superando al habitual olor a comida que solía impregnarlo todo. Era un aroma exótico, delicioso... sensual.

Tan sensual como la mirada de Nikos Parakis.

Cuando su cuerpo comenzó a subir de temperatura otra vez, Mel apretó los dientes ante su propia estupidez. No tenía ni idea de dónde poner el ridículo y exagerado ramo. Pero tenía trabajo que hacer.

Estaba ocupándose del local sola, pues Sarrie se encontraba de vacaciones. Merecía la pena, ya que el jefe le iba a pagar un sueldo extra y ella necesitaba el dinero.

Detrás del mostrador, comprobó qué ingredientes le quedaban y sacó un bote de tomate del frigorífico. Mientras, repasó sus cuentas mentalmente. Eso la ayudó a dejar de pensar en el estúpido ramo... y en el irritante hombre que se lo había enviado.

Repasó el dinero que llevaba ahorrado, sintiéndose un poco más segura y satisfecha consigo misma. Había trabajado a destajo en los últimos doce meses y ya estaba a punto de poder cumplir su sueño.

Viajar.

Quería salir del Reino Unido y ver mundo. Quería visitar en persona todos esos lugares sobre los que tanto había leído. Europa, el Mediterráneo, incluso Estados Unidos y, tal vez, más lejos... Sudamérica, la lejana Australia...

Nunca había salido de su país.

Suspirando, se dijo que no debía sentirse inferior por no haber viajado. Su abuelo había sido bastante reacio a salir al extranjero. La costa sur de la isla había sido lo más lejos que había estado dispuesto a llevarla.

–Bognor no tiene nada de malo –solía decirle su abuelo–. O Brighton. O Bournemouth.

Allí era donde habían ido todos los veranos hasta que Mel había sido adolescente. Y, durante muchos años, lo había disfrutado. Le había gustado estar en la playa, a pesar de que había ido sola, sin hermanos con los que jugar. Había tenido a su abuelo, que la había criado desde que sus padres habían muerto en el mismo accidente de tráfico que había matado a su abuela.

Mirando atrás con ojos de adulta, Mel sabía que, para su abuelo, haber tenido que ocuparse de una nieta de cinco años había sido su salvación, después de haber perdido al resto de su familia en tan trágico accidente. A cambio, él había sido el centro del universo para ella, la única persona del mundo que la había querido.

Cuando había terminado el colegio y había empezado a estudiar Empresariales en una universidad cercana, Mel había optado por seguir viviendo en su casa de la infancia, un adosado en el norte de Londres.

–Sería una tontería mudarme, abuelo. El alojamiento para estudiantes es muy caro y la mayoría de los apartamentos son un asco.

Aunque ella lo había dicho en serio, también sabía que para su abuelo había sido un alivio que no se hubiera ido de casa.

Durante su vida de estudiante, se había volcado en salir por la noche y en coquetear con los chicos, como cualquier jovencita de dieciocho años. Cuando había conocido a Jack en su segundo año de carrera, había empezado a tomarse las cosas más en serio. Jack también se había tomado la relación en serio y había sabido verla más allá de su físico para valorarla por su interior.

¿Había estado ella enamorada? Había descubierto la respuesta al final de la carrera. No lo suficiente como para dedicarle su vida tal y como Jack había esperado.

–Me han dado un empleo en la organización benéfica donde solicité un puesto, en África. Voy a enseñar inglés, construir colegios, hacer pozos. Es lo que siempre he soñado –le había dicho Jack y, tras una pausa, había mirado a Mel a los ojos–. ¿Vendrás conmigo? ¿Me apoyarás en mi trabajo? ¿Quieres hacer tu vida junto a mí?

Ella había temido que llegaría esa pregunta. Y solo había podido darle una respuesta. Tanto si había querido acompañarlo en su camino como si no, había sido imposible, de todos modos.

–No puedo –había contestado ella–. No puedo dejar a mi abuelo.

En los tres últimos años de la universidad, su abuelo había envejecido. Había cruzado esa barrera invisible e irreversible de ser la persona que la había cuidado a convertirse en alguien que necesitaba cuidados. Los años le habían provocado problemas de corazón y una creciente fragilidad mental. Cada vez había dependido más y más de

Mel.

Ella no había sido capaz de abandonarlo. ¿Cómo podría haber dejado solo a su abuelo, el hombre que tanto la había querido? ¿Cómo podría haberle dado la espalda cuando más la había necesitado? Solo había podido esperar, dejando su vida a un lado y dedicándose al único pariente que le había quedado.

Los meses se habían convertido en años. Su frágil y enfermo abuelo la había dejado tres años después.

Mel había llorado, pero no solo de tristeza. También había sido de alivio. Alivio por él, que al fin se había liberado de su cuerpo y su mente deteriorados. Y alivio por ella, también.

Aunque no le había resultado fácil admitirlo, no había sido capaz de negar que, después de la muerte de su abuelo, era libre de cualquier responsabilidad.

Tenía libertad para realizar su sueño: viajar. Quería volar a donde el viento la llevara, donde le apeteciera. Quería ver mundo.

Pero, para eso, necesitaba dinero. No había sido capaz de ganarlo mientras había estado cuidando a su abuelo enfermo. Sí, tenía un poco, pues su abuelo le había dejado sus ahorros. Sin embargo, eso lo reservaría como colchón para cuando regresara al Reino Unido al fin. Por eso, para poderse pagar sus viajes, trabajaba todas las horas que podía. De día, en el local de Sarrie y, por la noche, como camarera en un restaurante cercano.

Pronto, podría salir de allí. Tomaría un vuelo barato de última hora y se dirigiría dondequiera que su espíritu la llevara, hasta que se le acabara el dinero. Entonces, regresaría y se establecería.

Si nunca regresaba...

Tal vez, nunca volvería, se dijo a sí misma. Tal vez, sería una vagabunda toda la vida. ¡Nunca atada a nada ni a nadie! ¡Libre como un pájaro!

Después de haberse pasado años dedicada a su abuelo, la perspectiva de disfrutar de tanta libertad le resultaba embriagadora.

Además de eso, también ansiaba otro ingrediente de su juventud al que había tenido que renunciar.

El amor.

Desde que Jack se había ido a África y ella se había quedado para atender a su abuelo, no había tenido más relaciones. Había tenido un par de citas, pero su abuelo había empeorado y no le había quedado tiempo de ocio. Sin embargo, en el presente...

El romance podía florecer de nuevo. ¡Y ella lo recibiría con los brazos abiertos!

Mel sabía exactamente lo que quería en esa etapa de su vida. No

quería nada serio ni intenso, como había sido su relación con Jack. No le apetecía nada a largo plazo, como Jack había deseado. No. Solo quería disfrutar del deseo embriagador y divertirse, de la divertida excitación del enamoramiento, sin preocupaciones. Eso era lo único que necesitaba.

Le brillaron los ojos mientras esbozaba una cínica sonrisa. Bueno, con esa actitud iba a tener mucho éxito con el sexo opuesto. Los hombres solían rehuir a las mujeres que buscaban algo serio. Eran ellos quienes solían dedicarse a disfrutar de las mujeres cuando les apetecía.

Sin duda, Nikos Parakis era de esa clase de hombres, caviló. Por la forma en que la había mirado...

Meneando la cabeza, Mel atendió a un cliente que había entrado. Tenía cosas mejores que hacer que especular sobre Nikos Parakis.

Pronto, sus extravagantes flores se marchitarían, igual que su recuerdo. También, olvidaría el gran impacto que le había causado con su imponente atractivo. Punto y final.

–¿Qué bocadillo te pongo? –le preguntó ella al recién llegado y, de buen humor, se puso manos a la obra.

–Aparca allí –ordenó Nikos al chófer, que detuvo el carísimo BMW a un lado de la calle para dejar que bajara.

Una vez fuera, Nikos observó la entrada de la tienda y se preguntó si estaba siendo un completo idiota.

Había reflexionado en su decisión en su camino hasta allí desde la oficina, cambiando de idea varias veces. Había analizado desde múltiples perspectivas el plan que se le había ocurrido para librarse de Fiona Pellingham. Había sopesado todas las objeciones: era una perfecta desconocida, podía ser muy antipática, incluso quizás no tenía un vestido adecuado para la fiesta... Sin embargo, al otro lado de la balanza, había pesado mucho más la abrumadora razón por la que quería que lo acompañara el viernes por la noche: no podía quitársela de la cabeza.

Y no podía pensar en otra cosa más que en volver a verla.

La misma abrumadora urgencia lo invadió en ese momento. Ansiaba devorarla con la mirada de nuevo, sumergirse en la visceral reacción de su cuerpo ante su presencia. Una oleada de excitación lo recorrió.

Se miró el reloj. La jornada laboral estaba a punto de terminar. Pronto, el local cerraría.

Nikos caminó hasta la entrada, empujó la puerta y entró. Solo

había un cliente dentro, que estaba pagando y tomando su bocadillo envuelto.

Detrás del mostrador, estaba la rubia maleducada y absolutamente preciosa.

Al instante, clavó la mirada en ella.

¡Sí! Nikos volvió a sentir lo mismo que la primera vez que la había visto.

Sin duda, había tomado la decisión correcta al volver a verla.

–Toma tu cambio –dijo ella al cliente. Su voz sonaba alegre, su expresión era sonriente.

No había ninguna señal de la grosería con que lo había tratado esa mañana, observó Nikos. También se percató de cómo su sonrisa no hacía más que resaltar la perfección de sus atributos, daba más brillo a sus ojos de zafiro y hacía que su boca fuera todavía más deseable. Se le aceleró el pulso al contemplar esa sonrisa, aun cuando no estaba dirigida a él.

«¿Qué pasaría si me sonriera a mí?», se preguntó Nikos. Pero ya sabía la respuesta.

Le encantaría. Eso pasaría.

Justo cuando estaba dándole vueltas a ese placentero pensamiento, vio cómo ella levantaba la vista hacia él y su expresión cambiaba de inmediato. Esperó a que el cliente hubiera salido del local para lanzarle su ataque.

–¿Qué estás haciendo aquí?

Cuando Nikos se acercó, la joven dio un paso atrás en un gesto defensivo. Él sonrió al verlo. Significaba que ella creía necesario defenderse de él... y eso implicaba que se sentía vulnerable, que no era inmune al efecto que le causaba.

En sus ojos, Nikos percibió una emoción inconfundible, la misma que había observado cuando la había bañado con su mirada como una caricia...

Eso le dijo todo lo que necesitaba saber. A pesar de su fachada de animadversión, la rubia sentía el influjo de su presencia con la misma intensidad que él.

Con satisfacción, Nikos dedujo que la atracción que lo invadía era mutua. Oh, sí, sin duda.

Recorriéndola con la mirada, ansió devorar cada detalle de su preciosa imagen, recordar todas las razones que le habían hecho volver a aquel local de mala muerte. Su belleza era extraordinaria, incluso en ese escenario y con esa ropa que llevaba. No hacía ningún esfuerzo por resaltar sus atributos, ni llevaba maquillaje, ni el pelo arreglado. Todavía lo tenía recogido bajo una vieja gorra de béisbol.

–Quería verte de nuevo –dijo él, acercándose al mostrador.

Ella no se movió. Su expresión se tornó pétrea.

–¿Por qué?

–¿Te llegaron las flores? –inquirió él, ignorando su pregunta con tono neutro.

–Sí –afirmó ella, tensa.

Él arqueó una ceja.

–¿No son de tu agrado?

–Apuesto a que ni siquiera sabes cómo son –adivinó ella, levantando la barbilla–. Seguro que encargaste a tu secretaria que las comprara.

–Sospecho que serán lirios –comentó él–. A mi secretaria le gustan los lirios.

–¡Pues envíaselos a ella la próxima vez!

–Pero no tenía que disculparme con mi secretaria –repuso él, entrando con gusto en la discusión–. Además, ella tampoco necesitaba ponerse de mejor humor.

La estaba provocando deliberadamente, admitió Nikos para sus adentros. No era muy inteligente, teniendo en cuenta que esperaba que ella aceptara su invitación a salir. Pero no pudo resistirse a la excitación de la pelea. Como recompensa a su atrevimiento, los ojos de color zafiro de ella echaron chispas, lo que los hizo todavía más impresionantes.

–Bueno, pues no me he puesto de mejor humor –le espetó Mel–. Y tampoco me ayuda el que estés aquí. Por eso, si no tienes nada más que decir, puedes irte.

–No he terminado –dijo él, adoptando de pronto un tono de hombre de negocios–. Tengo una invitación para ti.

Por un momento, Mel se quedó estupefacta.

–¿Qué? –preguntó ella, llena de desconfianza.

–Me gustaría invitarte a una fiesta el viernes por la noche.

–¿Qué? –repitió ella, sin dar crédito a lo que oía.

–Deja que te lo explique.

Mientras Nikos le explicaba su idea, lo escuchó, aunque con abierta hostilidad.

Al ver cómo ella se esforzaba por no mirarlo a los ojos, él adivinó que estaba luchando contra la atracción que sentía.

La tensión sexual que los envolvía casi podía palparse.

–Resulta que no tengo pareja para que me acompañe a la gala. Por eso, apreciaría mucho que aceptaras acompañarme en esta ocasión. Estoy seguro de que te gustará. Es en el hotel Saint James que, como sabrás, es un lugar excepcional.

Haciendo una breve pausa, Nikos se permitió esbozar una leve sonrisa.

–Por favor, di que sí.

La cara de ella parecía un cuadro de emociones mezcladas, sobre todo, de estupefacción y desconfianza. Incluso, de profundo escepticismo.

–Por supuesto, no tienes a nadie más a quien puedas invitar excepto a una perfecta desconocida, alguien a quien le has dicho a la cara que la despedirías si tuviera la desgracia de ser una de tus pobres empleadas –le espetó ella al fin, echando la cabeza hacia atrás con dignidad.

Pero Nikos no se dejó amedrentar.

–Eso es. Por eso, si te apiadas de mi situación y me ayudas cuando más necesitado estoy, mi gratitud no tendrá fin...

–Sí, ya –repuso ella, dando un respingo.

–Es verdad. Puedo ser muy generoso.

–Y yo sería una tonta si te creyera.

–¿Por qué? ¿Qué problema tienes? –inquirió él, clavándole los ojos llenos de deseo–. ¿No sabes lo extraordinariamente bella que eres? ¿Ignoras que cualquier hombre sería afortunado de tenerte a su lado?

Nikos vio cómo ella se sonrojaba y tragaba saliva.

–¿No vas a dejar que te invite? –insistió él con voz ligeramente ronca.

–No –repuso ella tras un momento de silencio.

–¿Por qué no? –quiso saber él, arqueando las cejas.

–¡Porque no me gustas! ¡Por eso!

Nikos soltó una carcajada. Estaba disfrutando de la actitud brusca y peleona de su interlocutora.

–Hemos tenido un mal comienzo, lo admito. Yo tenía hambre y poca paciencia. Tú no me trataste bien y no me gustó.

–Me hablaste como si fuera inferior a ti –replicó ella–. Y miraste a Joe por encima del hombro. ¡Ni siquiera quisiste darle un penique, cuando es obvio que nadas en dinero! –añadió–. ¡Tenías la cartera repleta de billetes de cincuenta libras!

–¿Esperabas que le diera uno? –protestó él–. Para tu información, cuando salí, le di un puñado de las monedas que me diste de cambio.

La expresión de Mel cambió.

–¿Qué? Cielos, seguro que se fue directo a gastárselo en vino –comentó ella. Afiló la mirada–. ¿Seguro que le diste dinero?

–Pregúntale la próxima vez que venga a por un bocadillo gratis –replicó él con tono seco–. Entonces... ¿te vas a apiadar de mí? ¿Aceptas la invitación?

Nikos sabía que ella estaba dudando, se lo decía su olfato masculino.

«Quiere aceptar, pero su orgullo se lo impide», pensó.

–¿Sabes? Soy bastante inofensivo –aseguró él, leyéndole el pensamiento–. Y bastante respetable también. Y es en un lugar público, el hotel Saint James. Será una gala benéfica.

–No te conozco de nada.

–No es verdad. Sabes cómo me llamo.

–Solo porque has puesto tu nombre en la tarjeta del ramo... Y esas flores son un insulto, por cierto.

–¿Y eso por qué? –inquirió él, atónito.

Los ojos de color zafiro de ella volvieron a brillar.

–Ni siquiera lo entiendes, ¿verdad? Enviarme un ramo tan fuera de lugar y tan exagerado y tener las agallas de decirme que son para mejorar mi humor... ¡como si no hubieras sido tú quien me había puesto de mal humor! ¡Odio esa actitud paternalista!

–¿Paternalista? No veo por qué.

Mel le dedicó una acalorada mirada. Justo cuando había empezado a olvidar el encuentro de esa mañana, tenía que enfrentarse a verlo de nuevo. Le costaba un gran esfuerzo ocultar el impacto que él le causaba con su pelo tan negro, los contornos perfectos de su rostro, sus sensuales ojos oscuros...

Estaba intentando usar su rabia para mantenerlo a raya, pero él no dejaba de ponerla a prueba, de provocarla. Su invitación la había dejado fuera de juego... una invitación tan exagerada y despampanante como el ramo de flores.

–Sí, paternalista –insistió ella–. El señor millonario envía flores a la pobre camarera del puesto de bocadillos.

Hubo un momento de silencio. Luego, Nikos habló.

–No era esa mi intención –negó él y tomó aliento–. Te he dicho que las envié con la intención de pedirte disculpas por haber sido tan grosero contigo, en todos los sentidos.

Nikos evitó detallar a qué se refería. Sin embargo, supo que ella lo había entendido, pues se sonrojó de nuevo.

–Pero, si quieres que me disculpe también por haberte enviado flores, entonces...

Mel lo interrumpió.

–No, está bien –dijo ella. De acuerdo, podía creerse que él no hubiera pretendido ser paternalista. Muy bien. Podía aceptar sus disculpas. Y podía aceptar que le hubiera dado dinero a Joe, aunque el viejo lo hubiera usado para comprar más alcohol.

Aun así, no podía aceptar su invitación.

No podía salir con un hombre que le aceleraba el pulso de esa manera y echaba abajo todas sus defensas solo con una mirada.

«¿Qué me está haciendo?», se preguntó Mel. «¿Y cómo? ¿Por qué actúo así? ¿Por qué no puedo decirle que se vaya sin más, para cerrar la tienda y no volver a verlo jamás en mi vida?».

¿Por qué no quería ella hacer eso?

Mel sabía por qué. La razón estaba en cada célula de ese hombre que tenía delante, esperando una respuesta.

–Mira, no sé de qué va todo esto, de verdad. ¿Me ves por segunda vez y me pides que salga contigo una noche? Es muy raro.

–Deja que sea sincero contigo y te explique por qué te estoy invitando a ti, en particular, a acompañarme el viernes –pidió él, posando en ella una mirada llena de franqueza–. Me encuentro en una situación delicada. Mientras estaba en Londres, me comprometí a asistir a la gala de mañana. Por desgracia, estará invitada también una dama a la que conozco por el trabajo, que alberga posesivas intenciones respecto a mí. Y yo no estoy en posición de corresponderla. No quiero pasarme la noche rechazando sus atenciones, pero tampoco quiero darle esperanzas. No quiero herirla ni ofenderla, pues eso podría perjudicar futuros tratos de negocios. Necesito una manera elegante y persuasiva de mantenerla a raya. Si voy a la fiesta acompañado, espero lograrlo. Sin embargo, la mujer en cuestión sabe que, en el presente, no estoy comprometido... Por eso, necesito encontrar una pareja lo bastante convincente como para echar por tierra sus esperanzas.

Tras un breve silencio, Nikos continuó.

–Todo eso me lleva a la idea de que invitar a una desconocida increíblemente hermosa sería la solución perfecta –añadió él, dedicándole una indescifrable mirada–. Encajas en el papel a la perfección.

Mel contuvo el aliento, de nuevo bajo el embrujo de sus ojos negros. Nikos Parakis le estaba ofreciendo una experiencia nueva y emocionante... una lujosa noche con el hombre más atractivo que había visto jamás.

¿Por qué no? ¿Qué estaba esperando para aceptar? ¿Por qué dudaba tanto?, se preguntó a sí misma.

Mel pensó en todas las razones por las que no debía ir. Podía ser el hombre más guapo del mundo, pero era irritante, arrogante y engreído, también.

Aunque se había disculpado. Y tenía sentido del humor. Además, le había dado una buena razón que explicaba su inesperada invitación.

Sin embargo, era un perfecto desconocido y podía ser un psicópata.

Conocía su nombre, se dijo. Y sería una fiesta en uno de los sitios más exclusivos de la ciudad, no en un fumadero de opio…

Pero ella no tenía nada apropiado que ponerse para asistir a uno de los sitios más lujosos de la ciudad.

Sí, sí tenía algo, recapacitó. Tenía un traje de noche de segunda mano que le había resultado muy barato porque tenía una mancha. Podía cubrir la mancha con un ramillete de flores. Y podía hacer ese ramillete con algunos de los lirios que él le había enviado.

Sin embargo, debía trabajar. Le daban buenas propinas el viernes por la noche en el restaurante.

Aunque también podía hacer un turno extra el domingo a la hora de comer, cuando la bocadillería estaba cerrada.

Una por una, fue demoliendo sus propias objeciones contra la invitación de Nikos Parakis. Y se centró en la abrumadora razón que la empujaba a aceptar.

Iba a empezar una nueva vida… su propia vida. Iba a ser libre de obligaciones impuestas por los demás. Libre para hacer lo que quisiera, ir donde quisiera. ¡Libre para divertirse!

Y, si se trataba de divertirse, ¿qué podía ser más atractivo que el hombre guapo e irresistible que tenía delante? Era una oferta demasiado tentadora.

Si algo podía anunciar la llegada de su nueva vida a bombo y platillo, era aquello. ¿Por qué no aprovechar la oportunidad que se le brindaba?

–Bueno, ¿cuál es el veredicto? ¿Trato hecho? –preguntó él.

Ella bajó la vista un momento y esbozó una incontenible sonrisa.

–De acuerdo. Trato hecho.

Capítulo Tres

Mel se agachó y se retorció, pero no le sirvió de mucho. No podía verse el cuerpo entero en el pequeño espejo que había sacado del armario donde Sarrie guardaba los libros de cuentas.

Bueno, no importaba. Sabía que el vestido le quedaba bien, porque se había enamorado de él desde el momento en que lo había visto en la tienda de segunda mano. Era la joya de la corona del vestuario que había ido coleccionando en el último año, preparándose un guardarropa variado y completo para sus viajes.

Era un vestido de seda, finamente plisada, ideal para usarlo sin necesidad de plancharlo. Los distintos tonos azules de la tela le quedaban muy bien, pues resaltaban el color de sus ojos.

Además, estaba firmado por un diseñador de moda, por lo que podía asistir a cualquier fiesta de alto postín con él, incluso al hotel Saint James. Cuando había buscado información sobre el hotel en Internet, había soltado un silbido de admiración. Pero no era de extrañar que Nikos Parakis fuera a esa clase de sitios. Tal y como había averiguado en la red, se trataba del heredero de una dinastía griega de banqueros que nadaba en millones.

¡Y había ido a parar a un humilde local de bocadillos!, se dijo a sí misma con una sonrisa. Era comprensible que se hubiera sentido ofendido cuando ella no lo había atendido con reverencia.

Pero, al menos, él se había disculpado. Y ella había aceptado sus disculpas. En el presente, sencillamente, estaba deseando volver a verlo.

Llena de anticipación y excitación ante la glamurosa velada que se avecinaba, tomó el pequeño bolso de mano de satén que iba a juego con el vestido. Era hora de irse. Nikos le había dicho que un coche la recogería y era casi la hora acordada.

Cuando salió por la puerta, cerró el local y se guardó las llaves en el bolso, vio que un carísimo coche conducido por un chófer aparcaba delante. Se dirigió hacia él, tratando de acostumbrarse a los tacones altos y la falda larga y ajustada, a llevar el pelo suelto.

El chófer salió, la saludó inclinando la cabeza y, por la expresión de masculina admiración de sus ojos, ella supo que estaba lo bastante guapa para la noche que tenía por delante.

Y para el hombre que la había invitado.

Un estremecimiento de emoción la recorrió, mientras se metía en el coche. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que había

salido de noche… y nunca había sido así, rodeada de tanto lujo y elegancia.

Recostándose en el asiento, sonrió, sintiendo la comodidad de los asientos de suave cuero, mientras se dejaba llevar a su radiante destino… y al imponente hombre que la esperaba allí.

Su nueva vida de libertad estaba empezando y ese atractivo hombre era la persona ideal para situarse en la casilla de salida.

Nikos se acercó a la barra y pidió lo que quería. No se sentó. Se limitó a apoyar los codos sobre el reluciente mostrador de caoba y miró a su alrededor. El resplandeciente bar de aquel exclusivo hotel era punto de encuentro habitual para los más privilegiados. Muchos, como él, llevaban esmoquin y se preparaban para asistir a la gala benéfica.

Una extraña mezcla de emociones lo invadía. Por una parte, estaba contento y excitado. Su chófer lo había telefoneado hacía un rato para informarle de que iba en camino con su acompañante. Pronto, iba a comprobar lo hermosa que ella estaba arreglada para la ocasión.

Al mismo tiempo, le asaltaba la duda. ¿Tendría ella un atuendo lo bastante elegante para acudir a ese lugar? Quizá, debería haberle ofrecido ayuda a ese respecto. Luego, rechazó la idea. Pensó que, sin duda, ella lo tomaría como un acto de paternalismo. No, si no hubiera tenido nada que ponerse, la bella rubia se lo habría dicho.

Apenas había tenido tiempo de darle un trago a su Martini seco, cuando miró a un lado y se quedó paralizado.

Ella estaba entrando en la zona del bar.

Sus ojos se clavaron en la recién llegada de inmediato. Igual que los de todos los hombres presentes. Cielos, ¡estaba impresionante!

Todos sus temores sobre si tenía un atuendo adecuado se esfumaron como una gota de agua en un horno caliente.

Estaba preciosa. Más que eso.

Al fin, podía ver cómo la había dotado la naturaleza, con unas deliciosas curvas que ya no ocultaba su amplia ropa de trabajo.

Era alta y delgada, pero tenía las curvas adecuadas en los sitios correctos, resaltadas por la elegante caída de la falda del vestido, que le llegaba a los tobillos. Su estilo y color eran perfectos para ella… una delicada mezcla de tonos de azul y lila. El escote no era pronunciado, de tejido calado. Sobre el pecho, llevaba un pequeño ramillete de color crema. Al verlo, él sonrió. Estaba seguro de que lo había hecho con el ramo de lirios que le había enviado.

En cuanto al pelo, lo llevaba suelto y apartado de la cara, recogido

a un lado con una peineta de perlas.

Y la cara... Ah, suspiró Nikos, lleno de satisfacción. La había considerado increíblemente bella cuando la había visto sin maquillaje. Pero, en ese momento, con sus luminosos ojos perfilados, las pestañas más largas, las mejillas sonrosadas y los labios pintados como si fueran una fruta madura...

Él se acercó con una amplia sonrisa.

Ella lo vio de inmediato. Cuando Nikos se dio cuenta del obvio impacto que él le producía, su satisfacción aumentó.

Ella abrió mucho los ojos con admiración, mientras caminaba hacia él. Nikos percibió que su barrera de compostura y seguridad se tambaleaba un poco. Las mejillas se le sonrojaron fugazmente, delatándola.

–Estás preciosa –le susurró él, bañándola con una cálida mirada.

–Pensé que de eso se trataba –repuso ella con tono cortante. Estaba contrariada consigo misma por haber sentido una emoción tan profunda al posar los ojos en Nikos Parakis. Si había sido guapo antes, con aquel esmoquin hecho a medida, estaba diez veces más imponente.

En ese momento, al mismo tiempo que él la recorría con sus oscuros ojos con destellos dorados... la excitación comenzó a incendiarle la piel, cada gota de sangre. Con urgencia, ella intentó mantenerse indiferente y distante.

Él sonrió todavía más.

–¿Qué quieres para beber?

–Agua mineral con gas, gracias –consiguió contestar ella, un poco sin aliento.

–¿No bebes alcohol?

–Oh, sí –repuso ella, contenta porque su voz empezaba a sonar más normal–. Pero supongo que habrá vino con la cena, así que prefiero ir despacio.

–Muy bien pensado –murmuró él, y pidió en la barra.

Luego, Nikos volvió a fijar la atención en su acompañante. Una hermosa mujer, ¡cuyo nombre ignoraba por completo!

Para él, hasta ese momento, había sido solo la bella rubia de la bocadillería. Parpadeó un momento. Después, con alivio, recordó que sí sabía su nombre. Ella lo llevaba bordado en la camiseta de trabajo.

El camarero dejó un vaso de agua con gas sobre la barra.

–Aquí tienes, Sarrie –dijo Nikos con una sonrisa.

Ella se quedó mirándolo.

–¿Sarrie?

–¿Prefieres que no te llame así? –preguntó él, frunciendo el ceño.

–Bueno, en realidad, sí, pues no es mi nombre. Sarrie es el nombre del dueño de la bocadillería, que se llama igual que él –puntualizó ella, mirándolo con cierta desaprobación–. Yo me llamo Mel –informó, e hizo una breve pausa–. ¿Necesitas saber mi apellido también? ¿O es completamente irrelevante... teniendo en cuenta que nuestra relación tendrá fin esta noche?

Nikos frunció el ceño. ¿Su relación iba a terminar esa noche? ¿Era eso lo que él quería?

¿De veras quería que esa preciosa y fascinante rubia que le hacía perder la cabeza estuviera con él una sola noche?

Mientras la recorría con la mirada, su cuerpo le dio la respuesta. Sin lugar a dudas, no.

Sin embargo, no era su cuerpo lo único que respondía a la abrumadora atracción física que sentía por aquella belleza de mujer. ¿Cómo era ella como persona? Sabía que podía plantarle cara y embaucarlo en un excitante intercambio verbal... pero ¿qué más?

Era hora de averiguarlo.

Nikos esbozó una lenta sonrisa.

–Mel, ¿no te das cuenta de que quiero saber mucho más de ti, aparte de tu apellido?

Satisfecho, observó que, una vez más, ella se sonrojaba.

–Bueno, me apellido Cooper, por si te hace falta saberlo –respondió ella tras unos segundos–. Tal vez te sea útil para cuando me quieras presentar a esa mujer que quieres quitarte de encima.

Su tono de voz escondía cierta acidez crítica, pero él lo ignoró.

Querría estar con ella esa noche, incluso si Fiona Pellingham estuviera a mil kilómetros de distancia, reconoció Nikos para sus adentros.

Estaba seguro de ello. Mel Cooper era una mujer a la que quería conocer mejor. Mucho mejor.

–Cuéntame, Mel, ¿cómo es que trabajas en un local llamado Sarrie's?

Despacio, Nikos observó cómo ella recuperaba la compostura. El color de sus mejillas recobró la normalidad, mientras le daba un trago a su vaso de agua. Su voz, cuando habló, ya no sonaba ácida ni a la defensiva.

–Sarrie Silva es tío de un amigo mío y me ofreció el trabajo. No paga mal y me gusta lo que hago –explicó ella. No era necesario decirle que, en comparación con cuidar a su abuelo día tras día, ese empleo le había parecido una bendición–. Y lo mejor es que me deja usar el cuarto trasero como dormitorio, así que vivo allí.

Nikos arqueó las cejas.

–¿Vives en el cuarto trasero de una bocadillería?

–Sí. No pago alquiler... y, en Londres, eso es importante.

–¿Cuánto tiempo llevas viviendo así?

–Casi un año. Desde que tuve que mudarme de mi casa de la infancia.

Nikos frunció el ceño.

–¿Por qué tuviste que hacer eso?

–Fue después de que mi abuelo muriera. Yo... lo cuidaba... –comenzó a decir ella, pero tuvo que interrumpirse un segundo con un nudo en la garganta, invadida de pronto por el dolor de la pérdida–. Cuando lo perdí... decidí que era mejor alquilar la casa, porque eso me daría una fuente de ingresos estable.

–¿Y te quedaste sin casa?

Ella meneó la cabeza con una sonrisa.

–Eso no me importó, porque solo iba a ser temporal. Pronto, me iré de viaje.

Mel lo dijo a propósito. Se le ocurrió que sería prudente dejarle claro a Nikos Parakis que iba a irse de Londres muy pronto.

Recordó sus palabras cuando él le había dicho que quería saber más cosas de ella, además de su apellido.

Eran palabras peligrosas, pues lo único que ella quería hacer era disfrutar de la velada, del lujoso escenario, y no darle muchas vueltas al poderoso influjo que Nikos Parakis tenía sobre sus sentidos.

Sin duda, era importante dejar claro que no iba a quedarse en Londres mucho tiempo. Esa noche no era más que un capricho inesperado, algo que disfrutar y guardar en el tesoro de sus recuerdos, se dijo ella. Igual que Nikos Parakis.

Él frunció el ceño de nuevo ante su comentario.

–¿Adónde vas a viajar?

–No tengo ni idea –repuso ella, y le dio otro trago a su vaso–. España, tal vez. Depende de los destinos de vuelo más baratos.

–¿No tienes un destino claro en mente? –inquirió él, sin ocultar su perplejidad.

–No. Solo quiero viajar. Cualquier sitio es bueno –dijo ella–. Dondequiera que vaya será una aventura para mí.

Nikos le dio un sorbo a su Martini.

–¿A qué lugares has viajado?

–A ninguno. De eso se trata.

Nikos percibió su tono emocionado y su expresión llena de entusiasmo. Apreció cómo le brillaban los ojos de excitación ante la perspectiva de hacer realidad su plan.

Su belleza sembraría la devastación entre la población masculina

en cualquier parte del mundo, adivinó él.

–¿Vas con amigos? –preguntó él con tono casual. En realidad, lo que quería preguntarle era si tenía novio.

Pero no debía de tenerlo. Si hubiera sido así, no habría aceptado su invitación a salir esa noche, ¿o sí?, reflexionó.

Pensar que no estaba comprometida le produjo una nueva satisfacción, que se vio empañada por la respuesta de ella.

–No, iré sola. Estoy segura de que haré amigos por el camino.

–Bueno, ten cuidado –le advirtió él–. Hay partes del mundo donde las viajeras solas pueden correr peligro.

–Puedo cuidarme sola –replicó ella, apretando los labios.

–Sí, lo sé –dijo él con gesto socarrón–. Sabes cómo defenderte verbalmente, sin problemas. Pero… mi consejo es que te limites a las zonas turísticas.

Durante un instante, Mel estuvo a punto de discutírselo. Pero se contuvo.

–De acuerdo –dijo ella–. Contrataré a un guardaespaldas y lo llevaré en la maleta.

–Una idea excelente –murmuró él de buen humor–. Te puedo recomendar una empresa que da ese tipo de servicio de protección. Yo mismo lo he empleado en varias ocasiones.

Mel cambió de expresión.

–¿Lo dices en serio?

Nikos asintió.

–Hay algunos sitios del mundo donde es mejor ir acompañado de alguien con una pistola.

–¿Por qué vas a esos sitios? –preguntó ella con los ojos muy abiertos.

–Tengo negocios allí –respondió él con tono seco–. Y, no, no soy traficante de drogas, por si te vas a poner a fantasear sobre mi trabajo. Soy un aburrido y respetable banquero –le informó.

–Sí, lo sé –reconoció ella–. Busqué tu nombre en Internet. Para asegurarme de quién eras –explicó–. Aunque yo no creo que los banqueros puedan considerarse muy respetables… –comentó con tono deliberadamente provocador–. ¿No estás de acuerdo?

–*¡Touché!* –dijo él con una sonrisa, y le dio otro trago a su copa–. Teniendo en cuenta el pésimo estado financiero del mundo y el papel que los préstamos excesivos de los bancos han tenido en eso, entiendo tu escepticismo. Sin embargo, los bancos deben centrarse en hacer posible la recuperación económica. Ese es mi objetivo –aseguró–. El Banco Parakis de Grecia se ha visto muy afectado por la recesión.

Mel lo contemplaba con expresión de interés. No parecía la típica

rubia superficial. Animado, él continuó.

–El Banco Parakis es un banco de inversiones y siempre hemos apoyado alianzas equitativas con nuestros clientes. Eso significa que, si ellos pierden, nosotros también nos resentimos. También significa que tenemos que elegir a nuestros clientes con mucho cuidado. Las empresas dirigidas por personas avariciosas y perezosas que solo quieren enriquecerse a costa de los demás no entran en nuestros planes. Busco gente que tenga pasión por el sector en que trabaja, que entienda cómo funcionan sus mercados y sepa dónde están las oportunidades. Han de ser personas que hayan trabajado mucho para levantar su negocio, pero que necesitan un préstamo para seguir avanzando. Eso es lo que yo les ofrezco, por el mutuo beneficio –explicó Nikos, y sonrió–. ¿Te he convencido de que no todos los banqueros son la encarnación del demonio? –preguntó con tono socarrón.

–Eres persuasivo –admitió ella.

–¿Eres tú fácil de persuadir?

El tono de Nikos cambió sutilmente, junto con su mirada. Mel apartó la vista un momento. Sabía que su pregunta escondía un mensaje subyacente, que no tenía nada que ver con los negocios ni con los bancos.

–A veces –repuso ella, sonriéndole con gesto deliberadamente provocador.

–Eso me gusta –susurró él, calentándola con la mirada.

–Pero tú ya lo sabías, ¿no? Me has convencido para que te acompañe esta noche, después de todo –señaló ella con cierta exasperación ante su sutil juego de insinuaciones.

–Y me alegro mucho de eso –aseguró él con calidez–. Si no, me habría perdido salir con la mujer más hermosa de todo Londres.

Mel se rio, meneando la cabeza.

–Sí, ya… –dijo ella, pensando que él exageraba y, al mismo tiempo, emocionada por el cumplido. Se terminó el resto de su vaso de agua–. Bueno, ¿vamos a cenar esta noche? Ya sé que trabajo haciendo bocadillos, pero, aunque suene raro, nunca tengo tiempo de comer a mediodía y estoy muerta de hambre.

–Excelente –dijo Nikos–. La comida aquí es deliciosa, así que es bueno que tengas apetito. Espero que no seas la clase de mujer que se sacia solo con dos hojas de lechuga.

Mel se rio otra vez.

–Te prometo que, esta noche, no.

–Genial. En ese caso, ¿vamos a la mesa? Veo que la gente empieza a ir hacia el comedor.

Nikos dejó su copa vacía sobre la barra y le ofreció el brazo a su acompañante.

–Suena bien –dijo ella, agarrándose a él–. ¡Llévame donde está la comida!

–Estoy a tus órdenes –repuso él con un brillo de satisfacción en los ojos.

Mel le lanzó una mirada de medio lado.

–Puede que lamentes esa oferta –advirtió ella, sonriendo.

–No lamento nada respecto a ti, Mel, te lo aseguro –murmuró él, posando en ella sus oscuros ojos.

Mel se rio. Se encontraba de buen humor y la noche estaba resultando más agradable de lo que había esperado, no por aquel fantástico lugar ni por la oportunidad de vestirse de fiesta, por muy excitantes que fueran esas dos cosas.

No, era el hombre que la acompañaba quien la hacía sentir burbujeante, como si el champán le corriera ya por las venas. El culpable era ese hombre alto y fuerte que le daba el brazo, cuya brillante mirada oscura estaba acelerándole el corazón a toda velocidad...

«¡Cuidado!», le gritó su voz interior. Solo iba a estar con él una noche, no podía olvidarlo. Debía disfrutar de las próximas horas, disfrutar de Nikos Parakis, su atractivo y lo mucho que se divertía con él. Pero, después, debía alejarse de él y guardarlo solo como un recuerdo.

Mel sabía que esa era la verdad. Sin embargo, al salir del bar del brazo de Nikos Parakis, notó que el corazón le latía más deprisa que nunca en su vida.

Capítulo Cuatro

–¡Oh, cielos! –exclamó Mel, sin poder contenerse.

–Impresionante, ¿verdad?

–Más que eso.

Mel estaba admirando el salón de banquetes del hotel, lleno de invitados que ocupaban su puesto para la cena. Era una sala enorme con decoración del siglo XIX, cortinas de satén en azul y oro, mesas cubiertas con arreglos florales, candelabros y vajillas de plata y cristal.

Nikos la condujo hacia su destino. Era agradable llevarla de su brazo, se dijo él. Primero, le recordaba que tener una mujer tan hermosa al lado era la mejor manera de mantener alejada a Fiona Pellingham. Pero el placer que sentía junto a su acompañante iba mucho más allá y no tenía nada que ver con su plan de deshacerse de la otra mujer.

¿Qué hombre no querría tener a esa diosa de cabello dorado a su lado? ¿Qué hombre podía no desearla?

–Creo que esa es nuestra mesa. Ahí –indicó él con un gesto de la cabeza.

Mientras se acercaban, Nikos se dio cuenta de que uno de los comensales que ya estaban sentados era la mujer cuya presencia había inspirado su plan de invitar a Mel. Fiona Pellingham lo estaba atravesando con la mirada con tal intensidad que él se alegró todavía más de tener a la belleza rubia a su lado.

–¿Es esa, no? –preguntó Mel en un susurro–. La insistente dama que te dedica atenciones no deseadas.

–Sí –afirmó él–. Y parece que no está muy contenta de verte.

En efecto, Fiona entornaba los ojos sin poder ocultar su decepción. Sin duda, no había contado con verlo llegar con otra mujer del brazo.

–Qué pena –repuso Mel con mordacidad.

–No te dejes intimidar por ella –advirtió él, preocupado de pronto por Mel. Fiona Pellingham era una exitosa ejecutiva, en la cúspide de su carrera profesional. No había llegado tan alto siendo dulce y amable con los demás... sobre todo, si eran mujeres.

Pero no era necesario preocuparse.

–Ni en sueños –le aseguró Mel con dulzura, recordándole lo capaz que era de defenderse sola.

Cuando llegaron a la mesa, los demás hombres se pusieron en pie y Nikos los saludó. Conocía a uno o dos de ellos y Fiona le presentó a los demás. Saludó a Fiona también, con tono educado y neutral,

mientras la otra mujer le respondía fingiendo indiferencia.

–Hola –dijo Mel con una radiante sonrisa.

Sin titubear, a continuación, Mel se sentó en uno de los dos sitios vacíos que quedaban. Nikos se sentó a su lado, enfrente de Fiona. Se dio cuenta de que los hombres admiraban sin disimulo la belleza de Mel, a pesar de que estaban acompañados por sus propias parejas.

Un camarero les sirvió vino y agua, mientras otro colocaba el pan en la mesa.

–Me he saltado la comida –informó Mel de buen humor, alcanzando el pan.

Se ocupó en untar un poco de mantequilla en su pan, al tiempo que los demás comenzaban a charlar. Pronto, se dio cuenta de que todos tenían en común sus ocupaciones en el mundo de las finanzas y las grandes corporaciones.

Mientras mordisqueaba el pan y escuchaba a medias las conversaciones que se desarrollaban a su alrededor, Mel miró de reojo a la mujer que supuestamente quería atrapar a Nikos Parakis.

Fiona Pellingham era muy atractiva. Morena y esbelta, llevaba un vestido de diseño de color rojo rubí. Era obvio que se había sentido molesta al verla llegar a ella.

Las otras dos mujeres presentes no estaban a la altura de Fiona en cuanto a su aspecto, pero estaban vestidas con elegancia y parecían ser pareja desde hacía mucho tiempo de los hombres que se hallaban a su lado.

Todos parecían perfectamente en su salsa en ese ambiente tan privilegiado y tan alejado del entorno donde ella había crecido. Pero ¿qué importaba eso? Nadie la miraba con animadversión, a excepción de Fiona, y todo el mundo la estaba tomando por lo que era, o sea, la acompañante de Nikos Parakis para esa velada.

Mientras los otros charlaban con tono educado y palabras sofisticadas, sobre negocios y el mundo financiero en general, ella se preparó para aprovechar al máximo la cena que tenía por delante que, sin duda, sería exquisita.

Entonces, justo cuando dejó su vaso y estaba admirando las delicadas flores que adornaban la mesa, una pregunta se dirigió directamente a ella.

–¿Y tú a qué te dedicas, Mel?

Era el hombre sentado junto a Fiona quien la estaba hablando. Mel no vio razón para no responderle con el mismo tono educado con que le había hecho la pregunta. A su lado, notó que Nikos se ponía tenso, listo para intervenir. Sin embargo, decidió ignorarlo.

–Sector de la hostelería –contestó ella con desparpajo–. He estado

investigando la segmentación del mercado y los beneficios de la producción artesana bajo demanda.

–Interesante –dijo el hombre–. ¿Trabajas con alguno de los grandes analistas de mercado?

Mel meneó la cabeza.

–No, es una investigación independiente, un encargo directo del cliente.

A su lado, Nikos contuvo una carcajada.

–¿Qué vas a hacer con las conclusiones de tu análisis? –inquirió otro de los presentes.

–Bueno, apoyarán los planes de expansión de mi cliente.

–¿Y será algo subvencionado por la banca Parakis? –quiso saber Fiona. Aunque su tono era superficialmente dulce, su aguijón era inconfundible.

–Antes de tomar una decisión, tengo que esperar a valorar los resultados de la investigación –señaló Nikos con tono seco.

–Te tomo la palabra –le dijo Mel, mirándolo con ojos relucientes.

Entonces, adivinando que los planes de expansión de Sarrie's no iban a dar mucho más juego para ese grupo de expertos en finanzas, Mel cambió de tema. Era hora de desarmar a Fiona.

–Nikos me estaba contando que eres una profesional excelente y que has llegado muy lejos –comentó ella, posando los ojos en la morena con una espléndida sonrisa.

Un poco perpleja, pero agradecida, Fiona sonrió.

–Bueno, he trabajado muy duro.

–¿Es muy difícil triunfar para una mujer en un mundo de hombres? –preguntó Mel, ampliando su atención a las otras dos mujeres–. Parece que vosotras lo habéis logrado.

–Hace falta mucha determinación para abrirse paso –afirmó Fiona.

–Y no tener hijos –añadió otra de las mujeres.

–Ya. Es el dilema definitivo para una mujer, tener que decidir entre triunfar en la profesión o los hijos.

Justo como ella había esperado, la conversación se encauzó hacia el papel de la mujer en la actualidad y si era posible tener una familia sin sacrificar la carrera profesional. Se abrió un activo debate. Una de las mujeres defendía su derecho a tener hijos y Fiona y la otra mujer decían que la familia tenía que esperar.

Nikos se acercó a Mel para hablarle al oído.

–¿Analista del sector de la hostelería?

–Bueno, podría serlo. Después de todo, he estudiado Empresariales. ¿O creías que era una rubia cabeza hueca nada más, cariño? –repuso ella en tono burlón, con su habitual brillo de ingenio en los ojos.

–Solo si quisiera morir joven –dijo él con buen humor y resignación al mismo tiempo.

Mel le dedicó una sonrisa de aprobación.

–Chico listo.

–¿Sabes? De verdad creo que lo soy. Haberte invitado esta noche es lo más inteligente que he hecho en mucho tiempo.

Una cálida corriente eléctrica la recorrió al escucharlo.

«¡Cuidado!», se dijo a sí misma, tratando de recordar que no podía tomárselo en serio.

Por suerte, Fiona llamó su atención con otra pregunta.

–¿Y tú qué opinas de tener hijos?

Mel respondió sin titubear.

–Me temo que estoy demasiado centrada en mis objetivos personales y en prioridades que no incluyen tener bebés –contestó ella. No hacía falta detallar que viajar como una trotamundos era su prioridad, no forjarse una reluciente carrera como analista de mercado–. Ahora mismo, tengo que admitir que no quiero hijos. Por supuesto, no estoy a tu nivel y nunca lo estaré, así que tener familia no es una amenaza tan grande para mi carrera.

De nuevo, su cumplido surtió el efecto deseado en Fiona.

–Por otra parte, hay otro problema con el que tienen que enfrentarse las mujeres que llegan alto en su profesión. Me refiero a la escasez de parejas adecuadas. Es bastante obvio que los hombres prefieren salir con mujeres de menos nivel que ellos... sirva mi caso como ejemplo. Aquí estoy yo, una humilde analista de mercado, ¡saliendo con un tipo cuya familia posee un banco!

–¿Y cómo lo has hecho? –quiso saber Fiona, de nuevo un poco molesta.

Mel esbozó una sonrisa que desarmaba.

–Oh, Nikos puede ser muy... persuasivo cuando se propone algo –dijo ella con tono exagerado, arrancando una carcajada a los presentes.

Hasta Fiona sonrió y Mel se alegró. No podía culpar a la otra mujer por haber puesto los ojos en Nikos Parakis. No podía culpar a ninguna chica por eso. Con o sin su banco, Nikos era la clase de hombre que podía hacer perder la cabeza a cualquier mujer.

¿Como le estaba sucediendo a ella?, se preguntó de pronto, quedándose paralizada.

A su lado, él retomó las riendas de la conversación.

–No os podéis imaginar lo mucho que me ha costado convencer a Mel de que me acompañe –comentó él–. Al final, creo que fue el sitio lo que la animó a venir.

–Es fabuloso –alabó ella, mirando de nuevo a su alrededor en el opulento salón.

–Todos los hoteles de la corporación Viscari poseen el mismo sello –señaló uno de los hombres–. Tienen un toque especial que los diferencia del resto de los alojamientos de lujo.

–Oh, sí, así es –afirmó su pareja–. Creo que mi favorito por el momento es el de Florencia.

La conversación giró hacia cuál de los exclusivos hoteles de la cadena Viscari era el mejor. Algo sobre lo que Mel no podía opinar.

Después de un exquisito aperitivo de salmón ahumado, llegó el plato principal, un cordero que se derretía en la boca.

–Y pensar que estuve a punto de perderme esto –le susurró ella a Nikos, embelesada con la comida.

–¿Lo estás pasando bien? –le preguntó él.

–Oh, sí. Podría acostumbrarme a vivir así todos los días.

Algo brilló en los ojos de él.

–Bueno, disfruta –dijo Nikos, y levantó su copa para brindar con ella.

Mel levantó su copa y las chocaron con suavidad.

–Por todas mis buenas ideas –murmuró ella.

Nikos la bañó con una mirada caliente y oscura como chocolate fundido.

Ella dio un trago a su copa de vino con la esperanza de que le aclarara la cabeza. Luego, bajó la vista y se concentró en comer. Eso, al menos, no era peligroso.

A su lado, Nikos la observaba con gesto especulativo. Como si se estuviera preguntando algo.

Algo acerca de la hermosa Mel Cooper.

Mel suspiró y apoyó la cabeza en el suave asiento de cuero.

–Ha sido la mejor noche de mi vida.

Nikos, sentado a su lado en el coche, se volvió hacia ella con una sonrisa.

–Me alegro de que te hayas divertido.

–Me he divertido mucho –aseguró ella.

Sus ojos se encontraron. Incluso en la penumbra del coche que avanzaba por las calles desiertas de Londres pasada la medianoche, Mel percibió en los ojos de él un brillo lleno de peligro. Por una parte, quiso apartar la mirada, pues era lo más prudente. Por otra, ansió perderse en esos dos pozos brillantes y oscuros.

Ella estuvo a punto de volver la cara, pero no lo hizo. La noche iba

a terminar muy pronto y quería disfrutar del poco tiempo que le quedaba.

Nikos era demasiado atractivo como para rechazar su silenciosa invitación.

Era un pensamiento que había ido acariciando durante toda la velada y, en ese momento, en la íntima privacidad del coche, Mel se permitió el lujo de saborearlo con la mirada. Podía sentir el vino y la exquisita cena corriéndole por las venas, embriagándola con su sensual efecto. Pero no le importaba. Se encontraba demasiado bien y solo quería disfrutar el presente.

–Agradezco mucho tu aprobación –dijo él, y sonrió.

Ella ladeó la cabeza. Debía recordar por qué Nikos la había invitado. No había sido por ella misma, sino para utilizarla como cebo contra las intenciones indeseadas de otra mujer. Sería prudente no olvidarlo. Sobre todo, cuando estaban solos en aquel espacio tan reducido, con el chófer detrás de una mampara tintada, recorriendo las calles anónimas de la ciudad.

–¿Crees que Fiona volverá a intentar seducirte?

Él sonrió un poco más.

–Espero que no. Y, menos, después de que le has presentado a Sven.

Mel se rio.

–No se llama Sven. Se llama Magnus, aunque su nombre no importa. Es descendiente de una estirpe vikinga y dirige una compañía nórdica de telecomunicaciones. Eso basta para que Fiona lo considere digno de ella.

–Esperemos que él opine lo mismo de ella. A mí me pareció que estaba intentando ligar contigo, antes de que te excusaras para ir al tocador.

Cuando Nikos la había visto volver a su mesa acompañada de aquel fornido vikingo, no había podido evitar sentir el aguijón de los celos. Solo cuando ella se lo había presentado a Fiona y los había dejado charlando solos, él se había relajado.

–Lo llevé a la mesa porque quería presentárselo a Fiona –confirmó Mel–. Me sentía culpable por haberle estropeado sus planes contigo y quise ofrecerle un premio de consolación.

–Bueno, espero que Sven la mantenga ocupada… y alejada de mí.

–Me alegro de haber sido útil –dijo ella con una sonrisa exagerada.

–Y yo te estoy muy agradecido. Te aseguro…

La voz de Nikos sonaba ronca y sensual. El humor de hacía unos minutos desapareció y, de pronto, ella se quedó sin respiración.

Mel sabía que debía romper el contacto visual que la dejaba sin

aliento, pero no fue capaz de moverse. No podía hacer nada más que mirarlo, suspendida en un instante mágico, sintiéndolo tan, tan cerca...

Entonces, ella se dio cuenta de que algo había cambiado. El coche había parado.

–Hemos llegado –dijo ella, volviéndose de pronto hacia la ventanilla.

Al romper sus miradas entrelazadas, Mel se sintió libre de salir del coche, entrar en el local de Sarrie y despedirse de la noche y de Nikos Parakis.

Una terrible sensación de vacío la invadió, sin embargo. La noche había terminado. Su breve encuentro con Nikos Parakis había llegado a su fin.

El chófer le abrió la puerta. El aire frío la recibió al salir.

Nikos la siguió fuera. Le hizo un gesto con la cabeza al chófer, que volvió a meterse en el vehículo.

Mel se esforzó en sonreír.

–Gracias por una velada maravillosa. Nunca lo había pasado tan bien. Espero que Fiona esté convencida de que no tiene ninguna oportunidad contigo y se concentre en el empresario nórdico.

Era cuestión de segundos. La noche estaba a punto de acabar. Nikos le daría las buenas noches y ella entraría en la bocadillería. Él se iría a su lujosa casa y a su lujosa vida poblada de hoteles de cinco estrellas y champán.

Ella volvería a hacer bocadillos. Y reservaría un vuelo en alguna compañía de bajo coste, en dirección a las costas españolas.

En aquella ocasión, sin embargo, no sintió la emoción habitual que solía invadirla cuando pensaba en su futuro como viajera. En vez de eso, una aplastante sensación de soledad la invadió. ¿Cómo era posible que algo que la había entusiasmado hacía unas pocas horas ya no le hiciera ninguna ilusión?

¡Porque hacía unas horas no había pasado una velada con Nikos Parakis!

Como una autómata, se obligó a sí misma a tenderle la mano para estrechársela como despedida.

–Gracias –dijo ella–. Y buenas noches.

Con un apretón de manos, pondrían punto y final a su encuentro y se iría cada uno por su camino, cada uno a su mundo. Eso era todo. Lo había pasado bien, pero la fiesta había terminado.

Debía irse en ese mismo momento.

¡Y dejar de mirarlo como una tonta!

Pero no podía dejar de observarlo. Era como si quisiera grabarse su

cara en la memoria.

Nikos Parakis le tomó la mano.

A ella le subió la temperatura y le temblaron las rodillas, envuelta por el suave aroma masculino de él.

¿Por qué estaba clavada al suelo, incapaz de moverse? Él tiró con suavidad, atrayéndola a su lado, sin dejar de retenerla con la mirada.

–Buenas noches. Y gracias por haberme acompañado.

A solo unos centímetros de él, Mel podía notar su respiración, el calor de su cuerpo. Ansiaba sentir su fuerza musculosa, levantar la boca hacia él, sujetarlo de la nuca y probar sus labios...

Nunca había sentido una urgencia tan poderosa por besar a nadie de esa manera.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había besado a un hombre y más aún desde la última vez que había dado rienda suelta a sus impulsos. Jack se había ido a África hacía mucho y, desde entonces, solo había salido un par de veces, demasiado ocupada en cuidar a su abuelo.

En el presente, allí estaba, con los ojos clavados en el hombre más guapo que había conocido, deseando sentir sus labios, sus brazos rodeándola.

Como si le hubiera leído el pensamiento, él inclinó la cabeza para besarla. Su boca era suave y sensual como la seda.

Derritiéndose, Mel se apretó contra él, sintiendo su fuerte torso. Dejó caer el bolso al suelo y deslizó la mano bajo su chaqueta, recorriéndole la espalda con los dedos, una espalda musculosa y cálida.

Ella cerró los ojos y se entregó al beso que la llevaba a las nubes, que absorbía cada átomo de su conciencia. Se entregó a las sensuales caricias de su acompañante. Él sabía exactamente cómo besarla y cómo excitarla, cómo tocar su boca con la lengua, con los labios, con los dientes... y profundizó el beso como un experto.

Mel perdió la noción del tiempo. Solo sabía que se estaba aferrando a su espalda, mientras él le acariciaba con suavidad los pechos. Tenía los pezones endurecidos y el corazón le latía a toda velocidad.

Nikos separó sus labios y se quedó contemplándola. Observó sus labios entreabiertos, sus ojos embelesados, sus mejillas sonrojadas. El rostro de él era indescifrable, aunque su mirada escondía una sombra... Había algo que él quería decir, pero permanecía en silencio...

Mel se quedó parada, esperando. No entendía el mensaje sin palabras que él le enviaba.

Entonces, con torpeza, ella se separó, se agachó y recogió su bolso del suelo. Rebuscó dentro y sacó las llaves. Se dirigió a la puerta, abrió y, cuando estaba medio dentro, se volvió.

Nikos no se había movido. Seguía allí parado, observándola. Detrás de él, el coche esperaba para llevarlo a su mundo, donde ella no volvería a verlo nunca más.

De repente, sintió una insoportable desazón en el pecho, como si no pudiera respirar. Posó los ojos en él una última vez.

–Adiós, Nikos –dijo ella con suavidad, y entró en el local.

La noche había terminado.

Fuera, en la calle desierta, Nikos siguió parado un buen rato, hasta que se dio media vuelta y entró en el coche.

Se debatió de vuelta por el centro de la ciudad mientras, en su cabeza, seguía resonando ese mensaje sin palabras.

Era un mensaje que él no quería escuchar. Se había pasado toda la vida bloqueándolo.

Era un mensaje que ponía en jaque todos los pilares de su vida.

Capítulo Cinco

Bostezando, Mel abrió el grifo para llenar el cubo de la fregona de agua caliente y empezó con su rutina diaria para abrir el local. Sin embargo, sus pensamientos estaban a miles de kilómetros de allí, recordando la noche anterior. No dejaba de revivir cada imagen, cada conversación. Y, sobre todo, el increíble beso de buenas noches de Nikos.

Durante un momento, recordó la extraña sensación de asombro que había percibido en los ojos de él. Luego, meneando la cabeza con impaciencia, trató de olvidarlo. Durante tres largos años, no le había gustado ningún hombre. ¡No era raro que se sintiera sobrepasada después de haber sido besada por un experto como Nikos Parakis!

Con una mueca, caviló que, sin duda, él había logrado tal destreza en sus besos después de haber probado muchas bocas de mujeres. Debía de ser especialista en besar, seducir y seguir con su vida. Parecía el típico hombre decidido a evitar las relaciones serias.

Bueno, ella lo entendía. En ese momento de su vida, sintiéndose libre por primera vez, ella opinaba lo mismo. No quería compromisos, ni complicaciones. Solo quería divertirse y pasarlo bien.

Mientras metía los croissants en el horno, torció el gesto. Esa relación divertida y sin ataduras no iba a llegar a ella de la mano de Nikos Parakis. Él la había besado y se había ido sin mirar atrás. No había querido nada más de ella que una sola noche.

¿Y si no hubiera sido así?, se preguntó, de pronto, sacando la mantequilla del frigorífico.

Otra vez, revivió ese momento en que sus miradas se habían entrelazado y él le había comunicado un mensaje sin palabras que no lograba descifrar.

¿Qué importaba, de todas maneras?, se dijo, meneando la cabeza. Nikos había salido de su vida tan rápidamente como había entrado y no iba a volver a verlo. Su delicioso beso de buenas noches había sido la guinda del pastel, después de la espléndida noche que habían pasado.

En el presente, tenía mucho pan que untar con mantequilla todavía.

Nikos estaba corriendo. Iba rápido, pero no lo bastante. Aceleró la marcha en la cinta mecánica para correr, acelerando el paso. Aun así,

no podía quitarse de la cabeza el beso que había compartido con Mel.

No podía dejar de pensar en la sensación de su boca, suave y sensual, el sabor de sus dulces labios… Todavía podía sentirlo, a pesar de que había pasado ya una semana y estaba de regreso en Atenas. Todavía recordaba las palabras que no había pronunciado, las mismas que había estado a punto de susurrarle a Mel…

«No dejes que la noche termine todavía. Vuelve conmigo. Quédate a dormir conmigo».

Era lo que él había estado a punto de rogarle.

Sin embargo, cuando sus bocas se habían separado y, todavía aferrada a él, ella lo había contemplado con sus preciosos ojos brillantes de impotencia y perplejidad, se había quedado mudo. No había sido capaz de pronunciar las palabras.

Y sabía por qué.

Invitarla a pasar la noche con él no habría sido justo para ella. No la conocía lo bastante bien como para arriesgarse. Era posible que, después de compartir un encuentro íntimo, Mel esperara cosas que él no podía darle. No podía ofrecerle nada más que una aventura fugaz y pasajera.

No, no era un hombre sin sentimientos, ni disfrutaba de rechazar a las mujeres que caían a sus pies. Preferiría que ninguna se enamorara de él. Preferiría que compartieran su punto de vista sobre las relaciones, como algo a corto plazo.

Las mejores relaciones eran esas. Tenía una amplia experiencia que lo demostraba. Apretando la mandíbula, se recordó a sí mismo que las relaciones que pretendían algo más siempre acababan mal. Y podían tener consecuencias para terceros.

Como los hijos.

Él lo sabía demasiado bien, lo había vivido en sus propias carnes. Por eso, no podía arriesgarse a tener relaciones serias. Eran una trampa, encerraban a la gente dentro de una prisión de la que no podía salir.

Con expresión grave, reflexionó que eso era lo que les había pasado a sus padres. Se habían visto atrapados en una relación destructiva que ninguno de los dos había sido capaz de romper. Llevaban años envueltos en una danza macabra y malsana, desde que él era un niño. Cuando iba a verlos en el presente, todavía seguía siendo testigo de cómo se enzarzaban el uno con el otro como dos animales enjaulados.

¿Por qué diablos no se habían divorciado hacía años? Era algo que no podía comprender. Cuando se lo preguntaba, ambos le respondían que se habían mantenido juntos pensando en él, para darle un hogar

estable. Le habían dicho que no había nada peor que un niño con una familia rota.

Recordando sus palabras, Nikos soltó una amarga carcajada. No les estaba agradecido por su sacrificio. Cuando había ido a la universidad en Estados Unidos, había sido un alivio para él alejarse de su hogar familiar. Luego, cuando había regresado para hacerse cargo del banco, se había comprado su propia casa.

Todavía intentaba evitar tener que escuchar las quejas del uno sobre el otro. Los oía, pero no les prestaba atención.

Por eso, siempre se había buscado mujeres que no se parecieran a su madre, que no lo convirtieran jamás en un hombre como su padre. Buscaba mujeres que comprendieran, desde el principio, que mientras estuviera con ellas las trataría como reinas, pero que cuando terminara no miraría atrás. Un beso de despedida era eso, un punto y final.

¿Lo habría entendido Mel?

Nikos no lo sabía. Por eso, no se había arriesgado a pedirle que se quedara a dormir con él. Y era la razón por la que debía olvidarse de ese beso, dejar atrás esa noche, dejar de pensar en ella.

Sin embargo, por mucho que lo intentaba, parecía imposible.

La cinta de correr llegó al final del programa y se detuvo. Él se bajó y se dirigió a las pesas. Aun así, no podía sacarse de la cabeza la sensación de las caricias de Mel, sus deliciosos besos.

En el trabajo, volvió a hacer un esfuerzo para concentrarse. Si se mantenía ocupado, lo lograría, se dijo. Tenía la agenda llena ese día y, al día siguiente, debía volar a Ginebra. Luego, tenía una reunión en Frankfurt y, después, lo esperaban en una conferencia internacional sobre banca. ¿Dónde era? ¿Nueva York? ¿Atlanta? ¿Dónde?

Sin embargo, al pinchar en la pantalla, descubrió que el lugar del evento era por completo diferente.

Las Bermudas.

Solo a dos horas en avión de la Costa Este de Estados Unidos, era un paraíso tropical. Ya había estado allí antes por negocios, pero siempre solo. La preciosa isla era el entorno ideal para pasar unas vacaciones, y no solo.

Una idea se forjó en su mente por voluntad propia. Intentó borrarla, olvidarla, pero no pudo. Sabía exactamente con quién le gustaría perderse en aquel paraíso.

Al instante, reunió un cúmulo de argumentos para no hacerlo. Eran las mismas razones que le habían impedido proponerle a Mel que se acostara con él. Aunque fueron rápidamente ahogadas por un montón de razones para hacer lo contrario.

Mel ansiaba viajar… a cualquier parte del mundo. Las Bermudas eran un destino muy apetecible que no podría permitirse con un presupuesto de trotamundos. Él podía llevarla a ese lugar que, de otra manera, quizá ella nunca vería.

Era una idea brillante. Y, una vez que se le había ocurrido, no podía dejar de darle vueltas.

Nikos salió de la oficina, cavilando sobre su nuevo plan.

¿Por qué pensar que ella querría más que una sencilla aventura de vacaciones? ¿Por qué temer que Mel pudiera buscar algo más serio? ¿Por qué no preguntarle y ver qué decía? Después de todo, ella le había dicho que quería ver mundo, viajar a cualquier parte. Eso no era propio de una mujer que quisiera comprometerse en una relación seria.

De pronto, entonces, otro pensamiento lo alarmó. ¿Cuándo había dicho ella que se iba de Londres? Podía estar ya en España.

Si se había marchado, ¿cómo la encontraría?

Mel podía desaparecer por completo, sin dejar rastro, se dijo, compungido.

Impulsado por la urgencia, Nikos sacó el móvil. Su única prioridad en ese momento era la dulce y bella Mel.

«No dejaré que desaparezca de mi vida. No sin intentar convencerla de que venga conmigo», pensó.

Su secretaria respondió al instante.

–Cancela los compromisos de Ginebra y Frankfurt. Resérvame un vuelo a Londres para mañana –ordenó él.

–Sarrie, aquí están las cuentas de los días que has estado fuera. Creo que ha ido muy bien. Hice unos pequeños cambios en el menú y he probado cosas nuevas. Creo que han tenido éxito.

Mel había añadido ensaladas para clientes preocupados por su dieta y había sumado al menú una tarta de zanahoria ecológica, todo buscando una relación satisfactoria entre los costes y los beneficios.

De pronto, recordó cómo se había inventado eso de su investigación sobre el comercio minorista en el campo de la hostelería, rodeada de todos aquellos expertos en finanzas durante la cena. No lo había dicho en serio… solo lo había hecho para divertir a Nikos.

No. No debía pensar en Nikos.

No debía recordar esa noche. Ni el devastador beso de buenas noches.

A esa misma hora, al día siguiente, estaría en España y, si quería tener una relación apasionada, se buscaría a un guapo español. Eso la

ayudaría a quitarse a Nikos Parakis de la cabeza.

Eso esperaba.

Porque, por el momento, no había logrado dejar de pensar en él, ni siquiera haciendo las maletas para su viaje. Cuando había doblado el vestido de fiesta, la habían invadido recuerdos de cómo él la había mirado al verla entrar en el hotel, cómo le había sonreído, cómo la había tomado entre sus brazos y la había besado...

«Para», se dijo a sí misma. «Todo ha acabado. Él se ha ido. Y no volverá a mi vida».

Eso era lo que tenía que recordar.

Y no la forma en que la había besado...

Sobre todo, debía dejar de soñar con que hubiera habido algo más que un beso...

Si la hubiera besado otra vez, si se hubiera ido con él...

No, no debía pensar eso. ¡Claro que no!

Además, él no la había besado otra vez. No la había levantado en sus brazos ni le había pedido que lo acompañara a casa. No, solo le había dado un beso de despedida y se había ido. La noche había terminado, igual que el breve y fugaz encuentro con Nikos Parakis.

Era hora de que ella olvidara y se lo sacara de la cabeza de una vez por todas.

Entonces, oyó que la puerta de la tienda se abría. Dejó a Sarrie en la trastienda con los libros de cuentas y su maleta hecha y salió a recibir al nuevo cliente.

Se quedó petrificada.

–Hola, Mel –saludó Nikos.

Una mezcla abrumadora de emociones la asaltó. Para empezar, se sintió molesta. Justo cuando lo tenía todo preparado para irse de Londres y empezar una nueva vida, dejándolo a él atrás, tenía que ir a verla.

Sin embargo, enseguida, la inundó otro sentimiento más poderoso.

Nikos estaba allí, al otro lado del mostrador, a medio metro de distancia. Era tan alto como lo recordaba. Alto y exageradamente guapo, con su pelo negro azabache, su piel aceitunada, sus ojos... qué ojos... oscuros y aterciopelados con pestañas interminables. Para colmo, la forma en que la miraba estaba haciéndole temblar las rodillas.

–¡Nikos! –exclamó ella con el rostro iluminado, sin poder ocultar su excitación.

–Me alegro de que sigas aquí –dijo él, acariciándola con sus profundos ojos.

Mel se mordió el labio inferior.

–Mi vuelo sale mañana por la mañana –informó ella un poco sin aliento. El corazón le latía a toda velocidad. Nikos Parakis ya no era un mero recuerdo, un beso de buenas noches que recordaría toda la vida... Estaba allí, delante de ella, en carne y hueso.

Cuando Nikos sonrió, a ella le dio un vuelco el corazón.

–Entonces, he llegado justo a tiempo.

Ella se quedó mirándolo, perpleja.

–¿A tiempo para qué?

–A tiempo de pedirte algo.

Mel no fue capaz de interpretar la expresión de su rostro. Aunque no podía dejar de contemplarlo embelesada. Llevaba una chaqueta que le sentaba como un guante, el cinturón de cuero se ajustaba a sus estrechas caderas, la impecable camisa blanca resaltaba su fuerte torso.

Cuando Nikos habló de nuevo, la dejó por completo fuera de combate. Paralizada.

–¿Querrías... –comenzó a preguntar él, observándola con mirada velada– considerar hacer un paréntesis antes de tu viaje a España?

Su voz sonó ronca y sensual. Era la pregunta por la que Nikos había cancelado sus compromisos de trabajo y la que lo había llevado a Londres. Había conducido directamente hasta allí desde el aeropuerto de Heathrow y había entrado en la bocadillería solo para pedirle a esa fantástica mujer que no se podía sacar de la cabeza que lo acompañara a las Bermudas.

Al tenerla delante de nuevo, solo quería escuchar una respuesta. Al verla en carne y hueso otra vez, el deseo lo invadió con tanta fuerza que estuvo a punto de dejarlo sin habla.

¿Aceptaría ella? ¿Querría compartir unas semanas con él, nada más, antes de que ambos se lanzaran a caminos distintos?

Nikos se quedó mirándola con una ceja arqueada. Mel lo observaba. ¿Estaban empañados sus ojos azules de temor?

–No lo entiendo...

–Tengo que dar una conferencia en un congreso en las Bermudas la semana que viene. Me preguntaba si querrías venir conmigo.

Ella no respondió. Se quedó muda durante un segundo. Entonces, su expresión cambió.

–No me digas que Fiona Pellingham va al congreso también.

Su tono sonó seco, aunque por dentro se sentía atrapada en un torbellino de emociones. ¿Estaba Nikos allí de pie de veras, pidiéndole que lo acompañara a las Bermudas?

Él negó con la cabeza de inmediato.

–Nada de eso. Se trata solo de ti y de mí –aseguró él, sin apartar la

vista de los ojos de Mel.

–¿Por qué?

–¿Por qué? –repitió él, y sonrió–. Porque no puedo dejar de pensar en ti, Mel Cooper, esa es la razón. Un beso no fue suficiente –añadió tras una pausa–. ¿Quieres venir conmigo?

Nikos advirtió que ella era presa de un cúmulo de emociones encontradas y tomó aliento. Antes de que aquello fuera más lejos, tenía que explicarle sus intenciones. Si no, no sería justo.

–Unas vacaciones nada más, Mel. Eso es lo que te pido que compartamos. Diversión, relax, buenos ratos. Unas semanas en la playa, en una hermosa isla que sospecho que no está en tu itinerario. Te prometo que te gustará –aseguró él, e hizo una pausa–. ¿Qué dices?

Ella seguía en silencio.

–Mel, no podemos negar que hay una fuerte atracción entre nosotros. Si pasamos un tiempo juntos, unas vacaciones, luego... –continuó él–. Luego, tú podrás seguir con tus viajes, como planeabas, y yo... Bueno, yo volveré a mi trabajo.

Nikos observó cómo ella asimilaba la información. Había sido incómodo expresarlo en palabras, pero sabía que había tenido que hacerlo. No quería que Mel se engañara ni albergara falsas expectativas. No quería que esperara nada que él no podía darle.

Mel estaba rígida. Tenía los ojos puestos en él, aunque su pensamiento parecía estar muy lejos. Era como si estuviera dándole vueltas al significado de sus palabras.

Entonces, ella levantó la barbilla y habló. Su voz sonó seria, firme.

–Nikos... me brindaste, sin duda, la mejor noche de mi vida. Y no necesitas que te diga que tu beso de buenas noches era merecedor de una medalla de oro –afirmó ella con un fugaz tono de humor–. Pero, de verdad, ahora tengo que decirte que no. Es lo más prudente. Gracias, pero me voy a España mañana. Nunca volveremos a vernos –añadió, y cerró los ojos un instante–. Eso es lo que tengo que decirte ahora.

Mel hablaba de corazón. Por supuesto. Era lo único prudente que podía hacer. Nikos Parakis era la tentación personificada. Pero lo que le estaba ofreciendo, una aventura sin ataduras en la playa, en un lugar paradisíaco, escondía un obvio peligro.

Si se había derretido como el chocolate solo con un beso, ¿qué sería de ella después de una semana con él y muchos más besos?

Quizá, sin embargo, se había derretido porque llevaba años sin que ningún hombre la besara y, de golpe, se había topado con el mayor experto mundial en la materia, se dijo a sí misma.

Sus pensamientos corrían desbocados.

¿Acaso no se merecía algo así? Algo excitante y maravilloso con un hombre como Nikos. Él le estaba ofreciendo exactamente lo que quería, una aventura sin ataduras. Unas semanas en la gloria. Sería fabuloso mientras durara, inolvidable cuando terminara.

La expresión de Nikos cambió. Sus ojos tenían un brillo de expectación.

–¿Y es lo que vas a decirme? –preguntó él con una breve sonrisa–. ¿Vas a decirme adiós de nuevo?

Mel lo miró. Percibió su tono de confianza y comprendió la razón. Sabía que lo prudente sería negarse, pero... ¿por qué tenía que ser prudente? Su vida era solo suya y podía tomar las decisiones que quisiera, equivocadas o no.

Sin poder contener una creciente excitación, se dijo que, si una sola noche con Nikos había sido un comienzo de oro para su nueva vida de libertad, unas vacaciones con él serían el premio gordo.

Estaba emocionada, sí. ¿Por qué negarlo?

Nikos era un hombre imponente e irresistible. ¿Por qué intentar resistirse a él?, reflexionó. Los dos querían lo mismo. ¿Por qué no aprovecharlo?

Él esperaba su respuesta con una ceja arqueada y una sonrisa en los labios.

Ella respiró hondo. Levantó la barbilla y le lanzó una radiante sonrisa. ¡Sí, lo haría!

–¿Adónde vamos entonces?

Capítulo Seis

–Puedo verlo –dijo ella, entusiasmada–. ¡Ya se ve!

Nikos se inclinó hacia delante en su asiento, mirando por la ventanilla.

–Sí. Ahí está.

Mel observó embelesada cómo el mar de color cobalto cambiaba a un tono más claro. La costa estaba bordeada por un arrecife de coral y el agua cambiaba de nuevo para hacerse más turquesa, con la espuma de las olas que chocaban contra las rocas del arrecife.

¿Era real o era un sueño? ¿De verdad estaba en un avión que descendía sobre aquel paraíso tropical?

Apenas había tenido tiempo de despedirse de Sarrie y allí estaba, con Nikos a su lado, mientras el avión comenzaba su descenso hacia la pequeña isla.

Podía ver casas y jardines y palmeras, cada vez más cerca.

En unos instantes, tocaron tierra.

–¡Estamos aquí! –exclamó ella.

Nikos sonrió. Ella se estaba comportando como una niña, pero lo entendía. Diablos, él mismo estaba bastante emocionado. Había cumplido su deseo de viajar con Mel de vacaciones... y ella era tan bella como recordaba. Incluso más hermosa, se dijo contento mientras la recorría con la mirada.

El aterrizaje fue fácil, igual que el paso por Inmigración.

–Parece tan británico... –exclamó ella, observando el retrato de la reina de Inglaterra colgado en la sala de Aduanas.

–Es británico –puntualizó él con una sonrisa–. Es territorio inglés, la última colonia del imperio. Pero la mayoría de los visitantes son estadounidenses porque está muy cerca de su país. Puedes llegar de aquí a Nueva York en un par de horas. ¡Perfecto para un fin de semana!

Cuando salieron del pequeño aeropuerto, un coche con chófer los estaba esperando. Mel se pasó todo el camino con la cara pegada a la ventanilla, admirando el escenario que se abría a su alrededor.

–Tardaremos unos cuarenta minutos en llegar al hotel. Llegaremos a tiempo para ver el atardecer allí. El hotel está justo en la playa –informó él.

Teniendo en cuenta el jet lag y que Mel no estaba acostumbrada a viajar, lo más probable era que ella necesitara acostarse temprano, calculó él. Había reservado habitaciones contiguas en el hotel porque

no había querido presionarla. Además, suponía que compartir cama podía no ser adecuado para la primera noche.

–Estamos pasando junto a la capital, Hamilton. Aunque no podemos dejar de visitar la antigua capital, Saint George, uno de los asentamientos europeos más antiguos en el Nuevo Mundo. La mayoría de la isla al sur de Hamilton está repleta de fincas y casas de vacaciones. Pero también hay jardines botánicos y unos cuantos sembradíos. Este lugar es famoso por sus cebollas.

Mel se rio.

–Es muy bonito –dijo ella con admiración, contemplando las casas de piedra, muchas de ellas pintadas en tonos pastel de rosa, verde y amarillo, rodeadas de tropicales jardines con palmeras, hibiscos y buganvillas–. Las casas tienen unos tejados muy raros. Son como de tejas escalonadas.

–Es para aprovechar el agua de la lluvia y recogerla en cisternas que hay bajo el suelo –explicó él–. Aquí no hay ríos. La isla es de origen volcánico. Por eso, el agua de la lluvia es esencial. La vegetación es exuberante, pero la estación de las lluvias solo se extiende a unos meses en invierno. Es una isla afortunada. Aunque, a veces, hay huracanes, el clima es bastante agradable durante todo el año.

Mel lo miró.

–Se dice que Shakespeare se inspiró en las Bermudas para describir la isla mágica de Próspero, en su obra *La tempestad* –comentó ella.

–Tal vez. Los europeos la conocían en tiempos del escritor. Saint George fue fundada a principios del siglo XVII. Entonces era un lugar peligroso. Los arrecifes están llenos de restos de naufragios –informó él, y arqueó una ceja–. ¿Te gustaría bucear mientras estamos aquí?

–¿Podemos? –preguntó ella, abriendo mucho los ojos.

Él esbozó una cálida sonrisa.

–Mel, podemos hacer todo lo que queramos mientras estemos aquí. Es nuestro tiempo juntos y de verdad quiero que lo pases como nunca en tu vida.

Al mismo tiempo, para él sería un placer proporcionarle las vacaciones de sus sueños a su acompañante. Todo en ella sería un placer. Tenerla entre sus brazos, en su cama...

En ese momento, la vida le sonreía. Iban a ser unas vacaciones inolvidables, se dijo él.

–Oh, es precioso.

Mel hablaba con total sinceridad. El sol bañaba la terraza del hotel,

haciendo brillar el mar azul delante de ellos. Las palmeras se mecían con una deliciosa brisa, mientras las sombrillas cobijaban las mesas para el desayuno.

Ella miró a su alrededor, maravillada. La isla, el fabuloso hotel, el mar radiante, el calor, las palmeras, las flores exóticas por todas partes, la resplandeciente piscina de mármol junto a la terraza… parecía un sueño. Pero era muy real.

Real era también el hombre que tenía a su lado, se dijo a sí misma, sintiéndose como si, en vez de sangre, por las venas le corriera burbujeante champán.

Nikos estaba allí. Mel había aceptado su proposición y se había escapado con él al otro lado del Atlántico, a aquella despampanante isla bajo el sol.

–¡Es fantástico! –exclamó ella, volviéndose hacia él con una sonrisa–. ¡Es totalmente increíble!

–Pues créelo –dijo él, sonriendo mientras la contemplaba embelesado. Su belleza no dejaba de sorprenderlo.

Y el hotel era perfecto. Estaba situado en un promontorio con vistas a las playas de la costa sur y una bahía resguardada al oeste, ideal para navegar. Los alojamientos eran en cabañas pintadas de colores pastel con vistas al mar.

–¿Es aquí donde se va a celebrar tu congreso sobre banca?

Nikos meneó la cabeza.

–No, será en un hotel mucho más grande y más moderno, junto al aeropuerto –contestó él, y tomó un trago de su vaso de zumo de naranja helado con una sonrisa–. Tomaré un taxi hasta allí el día de mi conferencia –añadió, y miró a Mel–. ¿Quieres venir tú también?

Ella esbozó una sonrisa provocadora.

–No me lo perdería por nada del mundo. Me apetece verte en tu ambiente habitual.

–¿Mi ambiente habitual? ¿Crees que es ese?

–No lo sé –admitió ella–. No te conozco lo bastante, Nikos.

La voz de Mel se tornó seria de pronto. ¿Quería ella conocer a Nikos? ¿Le importaba cómo era él? ¿No se trataba solo de un hombre imponente cuya compañía era agradable y que podía derretirla con un beso? ¿No le bastaba con eso?

Él alargó la mano y le acarició la mejilla. Fue un gesto suave, lleno de confianza.

–No hay prisa. Hemos venido a disfrutar –aseguró él con una cálida sonrisa.

Mel se relajó. Al notarlo, él se alegró.

–Por cierto… ¿qué quieres hacer después de desayunar? –preguntó

él, tras darle otro trago a su zumo.

Mel respondió de inmediato.

–¡Ir a la playa! No puedo esperar para bañarme. Es un sitio que parece sacado de un folleto de viajes.

–Gran idea. Nos tomaremos la mañana para descansar en la playa y, tal vez, parte de la tarde.

Eso fue lo que hicieron.

Después de un generoso desayuno, mientras Nikos le contaba a Mel todo lo que sabía sobre las Bermudas, se fueron a sus habitaciones a cambiarse.

Una vez a solas, Mel se sintió agradecida a Nikos por que hubiera sido lo bastante considerado como para reservar habitaciones separadas. Ella sabía dónde se había metido y a lo que habían ido, sí. Pero la noche anterior, cansada del vuelo, había sido un alivio no verse obligada de inmediato a compartir la intimidad de una sola habitación... y una sola cama. Hubiera sido un poco incómodo, la verdad.

Y demasiado apresurado. Cuando se acostaran juntos, sería estando relajados, cómodos el uno con el otro y después de haberse sumergido en una deliciosa sensación de anticipación durante todo el día...

Entonces, él la tomaría entre sus brazos, la besaría como la había besado antes. Pero, en esa ocasión... oh, no sería un adiós... sería lo opuesto.

Nikos y ella, abrazados, con sus bocas entrelazadas, sus cuerpos apretados, solos con su deseo y su pasión.

Meneando la cabeza, Mel intentó dejar de pensar en eso.

Todo a su tiempo, se dijo. Por el momento, tenía que ponerse su nuevo bikini, que estrenaría en las aguas turquesa de las Bermudas.

Un pequeño estremecimiento de emoción la recorrió, al volver a pensar dónde estaba. Era todo absolutamente increíble.

Deprisa, se puso el bikini y, encima, una blusa larga semitransparente. Agarró la bolsa de playa y se dirigió al patio privado, separado de la cabaña de Nikos por un bajo muro de piedra que podía cruzarse de un salto.

Nikos ya estaba esperándola, recostado en uno de los sillones del patio. Cuando se levantó, ella se quedó sin respiración.

Llevaba unos pantalones cortos de color cobalto y una camiseta blanca con un diseño de surf, que se ajustaba tentadoramente a su torso.

Mel tardó un momento en darse cuenta de que él la observaba igualmente embobado. No podía ver sus ojos tras las gafas de sol, pero estaba segura. Su cuerpo reaccionó al instante, los pezones se le

endurecieron de golpe, mientras se le aceleraba el pulso.

Lo deseaba.

Mucho.

–¿Lista para un día de playa? –preguntó él con una sonrisa.

Mel tomó aliento.

–Lista –dijo ella, y lo acompañó por el camino que llevaba a la playa.

Una hilera de tumbonas blancas los esperaba sobre la arena blanca, que estaba ya demasiado caliente para pisarla descalzos. Un acomodador los condujo a un par de ellas con una pequeña mesa, una sombrilla y toallas dispuestas sobre las tumbonas. Luego, les preguntó si querían algo para beber del chiringuito de la playa.

–Zumo de naranja y agua con gas, por favor –pidió Nikos.

Mel sonrió. Era genial pedir lo que a uno le apetecía y que, dos minutos después, el camarero se lo sirviera mientras ella se relajaba en la hamaca, mirando al mar, sintiendo cómo la calidez del día la envolvía.

–Esto es la gloria.

–Sin duda.

Nikos la tomó de la mano. Lo hizo de forma instintiva, sin apenas pensarlo. En el momento en que sus dedos se entrelazaron, se sintió de maravilla.

Mel lo miró y sonrió. Fue una sonrisa amplia y feliz que parecía expresar todo lo que habían hecho... volar hasta esa preciosa isla bajo el sol, dedicarse tiempo a sí mismos, decirle sí a la aventura que ambos querían tener.

Con un hondo suspiro de satisfacción, Nikos miró hacia el mar de nuevo. A su lado, Mel también suspiró y soltó una pequeña carcajada.

–Es maravilloso estar tumbados aquí sin nada que hacer aparte de relajarnos. Me siento muy contenta.

Nikos volvió la cara hacia ella.

–Esa es la idea de unas vacaciones.

–Bueno, yo no estoy acostumbrada a irme de vacaciones –admitió ella, encogiéndose de hombros, y posó la vista en el mar azul que brillaba bajo el sol–. He esperado tanto tiempo para tener mi propia vida, para poder viajar como tanto deseaba, que ahora no puedo creerlo. Me resulta muy raro no estar trabajando.

–Dime –preguntó él, mirándola con curiosidad–. ¿Por qué tienes la sensación de que deberías estar trabajando todo el tiempo?

La expresión de Mel cambió.

–Supongo que es una cuestión de inercia –dijo ella, pensativa–. Como te he dicho, no estoy acostumbrada a las vacaciones. No estoy

habituada a tomarme tiempo libre.

–Creo recordar que dijiste que trabajabas como camarera por las noches, cuando cerraba el local de bocadillos –señaló él–. ¿Durante cuánto tiempo has estado haciendo las dos cosas? Ya sabes que eso puede quemar a cualquiera.

Mel meneó la cabeza.

–Oh, no, eso no es problema para mí. Trabajo para mí misma, para ahorrar para los viajes. Es una alegría trabajar, si te soy sincera, después de haberme pasado tanto tiempo cuidando a mi abuelo...

Mel se interrumpió de golpe con un nudo en la garganta. Aquella etapa de su vida había sido un tormento.

Había sido terrible ver cómo el abuelo que tanto había querido se había vuelto más y más frágil, de cuerpo y mente. Había sido agobiante ser la única persona disponible para cuidarlo y no tener nunca un descanso ni el más mínimo tiempo para sí misma.

Al darse cuenta de que Nikos la observaba con interés, Mel deseó haber mantenido la boca cerrada.

–¿Estaba enfermo? –preguntó él con tono compasivo.

–Sí. Tenía una enfermedad mental degenerativa.

–Ah... La demencia senil puede ser muy dura –señaló él.

–Mi abuelo me crio después de la muerte de mis padres cuando yo era muy pequeña. Él se ocupó de mí para que no me llevaran a una casa de acogida. Por eso, cuando él necesitó que lo cuidara, fue mi turno de hacerlo.

Mel no quería hablar de ello, no quería pensarlo, no quería recordarlo.

Nikos frunció el ceño.

–No tendrías que ocuparte de todo tú sola, ¿verdad? ¿Contabas con ayuda de alguna enfermera profesional?

Mel tragó saliva. Sí, había tenido ayuda, hasta cierto punto. Ese no había sido el problema. Era difícil de explicar... y no quería hacerlo. Sin embargo, por alguna razón, tal vez fuera hora de desahogarse por todos los años que había pasado junto a su abuelo, siendo testigo de cómo descendía a los infiernos de la demencia senil.

–Él no quería que lo cuidara nadie más –dijo ella en un susurro apenas audible–. Solo quería estar conmigo... todo el tiempo. No podía soportar que me fuera de su vista. Solía seguirme a todas partes o se ponía muy agitado si me iba, aunque solo fuera a otra habitación. Por eso, yo apenas podía salir de la casa. Solía quedarse despierto por la noche también y eso significaba que tampoco me dejaba dormir... no con él despierto y deambulando por la casa... –recordó con voz temblorosa–. Era culpa de su enfermedad. Estaba perdido y confuso y

yo era la única persona que reconocía, lo único a lo que podía aferrarse. Si intentaba contratar a una enfermera, mi abuelo le gritaba y solo se calmaba cuando yo regresaba a la habitación. Era horrible. Por muy agotada que estuviera, no podía dejarlo con nadie más, ni llevarlo a una residencia. ¿Cómo habría podido hacerlo? Él era la única persona del mundo que yo tenía, el único que me había querido. Y estaba decidida a cuidarlo hasta el final.

Nikos observó su expresión atormentada y habló en voz muy baja.

–Pero al final todo acabó…

Ella tragó saliva, intentando quitarse el nudo que tenía en la garganta.

–Estuvo así tres años. Cuando llegó el final, ya no me conocía a mí ni a nadie. Por muy terrible que suene, tengo que reconocer que fue un alivio que pudiera dejar por fin su mente y su cuerpo enfermos –admitió ella, y cerró los ojos, atenazada por la culpabilidad–. Yo llevaba tiempo rezando para que llegara el final, por el bien de mi abuelo y por el mío. La muerte lo liberaría… –añadió, y tragó saliva de nuevo–. Y me liberaría a mí también… me dejaría retomar mi vida.

Mel se quedó callada, horrorizada por lo que acababa de confesar, y cerró los ojos, hundida por la culpabilidad. Aun así, recordó el grito silencioso de angustia que había latido en su interior durante todos sus años de cautividad cuidando a su abuelo.

Nunca había hablado de su angustia antes, nunca había contado lo difícil que le había sido cuidar a su abuelo durante esos años. Y allí estaba, compartiendo su corazón con un hombre que era poco más que un extraño para ella…

A su lado, Nikos la había escuchado paralizado. Despacio, le tomó la mano para consolarla.

–Hiciste lo mejor para él. Te quedaste a su lado hasta el final. Ahora te mereces ser libre –señaló él con voz cálida, apretándole la mano–. Te mereces las vacaciones más fantásticas que pueda darte.

Ella sintió que su angustia se disipaba. Respiró hondo antes de mirarlo.

–Gracias.

Durante un momento, sus ojos se encontraron. Nikos pensó en algo para cambiar su estado de ánimo. Quería verla feliz de nuevo.

–Dime, ¿te gustaría salir a navegar?

La expresión de Mel se iluminó. Estaba deseando dejar atrás los horribles años que había pasado. Esperaba que su abuelo estuviera en un lugar mejor, reunido con su familia perdida. Y ella era libre para vivir su vida, para hacerse un hueco en el mundo y para disfrutar de su juventud sin el yugo de la responsabilidad. Ansiaba gozar de todas

las experiencias que encontrara en su camino.

Como navegar por el mar azul que se tendía ante sus ojos.

–¡Sí! ¡Nunca he estado en un barco!

–¿Nunca? –preguntó él, arqueando las cejas.

–No, nunca –dijo ella–. A mi abuelo no le gustaba el agua. Lo más que hizo fue llevarme de vacaciones a la playa cuando era niña. Se sentaba en su hamaca con pantalones largos y camisa de manga larga deseando estar en cualquier otro lugar, mientras yo hacía castillos de arena y chapoteaba en las heladas aguas del Canal de la Mancha.

Sus palabras sonaban despreocupadas, por fin. Era mucho mejor hablar de los tiempos felices con su abuelo, se dijo ella.

–Cuando crecí, solía preguntarme qué habría al otro lado del océano –continuó ella con una sonrisa–. Y ahora lo sé. Este precioso y fantástico lugar.

Nikos volvió a tomarla de la mano.

–Gracias –dijo ella–. Gracias por traerme aquí. ¡Guardaré el recuerdo de este sitio como un tesoro para siempre!

Nikos se llevó su mano a los labios y la besó en los nudillos. Una corriente eléctrica la recorrió al sentir su contacto.

–Es un placer tenerte aquí –susurró él con voz ronca.

Mel notó que la invadía el deseo. Entonces, con una pequeña risa, apartó la mano.

–No puedo resistirme más. ¡Quiero meterme en el agua! –exclamó ella, se quitó el blusón y miró a su acompañante–. ¡Tonto el último! –le retó, y salió corriendo por la arena caliente hacia el mar que bañaba la orilla.

Se metió directamente al agua, que estaba a una temperatura muy agradable, y se dejó envolver por su cristalino abrazo. Detrás de ella, escuchó un chapuzón y, al momento, vio a Nikos a su lado, sonriendo, buceando y sacando la cabeza como un delfín.

–¿No te atreves a mojarte el pelo? –preguntó él, cuyo cabello azabache brillaba reluciente después de haberse sumergido. Las gotas de agua relucían como diamantes en su bronceado torso.

Mel lo imitó y se metió debajo del agua para seguir nadando mar adentro.

–¡Esto es una maravilla! –gritó ella, llena de alegría–. ¡El agua está tan caliente que parece un baño!

Nikos la respondió con una sonrisa y se sumergió de nuevo. Sacó la cabeza para respirar un poco más lejos. Mel nadó hacia él. El cabello mojado enfatizaba la perfección de su rostro esculpido. Era increíble lo bella que era, se dijo él.

Sin pensarlo, Nikos la tomó por los hombros y depositó un beso

salado y mojado en sus labios. No fue fruto de la pasión o el deseo, sino solo de un impulso. Duró apenas un segundo. Luego, siguió nadando, adentrándose en las cálidas aguas.

Mel lo siguió a toda velocidad. Aquel beso repentino no había significado nada... y significaba todo al mismo tiempo. Era una especie de gozosa celebración del placer de estar en aquel mar de postal, bañados por el sol y el aire puro, sin nada más que hacer que divertirse.

El día pasó deliciosamente hasta que, cerca del atardecer, se dirigieron a sus habitaciones. Mel tenía la piel salada y bronceada y una maravillosa sensación de bienestar la invadía.

–¿Te ha gustado tu primer día? –preguntó él.

–Oh, sí –le aseguró ella con un suspiro de felicidad y un pequeño estremecimiento de excitación. El día llegaba a su fin, pero la noche no había hecho más que empezar...

Y la noche estaba cargada de promesas sobre lo que más le apetecía hacer, estar entre los brazos de Nikos.

En su habitación, Mel se tomó su tiempo para arreglarse y prepararse para la velada que la esperaba.

–Tarda todo lo que quieras –le había dicho Nikos con mirada brillante–. Sé que merecerá la pena esperar.

Casi noventa minutos después, ella admiró su reflejo en el espejo de cuerpo entero que tenía en la puerta del armario. Al hacerlo, recordó la forma en que había intentado darse el visto bueno en la trastienda de Sarrie's en un pequeño espejo de mano, antes de ir a la cena benéfica en el hotel de Londres.

Entonces, no había podido ni soñar con que, un par de semanas después, estaría en las Bermudas con el mismo hombre.

Maravillada, dio gracias a la vida por esa clase de sorpresas. Luego, tras repasar su imagen en el espejo, sonrió contenta. Tenía buen aspecto.

Se había puesto otro de los tesoros que había rescatado de tiendas de segunda mano. En esa ocasión, era un vestido sin mangas de algodón, largo hasta los tobillos, con un estampado en color rojo y un escote favorecedor, sin ser demasiado obvio. Como complemento, llevaba una sencilla cadena de oro, pendientes de aro y una pulsera a juego. En los pies, se había puesto sandalias de tacón bajo, cómodas para andar y elegantes al mismo tiempo. El pelo suelto, recogido con una fina diadema, le caía en ondas sobre los hombros. Se había puesto poco maquillaje, pues estaba sonrosada por el sol.

Se puso una ligera chaqueta a juego con el vestido, tomó el bolso y salió, lista para la noche que tenía por delante.

Llamó con suavidad a la puerta de Nikos y, cuando él abrió, por su mirada, ella adivinó que había hecho un buen trabajo al arreglarse. Se le aceleró el pulso mientras la contemplaba.

Vestido con pantalones de lino y una camisa de algodón, la guio hacia el edificio principal del hotel, donde cenarían. El suave aroma de su loción para después del afeitado se mezclaba con el olor a flores del perfume de Mel, envolviéndola en una agradable sensación de anticipación.

La misma sensación la asaltó durante toda la cena, que tuvo lugar en la misma terraza donde habían desayunado. Las mesas tenían manteles de lino y estaban adornadas con flores tropicales y candelabros encendidos.

Mel se sentía en una nube de felicidad, con ese hombre, en ese exótico lugar, degustando una comida extraña y deliciosa bellamente dispuesta en el plato, acompañada de vino frío.

Mantuvieron una conversación fácil y cómoda, igual que el resto del día. Hablaron de las Bermudas, de los lugares que visitarían durante su estancia, de la historia de la isla… Hablaron de películas que habían visto, de viajes, de todos los sitios que Nikos conocía y ella quería conocer. Estaban a gusto juntos, relajados. Como si se conocieran de toda la vida.

Aun así, subyacente a su tranquila conversación, Mel percibía una corriente eléctrica entre ellos. Sus lenguajes corporales estaban transmitiendo otro tipo de mensajes con cada mirada, cada movimiento de sus manos, cada latido de su corazón.

Ella prefería no pensarlo demasiado. De otra manera, no sería capaz de actuar con naturalidad durante la cena. Sin embargo, no podía dejar de fijarse en cómo los primeros botones abiertos de la camisa de él dejaban entrever su piel morena y su torso fuerte y cálido, cómo sus mangas remangadas enfatizaban sus fuertes muñecas. Y él también se fijaba en ella, en la forma en que la luz de las velas acariciaba los contornos de su cuello y pintaba de oro mechones de su pelo…

Los dos eran conscientes del cortejo silencioso que tenía lugar mientras comían. Era una danza sensual y seductora, sutil y continua. Ambos sabían que esa noche les llevaría a completar su deseo.

Al fin, se levantaron de la mesa. Las velas casi se habían consumido. Sin pensarlo, ella le dio la mano mientras volvían a sus cabañas. Le pareció lo adecuado para el momento.

Él la envolvió con su mano fuerte y cálida. Caminó a su lado, más

cerca que antes, rozándose de vez en cuando. El sonido de un piano llegó hasta ellos desde el bar del hotel.

–¿Quieres otro café? ¿O tomar una copa?

–Solo si tú quieres –contestó ella.

Sus miradas se entrelazaron.

–Sabes lo que yo quiero –murmuró él–. Y no es algo que pueda hacer en el bar del hotel –añadió en tono de broma. Pero, de pronto, su expresión se tornó seria–. ¿Quieres lo mismo que yo, Mel? Si no, dímelo ahora. Porque, si te soy sincero… –empezó a decir, de nuevo de buen humor–. No estoy seguro de ser lo bastante fuerte como para acompañarte a tu habitación y no entrar contigo.

Mel lo miró con una sonrisa.

–No estoy segura de tener la fuerza necesaria para impedir que entres en mi habitación –admitió ella, y se mordió el labio inferior–. De hecho, sospecho que te obligaría a entrar, incluso si quisieras resistirte.

Cuando Nikos se rio, ella percibió un atisbo de alivio en su risa. Y de satisfacción. Ella se rio también, mientras atravesaban juntos los jardines, hacia sus habitaciones, donde ambos sabían lo que pasaría…

El camino se hizo más oscuro, iluminado solo por unos discretos focos a ras del suelo. Él la agarró entre sus brazos con un rápido movimiento. Le sujetó el rostro, acercando sus cuerpos.

A Mel le dio un vuelco el corazón, presa de la corriente del deseo. En la oscuridad, no podía verle la cara, pero sabía que debía de tener la misma expresión… que ella. Sobre sus cabezas, brillaba el cielo estrellado.

Dejándose llevar por el instinto, ella levantó la cara hacia él. Nikos le acarició el cuello, incendiándola con su cálido contacto.

Él estaba parado con las piernas abiertas, en una postura dominante y masculina, mientras con una mano le sostenía a Mel la delicada línea de la mandíbula.

–Bueno, si eso es lo que quieres… ¿cómo podría decepcionarte?

Durante un momento, Nikos esperó. Deslizó el pulgar por los labios de ella, deleitándose en acariciarlos. A ella le temblaron las rodillas y se le aceleró el pulso. Ansiaba que la besara… quería sentir su boca… quería hundirse en su sabor…

–Nikos…

Sin ser consciente de ello, Mel murmuró su nombre, entrecerró los ojos y esperó a que él inclinara la cabeza y la poseyera con su boca.

Nikos dirigió sus caricias hacia el cuello de ella y la mandíbula. Entonces, por fin, inclinó la cabeza. Fue un beso suave, dulce, sensual.

Interminable.

Ella se acurrucó entre sus brazos en una reacción instintiva y natural, mientras sus labios se abrían para él. Cada célula de su cuerpo se derritió en la dulzura de ese beso.

Bajo las estrellas, envueltos por la suave brisa y el aroma a flores del jardín, siguieron besándose sin fin. Nikos la excitaba cada vez más, reclamaba todo lo que ella iba a entregarle esa noche y, al mismo tiempo, con su beso le anticipaba todo lo que él le daría.

Cuando sus labios se separaron al fin, Mel se sintió flotar, como si no tocara el suelo y su corazón estuviera volando de alegría. Sin hacerse esperar, la guio hacia su habitación y entraron juntos. No encendieron la luz, pues les bastaba con el pálido reflejo de la luna en el mar infinito que brillaba a través de las ventanas.

Nikos la tomó entre sus brazos de nuevo, rodeándola de la cintura, mientras ella se recostaba en su pecho, ofreciéndole sus labios.

Dándole todo de sí misma, Mel profundizó el beso, dejándose seducir por su boca, sus caricias. Podía sentir cómo la sangre se le agolpaba en las venas, cómo le subía la temperatura, saboreándolo en un frenesí de lenguas entrelazadas.

Notó cómo él le quitaba la chaqueta de los hombros y le acariciaba los brazos desnudos. Entonces, ella se apartó un momento, se quitó el vestido por la cabeza y, con él, la diadema que le sujetaba el pelo, soltando una carcajada de puro placer, de anticipación.

Nikos la devoró con la mirada, contemplándola vestida solo con la ropa interior. Sin decir nada, ella le desabrochó los botones de la camisa y le recorrió el cuerpo con las manos. Él le sujetó los brazos hacia atrás, al tiempo que inclinaba la cabeza para hundir la boca en sus pechos.

Mel soltó un pequeño grito sofocado, sintiendo sus pezones endurecidos bajo el sujetador. Riéndose de satisfacción, él le deslizó la mano por la espalda y le desabrochó el cierre del sujetador. La pieza de lencería cayó al suelo. Él jugueteó con sus pechos delicadamente, con la lengua, los dientes, haciéndola gemir de placer.

Echando la cabeza hacia atrás, Mel cerró los ojos y arqueó la espalda hacia él. Con un gemido de satisfacción, Nikos la levantó en sus brazos como si fuera una pluma y la llevó hasta la gigantesca cama.

Ella se tumbó boca arriba, con los pezones todavía erectos, y lo miró con los ojos muy abiertos. Con rápidos movimientos, él se despojó de sus ropas y, con un gemido, se tumbó a su lado. En un instante, estaba lamiéndola por todo el cuerpo, tocándola, explorando cada centímetro de su piel.

Mel se sintió como si el mundo se hubiera prendido fuego y, en ese

mismo instante, fuera a arder en las llamas que la abrasaban.

Con la respiración acelerada y el pulso a toda velocidad, ella se aferró a sus fuertes hombros, mientras la penetraba. Era una sensación maravillosa, perfecta, como si sus cuerpos estuvieran hechos el uno para el otro. Sintiendo que el fuego se intensificaba, ella gritó, escuchó el grito de respuesta de él. Un intenso placer la atravesó, llenando todo su ser, haciéndola estremecer de la cabeza a los pies, una y otra vez…

Hasta que llegó la calma.

Sus cuerpos se quedaron quietos, jadeantes, tumbados uno junto al otro, abrazados.

Ella buscó la boca de su amante. Le dio un beso suave y delicado. Él la correspondió, en la boca y en la frente, después. Sus ojos brillaban con suavidad en la penumbra.

No había palabras. No hacían falta. Solo la calma gradual de sus corazones acelerados. Nikos la atrajo a su lado, rodeándola con sus brazos. Y, con un pequeño suspiro, ella notó cómo el sueño los envolvía.

Capítulo Siete

–¿Qué te gustaría hacer hoy? ¿Hay algo en las Bermudas que no hayas visto todavía?

Nikos le sonrió. Estaban tomando el desayuno en el patio de su cabaña, con vistas a las aguas turquesa de la bahía, tan calmadas como un estanque. Desayunar juntos se había convertido en un hábito desde que habían llegado, después de levantarse tarde, desperezarse y volver a tener sexo, incluso después de sus noches llenas de ardiente pasión.

Mel tomó su taza de café. Era hora de concentrarse en las actividades diarias, en un día más de deliciosas vacaciones.

En la semana que llevaban allí, habían visto casi todos los lugares turísticos de la isla.

Habían recorrido el puerto Nelson en el oeste, donde los barcos británicos de guerra habían echado el ancla en una ocasión. Allí, en la actualidad, atracaban los grandes cruceros y era el lugar donde una miríada de pequeños cafés y tiendas de artesanía esperaban a los viajeros.

Habían tomado el ferry desde el puerto hasta la capital de la isla, Hamilton. Habían comido en una terraza frente al mar y habían ido de tiendas. Habían ido a la antigua capital Saint George, en el norte de la isla, con sus casitas pintadas de blanco, sus galerías de arte, museos e iglesias.

Y habían ido a navegar. Nikos la había llevado en un bonito velero. Habían disfrutado de una cena con champán en cubierta. También, él había alquilado un equipo de buceo y se habían sumergido con un instructor para admirar las maravillas del arrecife.

Mel había querido verlo y hacerlo todo. Hasta la cosa más sencilla le había resultado emocionante, ya fuera vagar por los preciosos jardines del hotel o tomar café en una de las pequeñas cafeterías de la isla frente a las bellas playas de arena blanca. No podía dejar de disfrutar de estar en ese paradisíaco lugar, en compañía de ese hombre fabuloso.

Eran las vacaciones más fantásticas que nadie podía soñar.

De nuevo, Mel se sonrojó. Nikos era un amante apasionado y sensual. Ella nunca había experimentado lo que podía suceder cuando dos personas se entregaban por completo a la pasión. Era una explosión de los sentidos, un volcán de placer como nunca se había imaginado.

Jack había sido un amante considerado y tenía buenos recuerdos de él. Pero Nikos... Nikos era único. Toda la atracción que había sentido desde la primera vez que lo había visto había cumplido de sobra sus silenciosas expectativas la noche que se había acostado con él. Y, en el presente, noche tras noche, cada vez que la tomaba entre sus brazos, la derretía con sus caricias, ella se sentía transportada a cimas inusitadas de placer y satisfacción.

¿Habría alguna vez otro hombre como él en su vida?, se preguntó ella, sin poder evitarlo.

Era imposible, se dijo. ¿Cómo podía haber alguien como él? ¿Cómo podría repetir unos días como aquellos?

Al pensarlo, un pequeño escalofrío la recorrió, pero prefirió ignorarlo. Cuando había ido a las Bermudas con Nikos, había sido consciente de las reglas. Lo suyo era una aventura breve y apasionada, nada más. Eso era lo que ella había querido. Una maravillosa y excitante manera de dar comienzo a su nueva vida de libertad.

Nikos era impresionante. Y ella iba a disfrutarlo. Iba a aprovechar su tiempo juntos, noche tras noche, día tras día.

A propósito de días...

–Todavía no hemos ido a las Cuevas de Cristal –dijo ella–. ¿Podemos visitarlas hoy?

–¿Por qué no? –replicó él–. Podemos tomar el transbordador desde el hotel, ir a Hamilton, comer allí, hacer algunas compras y tomar un taxi a las cuevas.

Nikos la miró con calidez. Había acertado de lleno al no dejarla ir a España y desaparecer para siempre. En vez de eso, la había llevado allí, la había cortejado, le había hecho el amor y estaba con ella a todas horas.

Era un hombre satisfecho. Saciado.

Era asombroso lo fácil que era estar con Mel. Le salía como algo natural, sin ningún esfuerzo. Era fácil hablar con ella. Sus conversaciones estaban llenas de humor, de complicidad, de sonrisas. Asimismo, era fácil estar en silencio con ella. No era incómodo. Podían pasear o quedarse tumbados al sol o ver el atardecer alegremente, sin necesidad de hablar sin parar.

Sí, estar con Mel era... perfecto.

Sin embargo, prefería no analizarlo, ni buscar palabras para describir lo que sentía. No, solo quería disfrutar de su tiempo juntos. Quería aprovecharlo al máximo, en la cama y fuera de ella.

Eso le dio a Nikos una idea. Era muy buena idea, si lo pensaba bien.

Se miró el reloj.

–Creo que el transbordador del hotel sale cada hora hacia Hamilton. ¿Quieres que tomemos el siguiente? ¿O prefieres que nos durmamos la siesta? –preguntó él, guiñándole un ojo con una sonrisa.

Ella rompió a reír. Sabía muy bien a qué se refería. ¡Sería una siesta en la que nadie iba a dormir!

–¿Siesta? ¡Si son las diez de la mañana! –exclamó Mel, se levantó y le susurró al oído–: Eres insaciable, ¿lo sabías? Vamos –dijo–. Si nos damos prisa, podemos tomar el próximo transbordador.

–¿Tantas ganas tienes de irte de compras a Hamilton? –bromeó él.

–No –repuso ella, riéndose–. No necesito nada. Tengo todo lo que me hace falta.

–Eres fácil de complacer –comentó él con una sonrisa.

–Claro que sí –replicó ella–. Todo esto... –dijo, extendiendo los brazos para señalar el hotel, la isla–. Todo es maravilloso –aseguró, y posó su cálida mirada en él–. Y tú eres lo más maravilloso de todo.

Nikos le acarició un brazo.

–Es la respuesta correcta –señaló él, riéndose–. Bueno, si insistes tanto, soy capaz de privarme de nuestra... siesta hasta que volvamos de las Cuevas de Cristal a las que tanto empeño tienes en llevarme.

–Oh, te van a encantar –afirmó ella con una sonrisa triunfal–. La guía de viaje dice que son un tesoro de la naturaleza. Son cuevas de arcilla con estanques naturales y pasadizos iluminados como en un cuento de hadas. Además... no necesitaremos un taxi. Podemos llegar hasta allí en autobús desde Hamilton. Creo que deberíamos hacer eso. Me gustaría ver a Nikos Parakis usando el humilde transporte público isleño.

Él se rio y terminaron de desayunar de buen humor, en armonía entre ellos y con el día que tenían por delante.

Mel se sentía llena de gratitud por todo lo que estaba viviendo. Aquel lugar y aquellos días estaban siendo fabulosos... igual que el hombre que la había invitado para compartir aquel paraíso con ella.

Las Cuevas de Cristal eran tan impresionantes como ella se había imaginado por la descripción de la guía de viaje. Después de su visita, se dirigieron al hotel y a pasar un rato en la playa.

Cuando el sol comenzaba a descender, Nikos se puso en pie.

–Quédate aquí un poco más –le dijo él a Mel–. Tengo que volver a mi habitación y revisar la conferencia que voy a dar mañana.

–Oh, cielos, ¿ya es mañana la conferencia? –preguntó ella, sorprendida.

–Me temo que sí. Pero, como he dicho, solo le dedicaré un día.

Luego, podemos continuar con el resto de nuestras vacaciones.

Ella lo siguió con la mirada mientras se alejaba. No pudo evitar fruncir el ceño. Ya habían llegado a la mitad de sus vacaciones. Las palabras de Nikos habían sido un recordatorio de que el final se acercaba. Sería el ocaso de su tiempo juntos, el final de su romance.

A Mel se le encogió el estómago.

El final.

Posó los ojos en el mar, notando que se le empañaban. Su relación no era más que una aventura de vacaciones, maravillosa, pero breve. Y las vacaciones siempre terminaban. Pero también significaría un nuevo comienzo para sus viajes, para ir donde quisiera, cuando quisiera, sin ataduras con nadie ni con nada.

Ni siquiera con Nikos.

Era lo que ella había querido, lo que siempre había pretendido.

Intentó recordárselo a sí misma. Y, de paso, trató de silenciar cualquier otro pensamiento.

La sala de conferencias estaba repleta de hombres con traje de chaqueta. Mel se hizo un hueco para sentarse en la parte trasera. Desde allí, todavía podía ver a Nikos en el atril. Pero no fue su discurso sobre la deuda internacional ni sobre la política fiscal lo que la tenía embobada. No.

No podía dejar de admirar cómo le sentaba el traje hecho a medida que llevaba puesto, cómo se ajustaba a su musculoso cuerpo. Contempló cómo sus largas manos señalaban el gráfico desplegado en la pantalla. La forma en que su expresión, concentrada, autoritaria, decidida, denotaba que era un hombre con responsabilidades. Pero, al mismo tiempo, era una persona capaz de tener sentido del humor.

Se quedó sentada observándolo como hipnotizada, hasta que terminó el turno de preguntas y los asistentes se dispersaron para comer.

Mel no se reunió con él. Ese era su mundo, no el de ella. El hotel estaba abarrotado, pero, después de comer, encontró una tumbona vacía en la sombra y se acomodó para ojear una revista, para hacer tiempo hasta que Nikos terminara.

De pronto, alguien la interrumpió.

–Hola. ¿No estabas en la sala de conferencias antes de comer?

Era una voz femenina con acento estadounidense, de tono amistoso. Provenía de la hamaca de al lado. Mel se giró hacia una mujer atractiva, ataviada con un bikini. Era morena y unos cuantos años mayor que ella, con un moderno peinado y los ojos muy

pintados.

La mujer sonrió.

–¿Qué te ha parecido el último ponente? ¡El tipo tiene su propio banco! ¡Vaya pedazo de hombre!

Mel no pudo evitar mostrarse de acuerdo con ella y sonrió, asintiendo.

Tomándolo como una invitación a seguir charlando, la otra mujer continuó.

–¿Tú también participas en el congreso? ¿O eres la esposa de algún participante?

–Bueno, no estamos casados… Soy su… acompañante. Supongo que puede llamarse así –contestó Mel, insegura sobre si confesarle que era la acompañante del tipo en cuestión–. ¿Y tú?

–Oh, mi marido es banquero. John Friedman, de Friedman Hoffhaus –dijo la desconocida con mirada expectante.

Mel meneó la cabeza con gesto de disculpa.

–Me temo que soy una total ignorante en lo que se refiere al mundo de la banca.

–Ah. ¿Y de quién eres acompañante? –preguntó la otra mujer con curiosidad.

–Bueno, la verdad… del último ponente.

De inmediato, a la otra mujer le brillaron los ojos.

–¡No me digas! ¿El pedazo de hombre? Oh, cielos, qué suerte tienes. Aunque… –dijo la morena, mirando con gesto apreciativo el cabello rubio de Mel–. Entiendo que se fijara en ti. ¿Y cómo planeas retenerlo? Los hombres ricos, jóvenes y guapos son difíciles de cazar. ¡Vas a tener que trazarte un plan muy bueno para llevarlo al altar!

Mel se sintió incómoda. No quería explicarle a una extraña el hecho de que Nikos y ella estarían juntos solo durante esas vacaciones y que no eran una pareja más allá de eso. Tampoco quería explicarle que no tenía intención de trazarse ningún plan.

Nikos no era la clase de hombre que se dejaba cazar. Eso sí era cierto.

Durante un instante, una honda emoción la invadió. Aunque fue incapaz de ponerle nombre.

La otra mujer continuó hablando.

–Quizá puedas quedarte embarazada –sugirió la morena con tono conspirador–. Es lo que hice yo. Me funcionó de maravilla –aseguró, e hizo un gesto con la cabeza hacia el otro lado de la piscina, donde había un niño pequeño chapoteando con una joven, tal vez, su niñera.

Por suerte, no tuvo necesidad de responder a un comentario tan atrevido, pues un camarero las interrumpió para ofrecerles café. Las

dos tomaron una taza. Después, la morena se presentó como Nyree.

Para Mel fue un alivio que Nyree Friedman cambiara de tema. Se puso a hablar de compras que podían hacerse en las Bermudas, aunque consideraba Nueva York mucho más apropiado para ese propósito. Al descubrir que Mel nunca había estado allí, soltó una pequeña exclamación de incredulidad.

–¡Oh! ¡Debes ir! Dile al pedazo de hombre que te lleve desde aquí.

Sin esperar respuesta, Nyree siguió hablando y Mel se alegró. Nyree era una mujer habladora y amistosa, aunque podía resultar un poco superficial.

Tampoco aparentaba ser una madre muy devota, porque le parecía estupendo dejar que la niñera se ocupara todo el rato de su hijo. Cínicamente, Mel pensó que había utilizado al pequeño solo para cazar a su marido. Era un pensamiento deprimente.

Su charla, que más bien era un monólogo, prosiguió sobre el glamuroso estilo de vida que la morena llevaba en Manhattan. De pronto, Nikos se presentó ante ellas.

–Ah, estás aquí –dijo él con una sonrisa. Luego, posó los ojos en su compañera de sombrilla, que se había quedado muda a mitad de una frase, con los ojos abiertos como platos observando al pedazo de hombre.

–Hola –saludó Nyree, tendiéndole la mano con las uñas pintadas–. Soy Nyree Friedman. He estado en tu presentación de esta mañana. ¡Ha sido fascinante!

Nikos sonrió mientras le estrechaba la mano, aunque fue un contacto muy breve, tal y como a Mel le agradó observar.

–Bueno, espero que a tu marido le gustara tanto como a ti.

Parecía claro que él sabía quién era el marido de Nyree Friedman... aunque fuera la primera vez que veía a su esposa.

Al ver cómo Nyree lo estaba devorando con la mirada, Mel sintió un repentino instinto de posesión. Salvaje e involuntario. Por un instante, deseó agarrar a Nikos y sacarlo de allí, y abofetear a Nyree al mismo tiempo por atreverse a poner los ojos en él.

Fue una emoción tan intensa que la sorprendió. No podía volverse posesiva respecto a Nikos. ¿Acaso no le había dicho él desde el principio que eso era lo que más odiaba de una mujer? Esa había sido la razón por la que le había pedido que lo acompañara la primera noche, para quitarse de encima a Fiona Pellingham. No debían ponerse posesivos, ninguno de los dos, se recordó a sí misma. Los celos no tenían cabida en su breve romance de vacaciones.

Para su alivio, Nikos volvió a centrarse en ella. Sus ojos le lanzaban una pregunta silenciosa, a la que puso voz al instante.

–Mel, ya he terminado aquí. Si estás preparada, podemos irnos. A menos… que quieras quedarte más –dijo él, mirando un momento a Nyree de nuevo.

Aunque estaba siendo educado, Mel sabía que él no quería seguir en aquel hotel lleno de gente. Ya le había dicho que no pensaba asistir a la cena del congreso esa noche, y ella se había alegrado. No iban a estar juntos mucho más tiempo y tenía que aprovechar cada minuto.

–No. Estoy lista para irnos –dijo ella, y se volvió a Nyree–. Encantada de conocerte.

–Tenemos que volver a vernos en Nueva York –propuso Nyree, clavando de nuevo su mirada coqueta en Nikos, antes de mirar detrás de él–. John, convence a este hombre imponente de que venga con su novia a Nueva York. Ella no lo conoce. ¿Puedes creerlo?

El hombre que se acercaba estaba vestido de traje, como Nikos, pero era veinte años mayor y padecía cierto sobrepeso.

Tras saludar a Nikos con la cabeza, se dirigió a Mel.

–¿Te ha dejado mi mujer meter baza en la conversación? –preguntó John con tono de humor–. Le gusta hablar todo el rato.

Aunque era una broma, Mel detectó que a Nyree no le hacía ninguna gracia.

–Ha sido muy interesante hablar con ella –dijo Mel con educación.

John Friedman se rio de nuevo. Entonces, se volvió hacia el pequeño que corría hacia él.

–¡Papá! ¡Papá! ¡Ven a bañarte!

Mel lo vio abrazar al niño y revolverle cariñosamente el pelo.

–¡Lo estoy deseando! Pero tengo que cambiarme primero, ¿de acuerdo? –repuso John, y miró a su mujer, que seguía tumbada en la hamaca–. ¿Por qué no juegas con nuestro hijo?

Su pregunta ocultaba una buena dosis de irritación y provocó una ácida respuesta en la mujer.

–¿Y estropearme el pelo? No seas ridículo. Además, es la hora del cóctel.

–Es demasiado temprano para cócteles, sobre todo, para ti –replicó John, molesto.

Nyree apretó los labios. Pero, antes de que pudiera darle una réplica cortante a su marido, John se volvió hacia Nikos.

–Has hecho una presentación muy interesante. Quizá podamos charlar sobre oportunidades mutuas de negocio, ¿qué te parece?

–Me gustaría mucho –repuso Nikos.

–Bien –dijo John, asintiendo–. Llámame la próxima vez que vayas a Nueva York.

–¡Y que sea pronto! –exclamó Nyree, comiéndose al griego con los

ojos sin ningún pudor.

Nikos inclinó la cabeza con seriedad y le tomó la mano a Mel, dándole un pequeño apretón. Quería salir de allí. Y ella, también. El ambiente era incómodo y la tensión entre Nyree y su marido era palpable. Así que se despidieron cordialmente y se marcharon.

Cuando se alejaban, Mel escuchó a Nyree reñir a su marido.

–Oh, cielos, John, ¡tienes el traje empapado! ¿Por qué dejas que el niño se tome tantas confianzas contigo? Es ridículo. Lo consientes demasiado.

Su marido respondió cortante.

–Por si lo habías olvidado, soy su padre. Y tú... ¿tienes que coquetear con todos los hombres que ves, aunque no estén interesados en ti lo más mínimo?

Mel hizo una mueca al oír esas últimas palabras. En la entrada, tomaron un taxi.

–Vaya. No son un matrimonio muy feliz. Mala suerte para su pequeño hijo.

–Desde luego –repuso Nikos con expresión sombría. El incómodo intercambio de pullas que habían presenciado le había resultado demasiado familiar. Los tonos ácidos, las reprimendas, las acusaciones mutuas... Él había crecido en un entorno así. No era fácil presenciar esas discusiones entre otras parejas y, menos aún, entre sus propios padres.

Mel le dedicó una mirada llena de curiosidad, adivinando que había algo más detrás de su breve respuesta.

Nikos lo advirtió y esbozó una expresión de desagrado.

–Lo siento, pero me recuerdan a mis padres. Todo sonrisas de cara a los demás, pero están en guerra constante de puertas para adentro. Para ellos, todo es una buena razón para discutir.

–Suena agotador –comentó ella con una sonrisa compasiva, comprendiendo que era un tema doloroso para él.

–Es agotador, sí. Cuando dos personas se encuentran atadas de ese modo, no hacen más que hacerse daño entre sí y a todo el mundo que está con ellas.

Mel lo miró con preocupación.

–¿Y por qué se casaron tus padres?

–Aunque no lo creas, creyeron que estaban enamorados –dijo él con tono sardónico–. Mi madre era un bombón, la más guapa de todos los bailes. Todos los hombres la perseguían, pero ella no se interesaba por ninguno. Hasta que llegó mi padre y se quedó embelesada con él –explicó, e hizo una pausa–. Luego, nací yo y todo se estropeó –añadió con una carcajada sombría–. Mi madre odiaba estar embarazada y no

deja de repetirme, aún hoy, que le estropeé la figura. Y mi padre dejó de prestarle la atención que ella quería. Para colmo, se ponía celoso cuando ella me cuidaba a mí. Sus peleas cada vez eran más acaloradas, hasta que llegó un momento en que ya no podían comportarse de forma civilizada el uno con el otro –recordó, y apretó los labios un momento–. Siguen sin tratarse bien, a pesar de todos los años que han pasado. Desde que tengo uso de razón, no han dejado de insultarse. Ninguno de los dos tiene nada bueno que decir respecto al otro. Aun así, se niegan en redondo a admitir su fracaso y a divorciarse. Es incomprensible.

Mel habló con tono compasivo.

–Yo solía sentir lástima de mí misma de niña, porque no tenía padres. Pero ¿quién sabe qué es peor? ¿No tener padres o tener unos padres que convierten tu infancia en un infierno?

–Sí, difícil elección –admitió él, un poco sorprendido consigo mismo por la confesión que acababa de compartir con Mel.

¿Por qué le había hablado de su infancia y de sus horribles padres? No era un tema que soliera compartir con nadie. Era demasiado personal, demasiado doloroso. Pero revelárselo a Mel le había resultado algo… natural.

Quizá fuera porque ella tampoco había tenido una infancia fácil, al crecer solo con su abuelo. Tal vez, por eso, le resultaba natural hablar con ella de esos temas, reflexionó Nikos.

Sin embargo, no quería pensar en las peleas interminables de sus padres ni en lo egoístas que habían sido. Hacía mucho tiempo que había decidido dejar que ellos mismos resolvieran sus propios problemas.

Respirando hondo, Nikos intentó aclararse la mente. No quería estropear el tiempo que le quedaba con Mel pensando en sus padres y, menos todavía, compartiendo sus sufrimientos del pasado con ella. No, era mucho más agradable concentrarse en que estaba allí con una mujer como Mel a su lado, aprovechando al máximo su tiempo libre.

No tenían nada más que hacer que sumergirse en la pasión que bullía entre ellos, gozar del exquisito tiempo de ocio como habían hecho día tras día.

No podía estar más satisfecho.

Nunca lo había pasado tan bien en su vida como en esas vacaciones con Mel. Era maravilloso estar allí con ella. El sexo era fantástico, sin duda, como él había esperado. Pero había mucho más que sexo.

Era su compañía lo que le agradaba. Cada día, en las comidas, en la playa, en las visitas turísticas… Todo era un placer con ella.

«Ahora mismo, soy un hombre feliz», se dijo.

Era una buena sensación.

De camino al hotel, en el taxi, Nikos soltó un suspiro de alivio.

–Me alegro de salir de aquí. Ahora podemos continuar con nuestras vacaciones.

–Nos queda una semana –comentó ella.

Sus palabras hicieron que Nikos frunciera el ceño. ¿Solo una semana? Pasaría volando, igual que la última. Una semana no era suficiente...

A toda prisa, repasó mentalmente su agenda. ¿Tenía que hacer algo importante después de esa semana? No se le ocurría nada. Si no tenía nada urgente esperándolo en el trabajo...

Una idea se forjó en su cabeza, inspirada por la invitación de los Friedman.

Después de haber comprobado su agenda en el ordenador, le hizo la propuesta a Mel, durante la cena.

–Dime, ¿te resulta tentadora la idea de conocer Nueva York? –preguntó él, cuando estaban sentados en la terraza frente al mar.

A Mel se le iluminó el rostro. Había estado pensando en ello últimamente. Ir a Nueva York era una buena opción cuando terminaran sus vacaciones con Nikos. Y necesitaba tener planes a los que agarrarse...

–Oh, sí. Podría ser, ya que está tan cerca de las Bermudas. Si encuentro un vuelo barato y un hotel asequible en Manhattan, entonces...

–¿Qué quieres decir? –inquirió él, interrumpiéndola. Su buen humor había cambiado de golpe.

Ella lo miró, confusa.

–¿Por qué hablas de vuelos baratos y de hoteles para turistas? –preguntó él, frunciendo el ceño.

–Bueno, tengo que estirar mis ahorros todo lo que pueda y...

–No cuando estás conmigo –la cortó él de nuevo con expresión sombría–. A menos que, por alguna razón, no quieras ir a Nueva York conmigo.

A Mel le pareció percibir un tono acusatorio en su voz. Algo que le resultó inexplicable.

–Nikos, esa pregunta sobra.

–Entonces, ¿por qué hablas de ir a Nueva York tú sola?

Ella lo miró con incertidumbre.

–Cuando me invitaste a las Bermudas, Nikos, me dijiste que serían solo un par de semanas... para que asistieras al congreso.

Él se encogió de hombros, quitándole importancia.

–Pero podemos alargarlo. Eso es todo. He revisado mi agenda y puedo adelantar algunas reuniones que tenía previstas en Nueva York para el próximo mes. Si alargamos nuestra estancia en las Bermudas, podemos ir directamente a Nueva York desde aquí. Además, me sería muy útil aprovechar la invitación de John Friedman –explicó él–. ¿Qué te parece? –preguntó, expectante.

Sin embargo, el rostro de Mel no se iluminó como respuesta.

–Nikos, no estoy segura de que sea buena idea...

–¿Por qué? –preguntó él, frunciendo el ceño.

Ella apartó la vista, mirando hacia el ancho mar. Quería poner en palabras lo que pensaba, pero era muy difícil. Era difícil, sobre todo, porque detrás de su reticencia, una pujante excitación amenazaba con echar por tierra toda su prudencia.

Él quería quedarse más tiempo en las Bermudas... ¡Quería llevarla a Nueva York!, se dijo, emocionada. ¡Quería pasar más tiempo con ella! ¡No quería despedirse para siempre!

Era un descubrimiento abrumador.

Mel respiró hondo para calmarse.

Había ido allí de vacaciones, eso era todo. Un par de semanas con Nikos era lo que habían acordado. Era su forma de inaugurar su nueva vida de viajes y libertad. Era lo que había planeado.

Una aventura de vacaciones era algo que podía integrar dentro de sus planes. Encajaba en su idea de libertad, de dar rienda suelta a sus deseos, sin preocupaciones.

Pero ¿qué pasaba si la aventura pasajera se convertía en otra cosa?

Si dejaba que Nikos la llevara a Nueva York, ¿qué pasaría después? Él regresaría a Atenas, antes o después. Y se despedirían para siempre.

Aunque no quería pensar en eso. Solo quería centrarse en lo que tenía en el presente, en su tiempo juntos en las Bermudas. En su romance bajo el sol...

Hermoso... y fugaz.

Cuando Mel volvió la cara hacia él, estaba observándola con expresión grave.

–¿Por qué? –preguntó Nikos otra vez–. ¿Por qué no es buena idea venir a Nueva York conmigo?

No estaba dispuesto a pasarlo por alto. ¿Por qué había dicho ella algo así? ¿No lo estaban pasando de maravilla en las Bermudas? ¿Por qué no continuar así?

Estaban muy bien juntos, se dijo él.

Era lo que se repetía todo el rato. Una verdad incuestionable, sencilla. No había razón para que ella se negara a acompañarlo a Nueva York. Si Mel quería conocer la Gran Manzana y él quería que

fueran juntos, ¿cuál era el problema?

Quería que Mel le contestara, para poder convencerla de lo contrario. En ese momento, llegó el camarero con la comida. Cuando se fue, Mel cambió de tema.

Nikos comprendió que ella no quería que insistiera y lo aceptó. Había más formas de persuadirla que rebatiendo sus argumentos...

Esa noche, al tomarla entre sus brazos, Nikos se volcó en hacerle el amor con toda la destreza de que era capaz. La dejó temblando después del clímax, igual que él.

Al fin, saciados y exhaustos, se quedaron tumbados uno junto al otro, con sus cuerpos empapados en sudor, jadeantes. Nikos se incorporó sobre el codo y le apartó a ella el pelo húmedo de la cara, sumergiéndose en sus grandes ojos.

–Ven a Nueva York conmigo... –susurró él. Inclinó la cabeza y la besó–. Ven a Nueva York conmigo.

Sin duda, debía de haberla convencido, caviló Nikos. No era posible que Mel quisiera que lo que compartían se acabara. No tenían por qué separarse todavía. Podían ir a Nueva York y, desde allí, ¿quién sabía? ¿Quién podía adivinar cuánto duraría su aventura? Lo único que él sabía era que no iba a dejarla marchar hasta que no estuviera preparado.

Sin embargo, Mel no le respondió. Cerró los ojos y se acurrucó en sus brazos. Él la apretó con fuerza contra su pecho.

La seductora súplica de su amante no dejaba de sonar en la cabeza de Mel.

Poco a poco, su pulso fue calmándose. La temperatura de su cuerpo empezó a bajar y su respiración recuperó el ritmo normal. Aun así, tenía el corazón encogido.

Solo había una cosa que podía responderle a Nikos.

–Ven a Nueva York –murmuró él, acariciándole la oreja con su aliento–. Ven a Nueva York –repitió, dándole un suave mordisco en el lóbulo–. Ven a Nueva York –dijo otra vez, y se rio–. Ven, porque no voy a parar de pedírtelo hasta que me digas que sí –añadió, y la besó en los párpados–. Ríndete y di que sí. Sabes que quieres hacerlo.

De pronto, los dos rompieron a reír. Mel comprendió que no podía seguir luchando contra sí misma.

–¡Sí! De acuerdo. ¡Me rindo! ¡Iré a Nueva York contigo!

Nikos le lanzó una sonrisa triunfal y la abrazó. Mel también sonrió, llena de felicidad. Iba a ir a Nueva York con Nikos. Sus vacaciones se alargarían, su tiempo juntos, también.

Capítulo Ocho

–¿Otra vez le estás hincando el diente al bizcocho al ron? –preguntó ella en tono de broma.

–Solo estoy comprobando su calidad –le aseguró Nikos, chupándose los dedos tras haberse comido un pedazo del dulce típico de la isla.

–Sí, bueno, si sigues haciendo comprobaciones, no dejarás bizcocho para nadie más –dijo ella, tomó la caja del bollo y le puso la tapa–. Creo que voy a tener que guardarlo en mi habitación.

Nikos se rio.

–Podemos volver a puerto Nelson y comprar más.

–Vamos a tener que hacerlo, si sigues comiendo así.

Mel le dio un beso en la cabeza antes de desaparecer en su habitación. Al salir de nuevo, vio que Nikos se estaba quitando la camiseta. A pesar de su pasión por el bizcocho, sus abdominales y pectorales eran espectaculares.

Ella sintió el aguijón del deseo. Pero no era hora de irse a la cama. Acababan de tomar el desayuno y habían planeado ir a la playa.

Se tumbaron en las hamacas justo al borde de la orilla, para que las gotas de agua de las olas los refrescaran.

Enseguida, volarían a Nueva York para pasar allí el último tiempo que les quedaba, se dijo Mel.

Luego, se despedirían.

Sería el adiós final.

A pesar del calor del sol, la recorrió un escalofrío.

¡Pero todavía no se habían acabado las vacaciones! ¡Aún podía disfrutar de Nikos!

Sin embargo, ella sabía que se estaba engañando.

No debería estar tan ansiosa de estar con él. No debería aferrarse a su tiempo juntos de esa manera. Debería estar emocionada ante la perspectiva de explorar el resto de América, todos esos sitios que había visto en el cine o la televisión. No debería desear estar con Nikos todo el tiempo.

Pero el problema era que lo deseaba. Quería estar con él en las Bermudas. En Nueva York. En cualquier parte.

Durante un momento, Mel intentó imaginarse explorando Estados Unidos sola, pero se quedó en blanco. Más allá de Nueva York, el futuro se le dibujaba vacío.

Encogida por la angustia, comprendió que las cosas no iban bien.

Antes, su único sueño había sido no tener compromisos, ni ataduras, recorrer el mundo sin tener que darle explicaciones a nadie, libre como un pájaro. Aunque, en el presente, nada de eso lograba motivarla.

Cuando cada uno se fuera por su camino, todo terminaría.

La invadió otro escalofrío.

Mel no quería pensar en ello. No quería pensar que, dentro de pocos días, todo acabaría.

Pero… ¿qué era lo que acabaría? ¿Cómo podía definirse la relación que compartían?

Esa era la pregunta que prefería no contestarse.

–Mel… tengo malas noticias.

Ella se giró de golpe, dejando su maleta a medio cerrar. Nikos estaba parado en la puerta de la habitación. Fruncía el ceño con el teléfono en la mano.

–¿Qué ha pasado?

Sus vacaciones en las Bermudas habían terminado y estaban a punto de salir hacia Nueva York.

Mel no podía negar que llevaba tiempo acongojada con sentimientos encontrados acerca de su viaje a Nueva York. Pero iban a ir de todas maneras. Ya había aceptado. Ya tenían el vuelo reservado y las maletas hechas. En cualquier momento, los recogería un coche en el hotel para llevarlos al aeropuerto. Por eso, era demasiado tarde para preguntarse por qué tenía tantas dudas sobre su decisión de acompañarlo.

–Voy a tener que hacer un cambio de planes –dijo él–. Tenemos que regresar a Europa. Ha surgido un problema y tengo que solucionarlo. Lo siento mucho –admitió con un suspiro–. No podemos permitirnos ir a Nueva York. Tenemos que tomar el vuelo de la noche directo a Londres. Nada más llegar, tendremos que salir hacia Atenas.

Mel se quedó boquiabierta.

Él se acercó, dejó el teléfono y le rodeó la cintura con un brazo.

–Lo siento mucho –repitió Nikos con tono sincero–. Pero, por otra parte, podrás ver Atenas en vez de Nueva York.

Ella se apartó de golpe.

–Nikos…

Un mar de emociones arrasaba a Mel. ¿En qué había estado pensando? Si no había estado convencida de alargar sus vacaciones con Nikos, había tenido buenas razones para ello. No había querido decirle nada a él, porque lo había creído todo decidido. Pero, de

pronto, con una sola llamada, él no había titubeado en cambiar sus planes.

–Nikos, no puedo ir contigo a Atenas.

Él se quedó mirándola, sin comprender.

–¿Por qué no?

–Porque... porque me voy a Nueva York. Mi plan era conocer Estados Unidos –afirmó ella, y tragó saliva–. Sé que ibas a estar conmigo un par de días más en Nueva York, pero... yo sigo con lo que tenía previsto.

–Cambia tus planes –ordenó él con gesto tenso–. Ven a Atenas conmigo. ¿No dijiste que querías conocer todo el mundo? –la retó–. No has visto nada de Europa todavía.

Ella cerró los ojos. Sentía un pesado martilleo en la cabeza.

No podía ir a Europa con él, de ninguna manera.

–Nikos... no. No puedo.

–¿Qué es lo que no puedes?

Una honda emoción invadió a Nikos, aunque no sabía cómo catalogarla. Solo sabía que la mujer con la que quería estar le estaba diciendo que no...

–No puedo ir contigo a Atenas. ¿En calidad de qué? Aquí, hemos estado de vacaciones, pero, si vamos a tu ciudad natal... ¿qué se supone que haría yo contigo?

Él se quedó mirándola con expresión sombría.

–¿Qué tenías tú en mente? –preguntó Nikos de pronto. Su tono sonó más seco que la arena del desierto.

Entonces, fue Mel quien se quedó atónita, sin comprender a qué se refería.

–Mel, fui muy claro contigo desde el principio, ¿no es así? Antes de que viniéramos aquí, te expliqué la clase de relación que podía ofrecerte. No esperes nada más que eso –advirtió él con firmeza. ¿Acaso ella se había imaginado algo más cuando le había ofrecido acompañarlo a Atenas? Esperaba que no.

Nikos no podía ofrecer nada más. Había visto cómo el matrimonio podía destruir a las personas, fastidiarlo todo.

Meneando la cabeza, trató de no pensar en imágenes que le resultaban demasiado familiares. Imágenes de sus padres que no quería asociar con Mel.

Solo quería continuar con lo que tenían, quería que nada cambiara. ¿Por qué no podían seguir como hasta ese momento?

–Nikos, no espero nada más de ti que lo que hemos compartido –aseguró ella, y tragó saliva–. Han sido las vacaciones más fantásticas que se puedan imaginar. Y esas vacaciones... –dijo, y se interrumpió

un momento con un nudo en la garganta–. Han terminado.

Una extraña sensación de vacío se apoderó de ella.

Era la hora del adiós.

Haciendo un esfuerzo, Mel se acercó a él y le rodeó el cuello con los brazos. Él estaba tenso, paralizado.

–Nikos, ha sido maravilloso estar contigo –dijo ella. Era la despedida que llevaba días preparando. Se obligó a sonreír–. Pero... –añadió, y lo soltó, apartándose. Hizo un esfuerzo para respirar. Tenía que terminar la frase–. Pero ha llegado a su fin. Siento que no vayamos a disfrutar de un tiempo extra en Nueva York, pero... bueno, así es. Todas las vacaciones terminan. Igual que han terminado las nuestras.

Ese era el tiempo que habían planeado pasar juntos, nada más. Entonces, ¿por qué él se enfadaba tanto? ¿Por qué se rebelaba contra lo que ella acababa de decir?

Mel se mordió el labio inferior. No le gustaba que la situación se hubiera vuelto tan tensa, pero sabía que no había alternativa.

«Está yendo todo demasiado rápido. No estoy preparada para esto...», se dijo a sí misma.

El pánico la sofocó de pronto. Tenía que calmarse. Debía hablarle en un tono de voz que resultara razonable.

–Siento que haya sido así, tan de repente, pero ambos sabíamos que esto terminaría –prosiguió ella–. Ahora o dentro de un par de días en Nueva York, ¿qué más da? No debemos darle importancia –añadió, diciéndoselo, sobre todo, a sí misma.

Nikos se quedó parado, inmóvil. Su rostro parecía de piedra.

¿Por qué se lo estaba poniendo tan difícil?, pensó Mel. ¿Por qué no podían despedirse con naturalidad y continuar con sus vidas tranquilamente?

–Nikos, voy a tomar el autobús del hotel para ir al aeropuerto y tomaré el vuelo de Nueva York sola. Es mejor que nos despidamos aquí. No tiene sentido que me acompañes al aeropuerto.

Sin embargo, a Mel, su vocecita interior le gritó que no quería despedirse nunca.

–No me puedo creer que me estés haciendo esto –señaló él con brusquedad.

–Es lo mejor –repuso ella, sin pensar.

Mel agarró su maleta y se dirigió a la puerta. Después de abrirla, hizo una pausa y lo miró por última vez.

Sin darse cuenta, se le habían llenado los ojos de lágrimas. Su visión era borrosa. Tragando saliva, se aclaró la garganta para sonar lo más calmada posible.

–Que tengas buen vuelo de regreso.

Como una autómata, entonces, salió al patio y atravesó el camino que conducía al vestíbulo del hotel. Allí, dejó que un botones llevara su maleta y se subió al autobús. Tenía el corazón encogido, los ojos empañados. El calor del mediodía le resultaba aplastante.

En su habitación, Nikos siguió inmóvil.

Tratando de controlar sus emociones, se acercó al teléfono fijo y llamó a recepción para pedir que le reservaran un vuelo a Londres para esa noche. Cuando colgó, se quedó mirando a su alrededor.

Ella se había ido. Mel ya no estaba. Era lo único que podía pensar. Le había dicho adiós y se había ido.

En pocos minutos, se había quedado sin ella.

Un profundo sentimiento lo partió en dos. Estaba conmocionado. Debía recuperar la compostura, volver a ser él mismo, se dijo. Pero una aplastante sensación de vacío e incredulidad no le dejaba respirar.

El teléfono sonó, sobresaltándolo. Respondió de inmediato. Era el encargado de recepción, para decirle que tenía su vuelo reservado para esa noche.

Mel estaba de pie bajo el sol radiante, admirando el impresionante paisaje del Cañón del Colorado. A su alrededor, los turistas tomaban fotos y charlaban sin parar, mientras ella contemplaba en silencio las gigantescas rocas que se hundían hacia el interior de la tierra, donde el río Colorado corría como una serpiente subterránea.

Se había apuntado a una visita guiada desde Las Vegas, adonde había volado desde Washington, tras su visita a Nueva York. Se había propuesto no perderse ninguna de las atracciones turísticas que salpicaban su camino.

Estaba decidida a estar ocupada cada momento del día. Quería demostrarse a sí misma que estaba viviendo la vida al máximo, disfrutando del mundo y sus maravillas como había planeado hacía tanto tiempo.

Se había propuesto no permitirse recordar el breve y glorioso inicio de su nueva vida, por cortesía de Nikos.

Había sido fabuloso. Pero solo había sido un fugaz paréntesis en su nueva etapa de libertad y hedonismo. Viajar sola, ir donde quisiera, responder solo ante sí misma... ese era su único objetivo.

Por eso, no debía pensar en Nikos. No debía mirar el Gran Cañón y verlo solo a él en su imaginación.

Y, sobre todo, no debía dejar que un peligroso pensamiento hiciera mella en su mente. «Si él estuviera aquí conmigo, a mi lado, y

pudiéramos ver esto juntos… Si estuviera viéndolo todo conmigo…».

Lo había echado de menos en Nueva York, cuando había ido a conocer la Estatua de la Libertad, Central Park, el Empire State. Y, luego, en su recorrido por los edificios históricos de Washington, en completo contraste con la exuberante y alocada Las Vegas.

No podía evitar imaginárselo a su lado, riéndose con ella, hablándole al oído, abrazándola y besándola con pasión. No podía dejar de recordar todas las veces que la había llevado a la cama para saciarla con el más exquisito placer.

Oh… Lo echaba demasiado de menos. Era una sensación casi insoportable.

Pero él no estaba allí. Nunca volvería a besarla.

Por eso, era necesario que lo aceptara, que dejara de atormentarse con esos pensamientos.

Mientras se le desgarraba el pecho por dentro, Mel siguió allí parada, contemplando aquella maravilla de la naturaleza que, hacía milenios, había partido la tierra en dos.

Capítulo Nueve

–¿Qué tal en las Bermudas?

Fue una pregunta normal, que no justificaba que Nikos se pusiera tenso de pronto.

–El congreso no estuvo mal.

–El lugar era bonito, también –comentó su amigo–. ¿Conseguiste disfrutar de algo de vacaciones?

Nikos farfulló una respuesta evasiva y cambió de tema. No estaba dispuesto a hablar de sus días en las Bermudas. No quería, ni siquiera, pensar en ello.

Sin embargo, no podía evitarlo. Pensaba en las Bermudas todo el tiempo.

Y en Mel. Siempre, Mel.

Mel riéndose, con su bello rostro echado hacia atrás, con el rubio pelo suelto al sol. Mel mirándolo con expresión de deseo e interés. Mel derritiéndose en sus brazos, ofreciéndole su boca, envolviéndolo con su cuerpo, ardiente y dispuesto...

A cada momento, tenía que cortar en seco su tren de pensamientos y tratar de concentrarse en otra cosa.

El trabajo era su única tabla de salvación. Se había convertido en un obseso del trabajo, dedicado en cuerpo y alma al banco. Se levantaba al amanecer y se acostaba tarde, no paraba ni un momento.

También se había volcado en hacer ejercicio en el gimnasio. Sus músculos estaban en forma como los de un atleta de élite.

Era importante tener el cuerpo ocupado, así la mente no tendría energía para funcionar. Era una mente traicionera que, en cuanto se descuidaba, lo llevaba de nuevo a recordar el dulce cuerpo de ella, suave como la seda.

Todavía la deseaba.

La situación era irónica, cuando menos. Había sido él quien le había ofrecido nada más que una aventura pasajera. Él solo había querido un romance de vacaciones.

Pero nadie había dicho cuánto durarían esas vacaciones, ¿verdad? Ni dónde iban a tener lugar. Podía haber sido en Grecia, también. Mel nunca había estado en Grecia y le habría encantado conocer sus antiguas ruinas, la belleza de sus playas y sus montañas.

Sin embargo, ella había rechazado su oferta. Se había negado a pasar más tiempo con él. Había continuado con sus viajes como siempre había planeado.

Eso era lo que más le irritaba, el hecho de que había sido él mismo quien había dejado claro desde el principio la naturaleza temporal de su romance.

El destino parecía reírse de él.

De pronto, se abrió la puerta de su despacho y entró su padre con expresión furiosa, algo habitual en él. Nikos soltó un silencioso suspiro.

–¿Sabes lo que ha hecho tu madre ahora? Se acaba de ir de compras a Milán. Dice que es porque no tiene ropa. ¡Ja! Esa mujer podría abrir una tienda de moda solo con lo que tiene en el armario. Pero yo sé por qué lo hace. Todo es porque cree que tengo una aventura con otra mujer.

Nikos apretó los labios. Eso era lo que le faltaba.

–¿Y es verdad? –inquirió Nikos, molesto.

Su padre agitó la mano con impaciencia.

–¿Podrías culparme por eso? ¡Tu madre es imposible! ¡Completamente imposible! ¡Se ha ido en el momento más inoportuno! Se supone que tenemos que salir con Demetrius Asterchis y su mujer en su yate mañana. Ahora ¿qué voy a hacer?

–¿Por qué no llevas a tu amante? –propuso Nikos con cinismo.

–No seas absurdo. Esperan que vaya con tu madre. Ella debería estar. Demetrius y yo hacemos muchos negocios juntos. Ella debería darse cuenta de que la única razón por la que puede gastarse un dineral en ropa es por el esfuerzo que yo pongo en ganar dinero para la familia. ¡Me debe lealtad!

Nikos se contuvo para no señalar lo obvio, que la lealtad era un valor de dos direcciones y que tener una amante no era una buena manera de recuperar a su mujer. Sin embargo, también sabía que la lengua viperina de su madre era razón más que suficiente para alejar a cualquier hombre de su lado.

Él nunca había escuchado ninguna conversación entre ellos en la que su madre no le lanzara afiladas pullas a su padre.

En ese momento, posó los ojos en su padre, que rezongaba furioso e indignado.

–¿Es eso lo que has venido a decirme? –preguntó Nikos, irritado con ambos progenitores, harto de tener que ser testigo de sus peleas.

–Quería saber cómo van los preparativos del viaje a Hong Kong –repuso su padre de mal humor–. Y decirte que, si tu madre no vuelve antes de que te vayas, tendré que ir a buscarla. No voy a dejar que se pasee por Europa hablándole mal de mí a todo el mundo. Tampoco quiero que se quede demasiado tiempo en Milán, echándole el ojo a algún italiano.

Su hijo le lanzó una mirada reprobatoria.

–Aunque tu madre ya no es lo que era. No ha envejecido bien. Esa es otra razón para que yo me busque una compañera más agradable y menos arrugada.

Nikos se mordió la lengua para no recordarle que su madre pensaba lo mismo de él, que lo criticaba por haber engordado y por su creciente papada.

–Tengo todas las reuniones de Hong Kong preparadas –fue lo que dijo Nikos. En realidad, se alegraba de tener que concentrarse en ese viaje al lejano Oriente. Quizá podría ayudarle a no pensar tanto en Mel. Aunque, por el momento, lo único que estaba consiguiendo era darle vueltas a lo mucho que le hubiera gustado visitar Hong Kong con ella.

«Podríamos haber volado a Malasia luego, a Tailandia y a Bali... incluso a Australia, tal vez», se dijo.

Y, desde Australia, podían haberse parado en Nueva Zelanda. Después, en las preciosas islas del Pacífico del Sur.

Nikos meneó la cabeza para no pensar. ¿Por qué se atormentaba? ¿Por qué le daba vueltas a vacaciones que nunca podría tener con Mel? Lo único que ella había querido habían sido unos pocos días en las Bermudas con él. Nada más.

–Bien –dijo su padre, y se miró el reloj–. Ahora tengo que irme. He quedado para comer con Adela. A lo mejor no vuelvo después...

De nuevo, Nikos se contuvo para no hacer ningún comentario, ni siquiera cuando su padre volvió a hablar, antes de irse.

–Y, por favor, no se lo digas a tu madre. ¡Es lo único que me faltaba!

Lo que le hacía falta era divorciarse, reflexionó Nikos con amargura.

Pero sabía que sus padres no darían ese paso. Estaban atados en una relación destructiva y dañina, como dos perros rabiosos.

Por eso, Nikos siempre se había mantenido al margen de relaciones a largo plazo. Nunca había querido verse atrapado en un círculo vicioso como sus padres.

De mal humor, se levantó de la butaca y se asomó a la ventana, invadido por un remolino de pensamientos sombríos.

No quería estar allí, matándose a trabajar, solo para dejar de pensar en lo que quería...

Mel.

Cerró los ojos y maldijo en silencio. Otra vez estaba pensando en ella. La deseaba con tanta fuerza que le dolía.

Pero ella se había ido. Y, lo peor, era que había tenido todo el

derecho a hacerlo. Mel había hecho exactamente lo que habría ocurrido de cualquier modo unos días después: terminar su aventura. Había sido todo justo como él lo había planeado: temporal, fugaz.

Sin peligro.

Siempre había temido verse un día haciendo lo mismo que sus padres. Con Mel, no había corrido ese riesgo.

Las palabras condenatorias de su padre resonaron en su cabeza. Desde pequeño, siempre los había oído criticándose el uno al otro, haciéndose pedazos sin piedad.

No podían ser más distintos de la manera en que Mel y él se comportaban, se dijo, abriendo los ojos.

Un millar de recuerdos lo desbordó entonces... Mel riéndose, sonriendo, bromeando, mirándolo con afecto, él bromeando también, ambos contentos el uno con el otro, amigables, cómodos, satisfechos...

«Contentos».

Esa era la palabra exacta para describir cómo habían estado Mel y él juntos.

Mel y él.

No había sido solo la pasión lo que los había unido, por muy ardiente que hubiera sido. Había sido mucho más que eso.

Nikos pensó en sus padres de nuevo. Siempre se estaban quejando el uno del otro, mirándose con odio, desaprobando todo lo que hacía el otro.

No tenía nada que ver con la manera en que Mel y él habían actuado juntos.

Su cuerpo se tensó al recordar el rostro de Mel. Más hermosa que un sueño, le sonreía con sus ojos llenos de calidez, de afecto. Ansió tomar su cara entre las manos y besarla en la nariz, darle la mano para caminar a su lado por la playa, charlando de todo y de nada, felices, hacia el sol poniente...

«Todos los días de mi vida», pensó.

Entonces, despacio, comprendió algo por fin.

Su relación no tenía por qué ser como la de sus padres. No tenía por qué sucederles lo mismo. Mel y él no eran así. No se parecían en nada a ellos. ¡En nada!

Como un rayo, de pronto, sus pensamientos comenzaron a tomar forma. Si eso era así, podía arriesgarse, podía atreverse a dar el paso que nunca había dado. Nunca antes había conocido a una mujer que pudiera hacerle vencer sus miedos.

Como si la niebla se hubiera disipado de su mente, Nikos abrió los ojos.

Mel podía ayudarle a vencer ese miedo.

Lo que habían compartido había sido demasiado bueno como para dejarlo marchar por miedo a que se estropeara. «Me niego a creer que ella y yo seremos como mis padres. Me niego a creer que el tiempo que hemos compartido no puede continuar, no solo semanas, o meses, sino años...».

Quería estar con ella todos los días de su vida, reconoció, quedándose sin respiración.

Durante un largo instante, se quedó petrificado. Luego, como impulsado por un resorte, se dirigió a su escritorio. Tenía los ojos brillantes de determinación y seguridad.

Tal vez, Mel no quería estar con él. Igual lo rechazaba para continuar con sus viajes despreocupados alrededor del mundo, pero antes tenía que intentarlo, se dijo Nikos. Debía hacerle la pregunta que latía en su mente. Necesitaba conocer la respuesta.

Descolgó el teléfono para hablar con su secretaria.

–Ponme con nuestra agencia de seguridad. Necesito encargarles una investigación. Quiero que encuentren a alguien.

El aterrizaje en Heathrow fue un poco movido. Mel tragó saliva, mareada. Había empezado a encontrarse mal cuando habían comenzado las turbulencias en medio del Atlántico. Pero pronto tocarían tierra y se encontraría mejor.

Al menos, físicamente. Mentalmente, no se sentía bien en absoluto. Dos sentimientos contradictorios luchaban en su interior, atormentándola.

Lo único que ella había pretendido compartir con Nikos había sido un romance de vacaciones para luego continuar con sus viajes y disfrutar de su libertad.

Sin embargo, sus viajes habían sido un desastre. No había logrado disfrutar en ningún sitio. Se había pasado todo el tiempo echando de menos a Nikos.

¿Cómo podía haber sido tan estúpida?, se reprendió a sí misma. No tenía que haberse negado a su proposición. Él le había pedido que lo acompañara a Atenas. Y ella debía haber aceptado.

Así, habría podido pasar más tiempo con él.

Aunque, de todos modos, hubiera ocurrido lo inevitable al final.

«¿Cuánto tiempo más? ¿Una semana? ¿Un mes? Y, luego, ¿qué? ¿Qué hubiera pasado cuando él se hubiera cansado de mí? Lo único que Nikos buscaba era una aventura temporal, nada estable ni duradero».

Una cruel carcajada resonó dentro de ella. En el presente, tenía la

manera de atraparlo para siempre, durante mucho más de unas semanas…

Un vínculo permanente los uniría de por vida.

«No, no tenía que haber sido así», se dijo.

Mel tragó saliva, presa de las náuseas.

«No tenía que haberme quedado embarazada».

Capítulo Diez

Nikos salió de la oficina y se dirigió al coche que lo esperaba en la calzada. El cielo se había nublado y el viento olía a lluvia. La televisión había anunciado un tifón inminente en Hong Kong.

De regreso en su hotel, comprobó que las noticias habían dado alerta roja. Apretó la mandíbula. Tenía más reuniones concertadas, pero, si el tiempo empeoraba, tendría que retrasarlas. Cuando había un tifón en la isla, los coches no podían circular y la población debía quedarse en sus casas hasta que todo pasara.

Desde su suite en el hotel, con vistas a la bahía, contempló cómo algunos barcos regresaban a puerto para cobijarse de los furiosos vientos. Todo apuntaba a que su vuelo a Londres iba a ser cancelado.

Frustrado, se dijo que lo último que quería era verse atrapado en Hong Kong.

Había encargado a su agencia de seguridad que buscara a Mel. Y eso llevaría tiempo, pensó.

Automáticamente, revisó su correo electrónico en el móvil. Ninguna novedad.

Debía tener paciencia. Pero no estaba de humor para ser paciente. Ni lo más mínimo.

Mel tomó el metro hacia la sede londinense del Banco Parakis. Hacía calor y estaba abarrotado, lo que incrementó sus náuseas.

Debería haber llamado primero, pero no había sido capaz. Lo más probable era que Nikos no estuviera en Londres. Pero, tal vez, podría hablar con su secretaria, averiguar dónde estaba y cómo podía ponerse en contacto con él. En el peor de los casos, podía dejarle la carta que le había escrito, que llevaba en el bolso. En ella, le decía lo que le tenía que decir…

Mel la había escrito la noche anterior, rompiéndose la cabeza para encontrar las palabras adecuadas. Aunque no había forma adecuada de darle tan mala noticia. Su aventura de vacaciones había terminado de un modo que ninguno de los dos había previsto.

Una vez más, la atormentaron los abrumadores sentimientos encontrados que la habían asaltado cuando lo había descubierto. Su cabeza era un campo de batalla entre dos ideas conflictivas.

«¿Qué voy a hacer?», se preguntó a sí misma.

El metro llegó a otra estación y se abrieron las puertas. Salió más gente. Luego, se cerraron y el tren continuó su marcha, atravesando

un túnel.

«¿Qué voy a hacer?», se repitió.

Estaba embarazada de un hombre con quien solo había tenido una aventura pasajera. Esa era la sórdida realidad.

Era lo último que había creído que pasaría.

Ella solo había querido libertad para hacer lo que quisiera, después de tantos años cuidando a su abuelo. No había querido más ataduras, ni más responsabilidades.

De pronto, entonces, recordó las palabras de Nikos cuando se había alejado de esa pareja tan mal avenida en el hotel del congreso, en las Bermudas.

–«Nací yo y todo se estropeó».

Eso era lo que él había dicho, revelándole sus miedos, sus heridas. Nikos estaba determinado a no arriesgarse a repetir lo que sus padres habían hecho.

En el presente, sin embargo, gracias a ella, se iba a encontrar en la misma situación.

Mel hizo una mueca con una mezcla de emociones que la cortaban como cuchillos... miedo, duda y un fuerte instinto de protección.

«¿Qué voy a hacer?».

La pregunta no dejaba de resonar en su cabeza, agotándola.

Cuando el tren llegó a otra estación, Mel se dio cuenta de que se había pasado el transbordo. Con desgana, salió y miró a su alrededor para ubicarse. Un anuncio escrito con grandes letras llamó su atención.

¿Embarazada? ¿Insegura?

¿Sobrepasada? ¿Confundida?

Habla con nosotros con total confianza y te ayudaremos a encontrar tu camino.

Debajo, estaba el nombre de una organización benéfica que había oído nombrar en sus años de estudiante, pero a la que nunca había prestado atención.

Se quedó parada, repitiéndose las palabras del anuncio. Al fijarse en la dirección, comprobó que estaba cerca de allí.

Apretando la maleta que llevaba en la mano, se dirigió a las escaleras mecánicas, ajena al hombre con traje de chaqueta que la seguía.

Quince minutos después, estaba sentada en la sala de consulta de la organización benéfica de planificación familiar. Nerviosa, se apretó las manos en el regazo.

–Deberías tomarte tu tiempo para pensarlo mejor –aconsejó la mujer que estaba hablando con ella.

–Lo he pensado mucho. No he hecho otra cosa desde que descubrí que estaba embarazada.

Mel le había contado todo, había dado rienda suelta a su angustia, mientras la psicóloga del centro la había escuchado con paciencia y atención. Luego, la profesional le había señalado cuáles eran las opciones que podía tomar.

Mientras Mel la había escuchado, el corazón se le había encogido cada vez más.

Sin embargo, en ese momento, miró a la psicóloga con expresión contraída y una firme mirada de determinación.

–He tomado una decisión. Mi bebé es responsabilidad mía.

Mel se levantó y la psicóloga hizo lo mismo.

–Si me necesitas, estaré aquí –ofreció la otra mujer con amabilidad–. Si quieres hablar más de ello...

–Gracias, pero no. Sé lo que voy a hacer –repuso Mel con una sonrisa forzada–. Gracias por tu tiempo. Ha sido de mucha ayuda. Por fin he logrado encontrar la respuesta que buscaba.

Mel le tendió la mano, se despidió y salió a la calle. Su paso se había vuelto decidido, firme. Aunque seguía teniendo el corazón en un puño.

De nuevo en el metro, sacó la carta que había escrito la noche anterior. La rompió en dos y la echó a una papelera. Luego, tomó un tren, en esa ocasión, en sentido opuesto a las oficinas de Nikos.

No tenía nada que decirle.

Lo tenía claro.

Por fin, las ideas contradictorias que la habían atormentado se habían aclarado.

Su bebé era suyo y de nadie más.

Sentándose en el vagón, se puso una mano sobre el vientre con suavidad en un gesto protector.

Nikos se dejó caer en su asiento de primera clase en el avión que salía de Hong Kong, lleno de alivio. Al fin, iba a regresar a Europa. El tifón había retrasado todos los vuelos durante un par de días. Pero todo había vuelto a la normalidad y estaba a punto de despegar hacia Londres.

Sin embargo, todavía ignoraba dónde estaba Mel. Sus investigadores no habían podido localizarla en el océano de turistas que recorrían el mundo.

Nikos les había hablado del local de bocadillos donde ella había trabajado, por si eso podía ser de ayuda. Tal vez su antiguo jefe sabía algo sobre su paradero. ¿No le había dicho ella que Sarrie era el tío de una amiga o algo así?

Otra opción era buscar la casa de su abuelo, mediante su apellido. Tal vez, la agencia inmobiliaria que la había alquilado podía darles una pista del paradero de Mel.

Meneando la cabeza, Nikos rechazó la copa de champán que le ofrecía la azafata del avión, ajeno a la mirada provocativa de la guapa morena. Solo una mujer le importaba, la misma que estaba intentando encontrar.

Pero ¿y si Mel había conocido a otra persona?

No podía pensar eso. Debía mantenerse firme en su propósito de encontrarla y decirle lo que tenía que decirle.

Su objetivo prioritario era que ella lo supiera.

Unas doce horas después, Nikos salió de la enorme terminal de Heathrow. Su coche lo estaba esperando en la puerta. Entró deprisa, sin apenas saludar al chófer, y abrió su portátil para revisar el correo electrónico. Con una sonrisa triunfal, halló el mensaje que había estado esperando encontrar.

Era de sus investigadores y lo encabezaba el título *Objetivo localizado*.

¡Sí! Emocionado, abrió el mensaje. Sus ojos devoraron las palabras.

Entonces, dentro de su cabeza, se abrieron las puertas del infierno.

Mel salió a la calle y dejó su maleta en la puerta. Se sentía débil, quizá, debido a su embarazo. Tenía la mente en blanco... era la única manera de seguir adelante.

Había reservado un vuelo de Luton a Málaga. Antes de ir al aeropuerto, tenía cita con el médico. Era una clínica que le habían recomendado en la organización benéfica que ayudaba a jóvenes madres solteras.

Miró la dirección una vez más, intentando decidir si ir en autobús o en metro. El autobús tardaría más, pero le evitaría tener que ir con la maleta por las escaleras del metro.

Optó por el autobús, así podría descansar un poco más antes de llegar al aeropuerto. En Málaga iba a tener que buscarse un sitio para dormir... hasta que encontrara algo más a largo plazo, un lugar donde pudiera empezar la nueva vida que tenía por delante.

Una vida que iba a ser muy distinta de lo que había soñado.

Pero estaba decidida. No iba a cambiar de opinión.

Comenzó a caminar hacia la parada del autobús, sintiendo que los pies le pesaban casi tanto como el corazón.

El sonido de un coche que frenó en seco junto a ella la hizo girarse. Al darse cuenta de quién era, soltó un grito sofocado.

Nikos estaba saliendo del vehículo, dirigiéndose hacia ella.

Un remolino de emociones inundó a Mel, que lo miraba paralizada.

¡Nikos! ¡En carne y hueso, delante de ella!

No era la imagen de él que, una y otra vez, recordaba desde la última vez que lo había visto.

Era real. ¿Cómo había aparecido de pronto en la calle, ante ella? No lo sabía. No le importaba. Un insensato sentimiento de felicidad se apoderó de ella.

Sin embargo, al momento, su alegría se hizo pedazos.

Él la habló lleno de rabia.

–No vas a hacerlo. ¿Me entiendes? No vas a hacerlo. No dejaré que lo hagas. No me importa lo que diga la ley. ¡No permitiré que lo hagas!

Tenía el rostro contraído por la furia. Mel se quedó mirándolo atónita, sin comprender.

Al percibirlo, Nikos se enfadó todavía más.

–¿Cómo has podido pensar en hacer algo así?

A ella se le cayó el papel que tenía en las manos, con la dirección de la clínica. Intentó agacharse para recogerlo, pero fue incapaz de moverse, paralizada por la furiosa mirada de Nikos. Él se fijó en el papel y lo recogió. Se quedó pálido al verlo.

–Cielo santo –murmuró él–. Ibas allí ahora. ¿Es así?

De milagro, Mel encontró fuerzas para hablar. La voz le sonó tensa, casi inaudible.

–No quería que lo supieras.

Pero era demasiado tarde. La prueba escrita de su cita médica se lo acababa de revelar todo a Nikos.

–¡No! –gritó él–. Ibas a seguir adelante con ello sin decírmelo, ¿verdad? –la acusó, y rompió en improperios en su idioma natal.

Ella no entendía qué decía. Pero reconocía la rabia en su tono de voz. Se sintió, de pronto, mareada. Cielos, no se había equivocado cuando había decidido no contárselo.

–Me pareció... lo mejor que podía hacer –balbuceó ella, mientras él la miraba con el rostro contraído–. No quería implicarte en nada de esto...

–¿Implicarme?

Entonces, Nikos comprendió de pronto. Dio un paso atrás.

–¿Es mío?

¿Cómo dos sencillas palabras podían contener tal carga de acusación? Mel palideció, mientras él seguía hablando sin piedad.

–Es una pregunta razonable. Después de todo, a mí no me resultaste una chica difícil, ¿verdad? Quizá te hicieron una proposición similar cuando llegaste a Nueva York, sin mí. Tal vez, fue ese otro tipo quien te dejó embarazada.

Ella gritó como si la hubiera golpeado.

–¡No! –exclamó ella, mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

–Entonces, ¿reconoces que es mío? Lo admites y ahí estás, con la prueba de tus malvadas intenciones en la mano. ¡Y no pensabas decirme nada!

Ella cerró los ojos, desbordada por el dolor.

–Te he dicho que pensé que sería lo mejor. No fue una decisión fácil, Nikos, te lo aseguro.

Él estalló en más maldiciones en griego.

–No querías estar embarazada, ¿verdad? Sé que es cierto.

Ella hizo una mueca de dolor.

–No… no quería estar embarazada. Cuando lo averigüé, me pareció… me sentí…

–¿Sentiste que pondría fin a tu libertad? –la interrumpió él con voz acusadora.

–Sí. Un embarazo era lo último que quería.

Nikos bajó la vista al papel que contenía los datos de la cita médica.

–Y decidiste recuperar tu libertad –dijo él con mirada condenatoria, asesina–. Decidiste abortar.

Mel se puso blanca como la leche.

«Lo único que quiere es deshacerse del bebé que engendramos juntos. Para ella no significa nada más que una carga, un obstáculo a su libertad», se dijo él.

Sin duda, esa debía de ser la razón por la que Mel se había marchado, caviló. Ella había intuido que, si él sabía lo del bebé, solo reaccionaría de una manera.

Durante un instante, con el corazón encogido, Nikos pensó en lo que habría hecho si ella se lo hubiera contado. La habría tenido a su lado para siempre, encima, con un regalo más precioso que nada en el mundo.

Pero ella no quería eso. No lo quería a él. Y nunca había querido tener un hijo con él.

Lo único que Mel había querido había sido librarse del bebé. Eso era lo que había concluido después de haber leído el informe de sus investigadores, que la habían visto en un centro dedicado a aconsejar

a jóvenes embarazadas. El informe, además, había añadido un inciso explicativo.

Esta organización en particular apoya los métodos abortivos para casos de embarazos no deseados.

En un instante, Nikos se había visto en el cielo y, al leer la frase siguiente, en el infierno.

En ese momento, Mel lo observaba, todavía blanca como la leche. Tenía la boca abierta. Quería responderle, explicarle que su dura acusación era equivocada.

–¡Nikos! No es así. Yo...

Sin embargo, él la interrumpió con brusquedad.

–No me des explicaciones. Puedes decir lo que quieras, pero los dos sabemos qué es lo que pensabas hacer.

Sus terribles palabras eran como cuchillos. Mel no podía soportarlas. Gritó y dio un paso atrás como si la hubiera abofeteado.

Tenía que alejarse de él...

Hubo un sonido de frenos, el chirriar de unas ruedas. Entonces, como en una película de terror, Nikos vio que un coche la golpeaba... Vio su frágil cuerpo caer como una pluma inerte contra la calzada.

Capítulo Once

Nikos se quedó paralizado un instante, luego se puso a gritar como un loco, pidiendo una ambulancia.

Al segundo siguiente, estaba de rodillas a su lado, enloquecido de miedo.

«¡Deja que viva! Por favor, deja que viva», rezó. «Es lo único que te pido. Puedo soportar lo que sea, pero no que ella muera...».

Fue lo único que repitió sin cesar en la eternidad que tardó en llegar la ambulancia.

Mel tenía pulso, lo que le daba un atisbo de esperanza. Pero estaba inconsciente, inerte. Apenas respiraba y seguía pálida como la leche.

«Esto es culpa mía», se dijo él, atormentado. «Yo le he hecho esto».

Los médicos de la ambulancia la tumbaron en una camilla y la metieron en el vehículo, en dirección al hospital. Nikos subió con ella.

–¿Se va a poner bien? Por favor, díganme algo.

Sin embargo, el equipo de urgencias le dijo que no podían responderle hasta que la examinaran en el hospital.

El tiempo se convirtió en una mancha difusa.

Cuando la ambulancia llegó, la llevaron a toda prisa a la sala de emergencias. Nikos se quedó en la puerta. Y rezó. Con todas sus fuerzas.

–¡Díganme algo! –exigió a uno de los médicos.

–Parece que solo tiene contusiones, algún rasguño –informó el médico–. No hay señales de daños internos. Solo una costilla rota, por el momento. No tiene traumatismo craneal. La columna vertebral y las extremidades parecen bien, aunque tendremos que hacerle un escáner para saberlo con certeza. Está recuperando el conocimiento...

Nikos se deshizo en palabras de gratitud en su idioma natal.

Mel parpadeó y abrió los ojos. Gimió. De pronto, su expresión cambió de golpe y la angustia más pura se pintó en su cara.

–Mi bebé –gritó ella–. ¡Mi bebé! Por favor, salven a mi bebé. Por favor. ¡Por favor!

De inmediato, el doctor le puso una mano en el brazo para calmarla.

–No hay sangrado. Pero la llevaremos a Obstetricia cuando le hayan hecho el escáner de la cabeza, para que la examinen, ¿de acuerdo?

Entonces, Mel puso los ojos en Nikos y rompió a llorar.

–Gracias a Dios. Gracias a Dios...

Entonces, el mundo de él dio un giro de ciento ochenta grados.

–Gracias a Dios –repitió Nikos. Pero no estaba agradecido solo por el bebé, sino por mucho más.

Tras un momento, se llevaron a Mel para hacerle las pruebas. A Nikos no se le permitió acompañarla y se quedó esperando como un león enjaulado.

Después de una hora que le resultó interminable, los médicos le informaron de que el escáner había salido bien. De nuevo, dio gracias con todo su corazón.

Con el corazón acelerado, subió a la planta de Obstetricia, donde la habían llevado a continuación.

Lo hicieron esperar todavía más hasta que, por fin, le permitieron verla.

La encontró en una habitación, sola. Se hallaba consciente, pero su rostro estaba pálido, aparte del rasguño que se había hecho en la mejilla al caer al suelo. Se puso todavía más blanca cuando la enfermera lo hizo pasar.

Nikos recordó sus palabras de angustia cuando se había despertado en la sala de urgencias y cómo había preguntado por su bebé antes que nada.

Un profundo alivio lo había envuelto en ese momento. Al sentir que su bebé podía estar en peligro, ella había reaccionado y se había dado cuenta de que lo quería, pensó él.

–Casi te pierdo... Has tenido ese accidente por mi culpa... Mel, lo siento. Lo siento tanto...

Con la cara contraída, Mel hizo un esfuerzo para hablar.

–Creíste que quería matar a mi bebé.

No fue una acusación, solo una afirmación. Pero sonó vacía y hondamente triste.

–Lo sé. Sé que no es así –repuso él, tragando saliva–. Escuché el pánico en tus palabras cuando recuperaste la consciencia... Estabas preocupada por el bebé.

Despacio, Mel se puso la mano sobre el vientre.

–Mel, yo...

–¿Cómo pudiste pensar eso, Nikos? –le interrumpió ella, horrorizada–. ¿Cómo pudiste?

–Tú misma dijiste que no querías tener hijos por ahora, que supondrían el fin de tu libertad –explicó él, y tomó aliento con el corazón encogido–. Y no podía dejar de pensar en cómo le habías asegurado a Fiona Pellingham que no querías un bebé.

Mel reconoció que era cierto.

–Esa fue mi primera reacción, sí, pero no fue la única. Fue tan

complicado decidir…

Era una forma muy simplista de definir lo que Mel había sentido cuando la prueba de embarazo le había dado positivo.

Todavía la consumía un mar de tumultuosas emociones. Le angustiaba que Nikos hubiera pensado…

Él la estaba mirando fijamente.

–Ibas a la clínica de abortos. Vi el papel que llevabas en la mano con la dirección.

–Era una cita con el médico para una revisión antes de tomar mi vuelo a España esta noche. Eso es todo –contestó ella–. ¿Cómo pudiste pensar que era para otra cosa? –preguntó, estremeciéndose–. La mujer con la que hablé en la organización de planificación familiar me recomendó ese ginecólogo.

–Es una organización que promueve el aborto para embarazos no deseados –señaló él, todavía sin dar crédito.

–Sí, Nikos. Pero también te ayudan con otras opciones. Como la de criar a un bebé sola –informó ella–. De todas maneras, ¿cómo sabes que fui allí?

Nikos respiró hondo. No se había imaginado así el momento del reencuentro. Estaba conmocionado. Habían sido demasiadas emociones juntas. Recordó el terror que había sentido al leer el informe de los investigadores. Le había dado el mejor regalo que había recibido jamás y, al mismo tiempo, había amenazado con arrancárselo para siempre.

Mel… embarazada de un hijo suyo.

Mel… dispuesta a deshacerse del bebé.

Mel… hecha un guiñapo en el suelo después de haber sido atropellada.

Nikos se estremeció al darse cuenta de lo cerca que había estado de perderlo todo.

–He estado buscándote. Encargué a una agencia de detectives que te buscara. Al final, te encontraron y te vieron en ese sitio. Su informe me llegó nada más aterrizar en Londres. He estado en Hong Kong. Hubo un tifón –dijo él, atropellándose con las palabras, y tomó aliento–. He estado buscándote.

Era lo único que tenía que decirle a Mel, pensó Nikos. Nada más importaba.

Mel lo miró con los ojos muy abiertos.

–¿Me estabas buscando?

–¡Sí! Mel… Mel, yo…

Pero ella lo interrumpió.

–Oh, cielos, ojalá no lo hubieras hecho. Ojalá nunca me hubieras

encontrado. Ojalá nunca hubieras descubierto lo del bebé –susurró ella, llena de angustia.

De nuevo, Mel sintió la dura acusación que Nikos le había lanzado, la misma que le había hecho salir corriendo y ponerse delante de un coche que había estado a punto de matarla... a ella y al bebé.

–Nunca quise implicarte en esto, Nikos –musitó ella con ojos implorantes.

–¿Qué quieres decir? Mel, es hijo de los dos. ¡Es nuestro bebé!

¿Cómo podía ella hablar así?, se dijo él. ¿Cómo era posible que hubiera querido ocultarle que estaba embarazada?

De pronto, entonces, Nikos recordó lo que Mel le había dicho hacía unos minutos, sobre su vuelo a España.

Un helado escalofrío le recorrió la columna vertebral.

Si sus investigadores no la hubieran encontrado a tiempo, ella habría desaparecido de nuevo. ¡Y él nunca se habría enterado de que iba a ser padre!

–No puede ser, Nikos. Será mi hijo nada más. Por eso fui a pedir consejo al centro de planificación familiar. Necesitaba hablar con alguien. La psicóloga... me ayudó a decidirme. Luego, me explicó todos los detalles prácticos de criar a un hijo sola, como familia monoparental.

–¿Por qué? –preguntó él, atónito–. ¿Por qué quieres eso?

Mel no respondió. No pudo. Se limitó a acariciarse el vientre, buscando consuelo en saber que su bebé estaba bien. Lo criaría ella sola porque todo lo demás era... imposible.

Nikos la observó en silencio. Ella no quería tener una familia con él. La única explicación era que no quería incluirlo en su vida, reflexionó.

Después de todas sus esperanzas, después de que se había dado cuenta de que Mel y él no tenían por qué ser como sus padres, después de haber creído que podían formar una pareja sólida y duradera...

Pero todas sus esperanzas se habían hecho cenizas.

Mel quería ser libre.

Y él no podía quitarle esa libertad, ni siquiera por el bien del bebé que llevaba en su seno. Ella quería criarlo sola, libre.

Nikos trató de pensar qué podía decir. Se esforzó en aceptar la realidad, en asimilar lo que acababa de escuchar.

–Deberías haber sabido que yo te apoyaría –dijo él al fin, escogiendo las palabras con extrema cautela. Si Mel quería criar a su hijo sola, debía permitírselo. No podía imponerle otra cosa. Por muy doloroso que le resultara.

Agotado por el dolor, Nikos tomó una silla y se sentó junto a la

cama. Respiró hondo para decir lo que debía decir.

–Sabes que te apoyaré en lo que quieras, Mel. No tendrás que preocuparte por el dinero. Yo me ocuparé de todo. Puedes vivir donde quieras... bueno, en cualquier sitio que sea seguro para el bebé, claro.

Mel lo escuchó hablar, cada vez más hundida. Con cada palabra, su certeza creció. Por muy doloroso que fuera, había hecho lo correcto al decidir seguir adelante con el embarazo sola. Había hecho lo correcto al decidir irse a España y no contárselo a Nikos.

Pero era demasiado tarde. Él sabía que estaba embarazada de un hijo suyo. Y ella tendría que aceptar las consecuencias y protegerse todo lo que pudiera.

Nikos hizo amago de tomarle la mano, pero se detuvo.

–Sé lo importante que es para ti tu libertad, Mel. Te estorbaré lo menos posible. No te pediré prácticamente nada, siempre que, de vez en cuando, me dejes... me permitas... –comenzó a decir él, y se interrumpió con un nudo en la garganta. Tragó saliva, incapaz de seguir hablando y pedirle que lo dejara verlos al bebé y a ella alguna vez–. Pero, por favor, Mel, no desaparezcas sin decírmelo. Es lo único que te pido. Tengo responsabilidades contigo... con el bebé...

Sí, de eso se trataba nada más, de su sentido de la responsabilidad, se dijo ella, encogida.

Mel estaba decidida a hacer que el peso de la responsabilidad fuera lo más ligero posible para él.

–No te exigiré nada. No voy a necesitar que nos mantengas. Tengo los ingresos del alquiler de la casa de mi abuelo y, hasta que nazca el niño, puedo trabajar. Voy a asentarme en España, porque allí la vida es más barata. Hay varias ayudas para madres solteras que puedo pedir también, según me han explicado.

–¿Exigirme? –repitió él–. Mel, estás hablando de mi hijo. Queda fuera de toda duda que yo me ocuparé de todo económicamente.

Ella negó con la cabeza.

–Oh, Nikos, por eso no quería que lo supieras. Sé lo traumatizado que estás con que tus padres se encadenaran el uno al otro. Sé que tú no querías pasar por lo mismo. Por eso, solo querías tener una breve aventura conmigo. Lo último que quieres es sentirte atrapado, como ahora, por un embarazo no deseado. Por eso no quería que supieras lo del bebé nunca. Quería que fueras libre –admitió ella en un susurro angustiado–. Si no lo hubieras descubierto, ambos podríamos ser libres.

Durante un instante interminable, el silencio pesó sobre ellos.

–¿Libres? –repitió Nikos. Como impulsado por un resorte, se puso en pie y comenzó a dar vueltas por la pequeña habitación. Luego, se

giró hacia ella, lleno de tensión–. Tú serías libre para explorar el mundo después de haber estado cuidando a tu abuelo. Yo sería libre para no repetir el patrón de mis padres. ¿Te refieres a eso?

Había algo helador en su voz. Ella se quedó mirándolo, sin comprender.

Sin esperar una respuesta, Nikos volvió a la carga.

–He tenido miedo toda la vida. Estaba herido por lo que había visto en mi casa, por cómo mis padres habían destrozado su matrimonio. Y tenía pánico de hacer lo mismo –reconoció él, y tomó aliento, estremeciéndose–. Juré que nunca correría ese riesgo. Y juré que nunca me mezclaría con mujeres que buscaran una relación estable. Solo quería relaciones temporales. Nada más que aventuras pasajeras –añadió con un tono burlón e hiriente–. Lo mismo que tú. Queríamos los dos lo mismo, ¿verdad, Mel? A nuestro modo, los dos queríamos ser libres.

Al verla allí tumbada, con su cabello dorado sobre la almohada y su bello rostro, Nikos se dejó invadir por los recuerdos. Habían estado tan bien juntos... Había sido todo perfecto. Entonces, su corazón se llenó con la honda emoción que lo había impulsado a buscarla, para rogarle que se quedara para siempre a su lado.

Entonces, Nikos se quedó inmóvil, contemplándola con expresión indescifrable. De pronto, algo cambió en su mirada, imbuido de una nueva fuerza.

Miró a la mujer que estaba tumbada ante sus ojos, encinta de su bebé... un niño que sería de los dos.

–Quiero una nueva forma de libertad –afirmó él con una voz llena de determinación–. Quiero ser libre de las cicatrices de mi infancia. No quiero vivir con miedo a repetir los mismos errores de mis padres. Quiero libertad para decirte, Mel, lo que he estado bloqueando hasta ahora, porque no quería imponerte nada que no quisieras por ti misma. Tú quieres ser libre, por eso, no intentaré retenerte, ni coartarte de ninguna manera. Sé que te has ganado a pulso la libertad y que te la mereces. Tú también tienes tus cicatrices, Mel. Pero, a pesar de todo, sigo queriendo una nueva libertad.

Nikos hizo una pausa para tomar aliento.

–Quiero ser libre para decirte esto, Mel –continuó él, y tomó aliento de nuevo, sintiendo que aquel instante era vital para su existencia–. Has dicho que, si yo no hubiera sabido lo del bebé, habríamos podido ser libres el uno del otro.

El silencio se cernió sobre ellos. Me se quedó sin habla. De pronto, no podía ni respirar. Ambos estaban mudos.

–No quiero liberarme de ti –prosiguió él al fin–. Cuando ese coche

te atropelló... oh, cielos, pensé que estabas muerta. ¡Creí que te había matado! Pensé que te había perdido para siempre. Y fue el peor momento de mi vida.

Al revivir el terror que había sentido al verla caer al suelo, a Nikos se le encogió el corazón de nuevo. Había sido una terrible pesadilla. Y se sentiría eternamente agradecido de que ella se hubiera recuperado.

Por eso, en ese instante, necesitaba seguir hablando. No podía seguir conteniendo las palabras.

–Quiero que vuelvas conmigo. No puedo perder la esperanza... aunque parezca imposible... de que, a pesar de todo, a pesar de todo lo que me has dicho, tú... –balbuceó él, y tomó aliento para darse fuerzas para seguir–. Espero que quieras volver conmigo. Daría lo que fuera por que... quisieras compartir tu vida conmigo –añadió, sin dejar de mirarla a los ojos ni un segundo.

Lo había dicho. Al fin, lo había dicho.

Nikos respiró hondo. Le había abierto su corazón. Y, si ella lo despreciaba o lo miraba con lástima, o con rechazo, o con más ganas incluso de huir de él... él tendría que soportarlo. Sin embargo, si no le hubiera confesado a Mel la verdad, entonces, tal vez, ella nunca habría sabido lo que sentía por ella.

–No quiero liberarme de ti, Mel. No puedo hacerlo. Te llevo en la cabeza, en el corazón, en la sangre. Estás dentro de mí para siempre, Mel... –aseguró él con ojos ardientes–. Solo quiero una clase de libertad, Mel. Quiero ser libre de amarte.

Hubo un silencio.

Nikos la penetró con la mirada, ansiando que hablara. Necesitaba que ella dijera algo, lo que fuera. Pero Mel seguía callada, con la cara blanca como la nieve. Entonces, unas gruesas lágrimas comenzaron a brotarle de los ojos.

Al instante, él corrió a su lado y la tomó de las manos.

–¡Mel! No llores... cariño mío, no llores. Lo siento... siento todo lo que te he dicho. Nunca debería haberte sobrecargado con mis sentimientos.

Sin embargo, Mel lloró todavía más. Nikos la tomó entre sus brazos y la acurrucó contra su pecho. Ella derramó lágrimas y más lágrimas. Él le acarició el pelo y la apretó con fuerza. De repente, en voz muy baja y llorosa, ella habló.

Despacio, con sumo cuidado de no lastimar su cuerpo malherido, Nikos la colocó sobre la almohada. Pero ella no le soltó la mano. Tenía los ojos inundados de lágrimas.

–Yo también quiero esa libertad. Oh, Nikos, ¡la quiero más que nada en el mundo! –exclamó ella, haciendo pucheros de nuevo–.

Quiero ser libre de amarte. Quiero poder decirte que te amo. Y quiero amarte.

Mel lloró de nuevo y él la abrazó.

–Te he echado mucho de menos –gimió ella–. Intenté no echarte de menos, pero no lo conseguí. En Estados Unidos, todo el tiempo pensaba en ti. Te echaba de menos en todas partes. Cualquier sitio era horrible sin ti. Quería tenerte a mi lado. En el ferry de Staten Island, en lo alto de Empire State... Quería reír contigo en Las Vegas, disfrutar de sus luces y extravagancias junto a ti. Y quería estar contigo al borde del Gran Cañón. Quería estar contigo en todas partes. Y tú no estabas allí, Nikos, porque yo te había dejado... y te dejé porque... porque...

Mel rompió a gimotear de nuevo. Nikos volvió a acariciarle el pelo, a apretarle la mano para consolarla.

–Sabía que, si no me iba entonces, no podría irme nunca. Y tuve que irme. Solo íbamos a compartir unas vacaciones. Eso era lo único que tú querías, lo único que creí que podía esperar de ti. Pero... tú sabes que nunca nos propusimos que fuera más que una aventura pasajera. Yo quería ser libre. Llevaba tanto tiempo esperando esa libertad...

Mel apartó la mirada con una mueca angustiada antes de continuar.

–Cuando descubrí que estaba embarazada... me sentí destrozada. Me horrorizó la perspectiva de verme atada al cuidado de otra persona, justo cuando había recuperado mi vida. Pero, al mismo tiempo, mi corazón se llenó de alegría. Tenía un bebé creciendo en mi interior. Y era hijo tuyo, Nikos. Tuyo. Entonces, me di cuenta... –murmuró ella, mirándolo a los ojos, aferrándose a su mano–. Me di cuenta de que lo único que quería en el mundo era ser libre para amar a mi bebé, para quererlo más que a nada. Y, por eso... por eso...

Ella se interrumpió, llorando de nuevo, atragantada por la emoción.

–Como lo único que quería era amar a mi bebé, comprendí... comprendí... oh, Nikos, comprendí que era capaz de amar. Podía amarte. Podía quererte como yo ansiaba. Había temido hacerlo porque fue el amor que le profesé a mi pobre abuelo lo que me ató a él durante tanto tiempo. Temía que el amor fuera un yugo. Lo único que quería era ser libre de ataduras, de cualquier vínculo.

Con el corazón desbordado por la emoción, Mel dejó que las lágrimas rodaran sin cortapisas.

–Ahora he comprendido que amarte es ser libre, Nikos.

Él se acercó para abrazarla, pero ella lo detuvo, mirándolo con

temor.

–Pero ¿soy libre para amarte, Nikos? ¿Lo soy? Dijiste que me apoyarías porque era tu responsabilidad y…

–Mel, cariño mío, dije eso solo porque no quería presionarte confesándote lo que sentía. Lo que quiero, más que nada en el mundo, es ser tu marido, el padre de nuestro hijo, contigo a mi lado.

Ella se atragantó con una mezcla de lágrimas y risa, llena de felicidad.

–Qué tontos hemos sido al negarnos lo que ambos ansiábamos.

–¡Sí! –reconoció él, y la abrazó. No quería más palabras, ni más dudas innecesarias. No necesitaban tener más miedo.

Nikos era, al fin, libre para abrazarla, para besarla… para amarla. Y ella era libre para amarlo también. Los dos eran libres para querer al bebé que ella llevaba en su vientre.

Eran libres para ser felices el uno con el otro… durante toda la vida.

Alguien carraspeó en la puerta. Mel y Nikos separaron sus cuerpos abrazados. Cuando se fijó en el rostro empapado en lágrimas de Mel, la enfermera frunció el ceño.

–¿Son lágrimas de tristeza o de felicidad? –preguntó la mujer, arqueando una ceja.

–De felicidad –respondieron ambos al unísono.

La enfermera posó los ojos en sus manos entrelazadas y asintió.

–No le convienen demasiadas emociones –aconsejó la mujer con una sonrisa–. No es bueno para el bebé.

Entonces, tomó el informe que había al pie de la cama y los miró.

–Tendrá que quedarse esta noche bajo observación –informó la enfermera, y miró a Nikos–. Siento decírselo, pero ha terminado la hora de visita. Solo le hemos dejado entrar porque su…

–Futura esposa –señaló él, lanzándole una mirada a Mel.

–Porque su futura esposa acaba de subir de urgencias –continuó la enfermera, y posó los ojos de nuevo en la pareja–. La hora de visita comienza a las seis, así que vuelva entonces. Mientras… le quedan cinco minutos –añadió con una sonrisa de disculpa.

Nikos se giró hacia Mel. Su corazón saltaba de alegría.

–¿Bastarán cinco minutos? –preguntó él, arqueando una ceja.

Mel meneó la cabeza. Estaba todavía en las nubes.

¿Cómo había podido ser tan sencillo? ¿Lo que habían sentido en su romance de vacaciones había sido lo que los uniría para siempre?

«Yo quería libertad, pero mi libertad está aquí, junto a Nikos. Aquí, con nuestro hijo», pensó.

De pronto, entonces, se dijo que sabía cómo se llamaría el bebé. Si

era niño, le pondría el nombre de su abuelo, el hombre al que tanto había querido. No el guiñapo en que se había convertido, sino el abuelo protector que recordaba con tanto cariño.

«Oh, abuelo... querías que encontrara a un buen hombre... y lo he encontrado. ¡Está aquí a mi lado!».

–De acuerdo –dijo Nikos–. Si no nos basta con cinco minutos... –señaló, y clavó la mirada llena de amor en la mujer que le había robado el corazón–. ¿Qué te parecen cincuenta años?

A ella se le iluminó el rostro.

–Me parece bien. ¡Me parece muy bien!

Nikos la besó.

–Por nuestras bodas de oro, entonces, y todos los años venideros –dijo él, proponiendo un brindis con su beso.

–Por todos los años que nos quedan por compartir –dijo ella, besándolo también.

Epílogo

La fiesta del bautizo en la nueva casa familiar de Mel y Nikos en la costa de Atenas estaba llena de invitados. Mel estaba espléndida en el sofá, con el pequeño Nikos Stephanos Albert en el regazo, dormido y ajeno a todos los comentarios de admiración que le dedicaban.

La mayoría de los que habían asistido a su bautizo contemplaba al pequeño Nicky, que era como solían llamarlo, con expresión de embeleso. Igual que Nikos, que estaba de pie junto a su mujer. Su hijo era el bebé más precioso que podían haber soñado.

Entre los presentes, los padres de Nikos sonreían.

–¡Vaya! –dijo Stephanos Parakis con orgullo, mirando a su nieto con cariño.

–Se parece a ti –comentó su nueva mujer.

Nikos asintió con aprobación, levantando la vista hacia Adela Parakis. Era una mujer serena y divorciada, en la cuarentena, y contaba con toda su aprobación. Había sido, al fin, el catalizador que había dado el último empujón a sus padres para tomar la decisión de divorciarse.

Uno de los catalizadores, se corrigió Nikos.

El otro era el elegante hombre de pelo cano que estaba junto a la madre de Nikos... un príncipe viudo italiano al que había conocido en una fiesta en Milán. El hombre había tratado tan bien a su madre que ella había aceptado con dignidad la noticia de que su exmarido deseaba casarse de nuevo.

Ella también se había casado y se había convertido en princesa. Su nueva vida le sentaba muy bien. Mientras la miraba, Nikos apreció que su madre parecía más relajada y que había recuperado su brillo y su belleza.

Se alegraba por ella... se alegraba por sus dos progenitores. Estaba contento de que hubieran rehecho sus vidas con otras parejas. Además, sus nuevos matrimonios les habían permitido, al fin, comportarse de forma civilizada el uno con el otro... sobre todo, cuando ambos compartían la fascinación por su nieto.

–Tiene mis ojos –comentó la abuela con satisfacción, acercándose con su nuevo marido.

–Sí –afirmó Mel con una sonrisa. La madre de Nikos la trataba siempre muy bien y no quería contrariarla diciéndole que todos los recién nacidos tenían los ojos azules.

Nikos se contuvo para no decirle a su madre que su hijo tenía, en

realidad, los mismos ojos de Mel… que resultaban ser los más hermosos del mundo.

De pronto, recordó cómo ella lo había atravesado con la mirada en su primer encuentro.

Recordó cómo lo había cautivado entonces, como si le hubiera alcanzado una flecha de Cupido.

Era un hombre feliz. Aunque no salía de su asombro.

¿Cómo podía haber sido tan tonto como para creer que Mel, su adorable, fabulosa y maravillosa Mel, no sería para él nada más que una aventura de vacaciones?

Ella era la persona más preciada del mundo para él.

Además de Nicky, por supuesto.

Instintivamente, Nikos le tomó la mano a su esposa y entrelazó sus dedos.

Ella levantó hacia él unos ojos llenos de amor.

–Ahora tenéis que ir a por la niña –comentó la madre de Nikos.

–Oh, sí –afirmó Mel–. Eso sería perfecto.

–Pero debes cuidar tu figura, cariño –le recomendó su suegra.

–Aspiro a ser siempre tan elegante como tú a ese respecto –repuso Mel, asintiendo con admiración.

La nueva princesa de Milán soltó una risa complacida y sonrió a Mel con cariño.

–Tenéis que ir a visitarnos a Milán, cuando mi nieto sea lo bastante mayor para viajar.

–¡Oh, me encantaría! –aseguró Mel, y miró a su marido–. ¿Qué te parece?

–Sí, me parece buena idea –contestó él–. ¿Os tenéis que ir ya?

–Sí, es la hora. Tenemos que tomar un avión para volver a casa esta tarde.

Los invitados comenzaban a dispersarse. Poco después de la partida de su madre, el padre de Nikos se despidió también. Cuando lo hizo, le informó a Nikos de que su mujer, Nicky y él estaban también invitados a visitarlos siempre que quisieran.

Nikos le dio las gracias de corazón y los acompañó al coche. Cuando volvió a la casa, encontró a Mel en el pasillo. El pequeño Nicky se había despertado.

–Hay que cambiarle –señaló ella con una sonrisa–. ¿Quieres ayudarme?

–No me lo perdería por nada del mundo –contestó él, sonriendo también–. ¿Quieres cambiarle el pañal o ese faldón de seda bordada que lleva?

–Ambas cosas –dijo ella–. Y, luego, si no me tachas de mala madre,

se lo entregaré a la niñera. Así, tú y yo podremos cenar juntos hasta que sea la hora de su próxima toma.

Ella le dedicó una sonrisa de gratitud. Era increíble lo fácil que era la maternidad con una niñera a su lado, reconoció para sus adentros. Y cuando el padre del niño era tan entregado y participativo como Nikos.

–Buena idea –dijo él con entusiasmo–. Hace mucho tiempo que no te tengo para mí solo.

Mientras se dirigían a la planta de arriba, a la preciosa suite donde dormía Nicky, Nikos se acordó de algo.

–Por cierto, nos han invitado a una boda.

–¿Sí? ¿De quién? –preguntó ella con interés.

Nikos esbozó una reluciente sonrisa.

–Fiona Pellingham y Sven. ¿Puedes creerlo?

Mel soltó una carcajada.

–Se llama Magnus –le corrigió ella–. Es una buena noticia. Me alegro mucho por Fiona.

–Bueno, tú eres quien los unió –le recordó él.

Mel sonrió con cariño a su esposo.

–Y ella nos unió a nosotros en cierto modo, si lo piensas bien. Si no hubiera estado detrás de ti, quizá nunca me habrías pedido que saliera contigo.

Nikos le puso un brazo sobre los hombros.

–Habría encontrado otra excusa para invitarte –aseguró él–. No me era posible dejar de pensar en ti de ninguna de las maneras.

Ella hizo una pausa en lo alto de las escaleras para besarlo en la mejilla. Sus ojos estaban llenos de amor.

–Ni a mí me era posible dejar de pensar en ti.

Los ojos oscuros de Nikos brillaron de buen humor.

–¿Dirías que fue amor a primera vista?

Ella soltó una carcajada, recordando su irritado y acalorado intercambio de palabras cuando se habían conocido en el local de bocadillos.

–Fue una buena bronca –dijo Mel–. Oh, y respecto al tema de los bocadillos, me he enterado de que Sarrie ha convertido su negocio en una franquicia y que le va de maravilla. Gracias al préstamo del Banco Parakis.

–Bueno, ¿no te prometí que, si tu análisis de mercado arrojaba buenos resultados, consideraría subvencionar su expansión? –comentó Nikos, mientras llegaban al baño de Nicky y se ponían manos a la obra en la delicada tarea de quitarle su faldón de bautizo.

–Sarrie te está muy agradecido –aseguró ella–. Y Joe, también. Por

haber subvencionado el nuevo albergue para personas sin hogar donde se aloja, así como los médicos para el tratamiento de adicciones.

–Bueno, yo le estoy agradecido a Joe, por lo que me toca –replicó él–. Cuando le di todas esas malditas monedas que me habías dado con el cambio, vengándote de mí por mis modales... –empezó a decir, y se rio cuando ella le dio un suave empujón– me di cuenta de que tenías razón. No solo en que el alcohol estaba matando al pobre Joe, sino en que habías tenido derecho a sentirte irritada conmigo. Entonces, me dije que debía mandarte unas flores para pedirte disculpas y arreglar las cosas.

Mel colocó a su hijo con suavidad sobre el cambiador.

–Bueno –dijo ella, lanzándole una mirada provocativa a su marido–. Puedes seguir arreglando las cosas –propuso, y dio un paso atrás–. Te toca a ti cambiarle el pañal.

–¿No puedo ocuparme solo de pasarte el pañal limpio? –preguntó él, esperanzado.

–No –negó su mujer con decisión.

Nikos depositó un beso de resignación en su frente.

–Es un precio que pago gustoso por un matrimonio feliz.

Mel lo besó en los labios.

–Mejor dicho, por el matrimonio más feliz del mundo.

Ella tomó una toallita húmeda y se la tendió, mientras preparaba los polvos de talco con la otra mano.

Él sonrió.

–Como siempre, tienes razón.

Entonces, remangándose, Nikos se dispuso a demostrarle a la mujer que amaba lo mucho que la quería.

Y, bajo sus atentos cuidados, el bebé que los había reunido levantó sus ojos de querubín a las dos personas que lo querían, incluso, más de lo que se querían el uno al otro.

Fin